

CUADERNOS - 7

Vocación
y apostolado

ROMA, 1986

INTRODUCCION

Han pasado más de cincuenta años desde la fundación de la Obra: pocos, para una institución que ha de durar mientras haya hombres sobre la tierra. En todo el orbe, innumerables personas conocen y aman el espíritu del Opus Dei, que les enseña a hallar a Dios en su vida ordinaria y a acercarle muchas almas, cumpliendo el mandato apostólico que Cristo confió a la Iglesia entera. Son personas de toda edad y condición, que se forman al calor de la Obra, reciben la savia buena de su espíritu y colaboran con nosotros en las labores de apostolado.

Pensando también en estas personas, se publicaron en las revistas internas los artículos sobre la vocación y el apostolado, que se recogen en este volumen. Con palabras de nuestro Fundador y del Padre, se enseña a hacer apostolado según el espíritu específico del Opus Dei, y se exponen los criterios que permiten discernir las características de la vocación divina a la Obra, que el Señor está empeñado en regalar a muchos. Lo escribió nuestro Padre, cuando la Obra era aún una pequeña semilla que Dios había puesto en su corazón: *tengo certeza de que la llamada —la llamada específica de que vengo hablando en esta carta—, es para muchos: porque en la Obra no hay clasismos, porque interesan todas las almas; y, por lo tanto, se necesitan toda clase de instrumentos*¹.

Que la Virgen Santísima, Reina de los Apóstoles, y su Esposo San José, obtengan de la Trinidad Santísima la gracia de que muchas más personas, en todos los países y continentes, oigan esta llamada a buscar la santidad y a hacer apostolado en medio del mundo, y que —una vez oída— la sigan, con fidelidad proselitista, todos los días de su vida, en servicio de Dios, de la Iglesia y de las almas.

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 12.

CUANDO DIOS LLAMA

Esta es la llave para abrir la puerta y entrar en el Reino de los Cielos: «qui facit voluntatem Patris mei qui in coelis est, ipse intrabit in regnum coelorum» —el que hace la voluntad de mi Padre..., ¡ése entrará! ¹.

Dios tiene una voluntad precisa, un proyecto singular para cada hombre. No nos lanza a una existencia ciega, sin rumbo definido. Tenemos una meta y un camino preparado para colmar todos los afanes, las ambiciones más nobles.

Ser santos

La meta es la plenitud del Amor: la santidad. ¡Con qué fuerza ha predicado nuestro Fundador esta doctrina desde 1928! *Una vez más —ha escrito— me lo propongo a mí, y os lo recuerdo también a vosotros y a la humanidad entera: ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos (...). A cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén ².*

Para que este proyecto de amor se realice, es precisa la cooperación de la libertad humana. Somos capaces —tristemente capaces— de rechazar el fin que Dios nos propone; de alejarnos, por tanto, de nues-

(1) *Camino*, n. 754.

(2) *Amigos de Dios*, n. 294.

tra propia felicidad, buscando otros objetivos incompatibles con la santidad de Nuestro Padre Dios. Sin embargo, no por eso el Señor deja de llamarnos desde toda la eternidad. *Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti* ³, nos eligió antes de la creación del mundo para que seamos santos.

Cuando (...) me encuentro con esa frase de la Escritura Santa —comentaba nuestro Padre—, se me llenan la boca y el corazón de dulzuras de miel y de panal. ¡A cada uno de nosotros nos ha escogido el Señor, para que seamos santos en su presencia! Y eso, antes de la creación del mundo, desde toda la eternidad. Esta es la providencia maravillosa de nuestro Padre Dios. ¿Cabe alegría mayor que la de saberse amado de esta manera por el Creador de los cielos y la tierra? ⁴.

Esta llamada es universal. Que nadie intente encontrar en el Evangelio un salvoconducto que autorice la mediocridad: no existe ese cristianismo de segunda clase, porque la meta es idéntica para todos los hombres. Sin embargo, para alcanzar este único fin, cada alma tiene un camino propio, una vocación específica, que responde también a una expresa voluntad de Dios. En este sentido, no hay dos personas iguales. *El encuentro de Dios con cada hombre es inefable e irrepetible* ⁵.

Una llamada específica

Así recuerda el Apóstol San Juan el momento de su primer encuentro con Cristo, el día en que conoció a Jesús y descubrió su camino. El Bautista estaba junto al Jordán con dos de sus discípulos: Juan y Andrés. *Fijó la vista en Jesús que pasaba y dijo: he aquí el cordero de Dios. Los dos discípulos, que lo oyeron, siguieron a Jesús* ⁶.

Hijos míos —comentaba nuestro Fundador en una ocasión—: *estoy persuadido de que os habéis hecho mil consideraciones maravillosas siem-*

(3) *Ephes.* I, 4.

(4) De nuestro Padre, *Crónica*, 1974, p. 950.

(5) De nuestro Padre, *Crónica*, 1971, p. 352.

(6) *Ioann.* I, 36-37.

pre que habéis leído esta parte del Evangelio. Muchos habéis tenido la gran dicha —la que tuve yo— de sentir en plena juventud esta llamada de Jesús ⁷.

Aquellos dos hombres jóvenes se dejan guiar por el Señor; se sienten movidos por la gracia, que les llega a través de la Humanidad Santísima de Jesucristo. Seguramente ni ellos mismos habrían podido explicar por qué fueron tras el Maestro. Por eso, cuando Jesús, viendo que le seguían, les preguntó: *¿qué buscáis?* ⁸, no responden; sólo expresan un deseo: estar con El, conocerle más.

Dijéronle ellos: *Rabbi, que quiere decir Maestro, ¿dónde vives?* Les dijo: *venid y ved. Fueron, pues, y vieron dónde vivía y permanecieron con El aquel día* ⁹.

Larga debió ser la conversación y hondo se metió el amor en el corazón adolescente de Juan: porque cuando más tarde —a la vuelta de los años— relata su divina aventura, aquella parte del Evangelio tiene el candor y el perfume de un diario afectuoso —hora autem erat quasi decima (Ioann. I, 39), eran las cuatro de la tarde, escribe—, recordando el instante preciso, en el que videns eos sequentes se (Ioann. I, 38), viendo Jesús que le seguían, les invitó a acompañarle ¹⁰.

La vocación es sobrenatural

De mil formas distintas, con matices y coloridos diversos, se sigue repitiendo en todos los rincones del mundo la escena del Jordán, cada vez que alguien se acerca a la Obra. Dios se vale de unos medios humanos: de una amistad, del atractivo de un ambiente de trabajo, de la alegría contagiosa de esta familia sobrenatural..., para poner a muchas personas en condiciones de escuchar su voz.

¿Qué buscan quienes se sienten atraídos por el *bonus odor Chri-*

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 111.

(8) Ioann. I, 38.

(9) Ioann. I, 38-39.

(10) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942, n. 13.

sti¹¹ del Opus Dei? Hay, desde luego, una inquietud en el alma, un deseo —quizá no muy concreto— de entrega, de cambiar de vida, de encontrar algo que colme las ambiciones más altas. A veces, es la ilusión de hacer algo grande, de gastarse en bien de los demás... Pero todo esto, con ser ya una voz de Dios que puede constituir el preludio de una llamada, no es aún la vocación a la Obra. Esta es mucho más: es Dios *que se mete de lleno en la vida de aquéllos con quienes se relaciona más de cerca, sin pedirles permiso. Mirad cómo busca a los que quiere que le sigan: a Pedro y a Andrés, cuando echaban las redes en el mar. Escuchad lo que les dice: seguidme a mí, y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres (Matth. IV, 19)*¹².

La vocación no depende de los propios méritos, ni de las cualidades humanas, ni de una predisposición personal, del gusto o del sentimiento: es un tesoro que se encuentra sin buscarlo¹³, que aparece inesperadamente, porque es divina la iniciativa. Al topar con él, algunos responden que tienen otros planes, que prefieren servirle de modo diferente. El mandato de Cristo —*¡sígueme!*¹⁴— les parece imposible de cumplir o poco razonable. Es, sí, un camino espléndido —piensan—, pero no para ellos.

Un día —no quiero generalizar, abre tu corazón al Señor y cuéntale tu historia—, quizá un amigo, un cristiano corriente igual a ti, te descubrió un panorama profundo y nuevo, siendo al mismo tiempo viejo como el Evangelio. Te sugirió la posibilidad de empeñarte seriamente en seguir a Cristo, en ser apóstol de apóstoles¹⁵.

Nuestro Padre, al recordar este momento, que sin duda muchos han vivido, insiste: *tal vez perdiste entonces la tranquilidad...*¹⁶. Y así ocurre en la mayor parte de los casos. Por un lado, se siente la tentación de considerar que la llamada es simplemente humana: tan humana como la voz de aquel amigo que habla; tan ordinaria y corriente como el cúmulo de circunstancias que han hecho posible el primer contacto

(11) II Cor. II, 15.

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 170.

(13) Cfr. Matth. XIII, 44.

(14) Matth. VIII, 22.

(15) Es Cristo que pasa, n. 1.

(16) Ibid.

con la Obra. Y, sin embargo, por otro lado, todo eso no explica lo que ocurre dentro del corazón: es Jesús quien se mete en el alma, con autoridad, sin pedir permiso. Por eso, nuestro Fundador, dirigiéndose a quienes por gracia de Dios respondimos a la llamada divina, pudo afirmar: *si cada uno de vosotros se pusiera ahora a decir en voz alta todo el proceso íntimo de su vocación, los demás juzgaríamos sin duda que todo aquello era divino: vuestra vocación y la mía*¹⁷.

Quien se plantea la posibilidad de entregarse, de decir que sí al Señor, no tiene que pensar en méritos ni en flaquezas. No se trata de buscar razones que expliquen el porqué de esta predilección divina. Dios no necesita de nadie. *En la Obra* —comentaba nuestro Padre durante una tertulia— *caben todos y no hace falta ninguno (...). De modo que no tengáis miedo de que os echen el gancho. El gancho, o lo echa Dios o no lo echa nadie*¹⁸.

No se hace ningún favor al Señor respondiendo a la llamada. Es El quien concede *la mayor de sus gracias: una prueba infinita de cariño; y vosotros y yo ¿qué hemos hecho para merecer esta maravilla de amor? Pues nada, no hemos hecho nada; es un gran regalo del Señor, que nos ha buscado, que nos ha hecho conocer esta manera santa de ser eficaces, de amar a todas las criaturas de Dios y darles paz y alegría*¹⁹.

El ejemplo de nuestro Fundador

La vida santa de nuestro Padre es un continuo sí a su vocación. Dios le fue preparando desde muy pequeño —y aun antes, disponiendo también a sus padres— para que estuviese en condiciones, primero, de *barruntar el Amor*, y luego, cuando el Señor le hizo ver su Voluntad, de responder con generosidad heroica, sin decir jamás que no, desde el primer día hasta el último de su vida en la tierra.

Al considerar los acontecimientos grandes y pequeños de la biografía

(17) De nuestro Padre, Meditación, 6-I-1956.

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 443.

(19) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 170.

fía de nuestro Padre, ¡qué clara se ve la actuación de Dios! Todo, desde lo más alegre hasta lo más doloroso y aparentemente incomprensible, tiene sentido cuando lo referimos a aquel 2 de octubre de 1928: al momento inefable en que el Señor hizo ver a nuestro Fundador la Obra. La muerte prematura de tres hermanas; la ruina familiar, la pobreza, aceptada con alegría, con señorío; aquellas pisadas en la nieve que fueron ocasión de *barruntar* la llamada... *¿Y sabes lo que decía yo? —recordaba nuestro Padre—. Como el cieguecito: Domine, ut videam!, Señor, haz que vea. ¡Que sea, eso que tú quieres, y que yo no sé qué es!* ²⁰.

A partir de 1928, la vida de nuestro Fundador no tiene otro sentido, otro fin, que llevar a cabo su misión divina, *con el oído atento, con la voluntad tensa, dispuesta a seguir las divinas inspiraciones* ²¹, como decía tres meses antes de su marcha al Cielo.

Igualmente conmovedoras resultan aquellas palabras que dirigió a sus hijos el día de San José del mismo año: *yo, que soy muy miserable y he ofendido mucho a Nuestro Señor, que no he sabido corresponder y he sido un cobarde, tengo que agradecer a Dios no haber dudado nunca de mi vocación, ni de la divinidad de mi vocación* ²².

Decir que sí al Señor

En este momento Dios está llamando a muchos corazones: a gente de todas las razas, de todas las condiciones sociales, de todas las edades. *He aquí que estoy a la puerta y llamo —dice el Espíritu Santo—; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré y cenaré con él, y él conmigo* ²³.

Quizá algunos se resistan a oír la voz de Dios o no quieran reconocer que es divina la llamada. Puede ser el momento de considerar unas

(20) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 492.

(21) De nuestro Padre, Meditación, 27-III-1975, en Crónica, 1975, pp. 809-810.

(22) De nuestro Padre, Tertulia, 19-III-1975, en Crónica, 1975, pp. 805-806.

(23) Apoc. III, 20.

palabras de nuestro Padre, dirigidas a quienes ya respondimos que sí un día:

No quiero que nadie se sienta coaccionado; en todo caso, sólo por la coacción del amor, sólo por la coacción de saber que no acabamos de corresponder al amor que Jesús tiene con nosotros, cuando nos ha buscado. Ego redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu! (Isai. XLIII, 1).

¡No vaciléis nunca! Desde ahora os digo —y no conozco vuestros problemas personales, pero las almas tienen un paralelismo tremendo, aunque sean distintas— que tenéis vocación divina, que Cristo Jesús os ha llamado desde la eternidad. No sólo os ha señalado con el dedo, sino que os ha besado en la frente. Por eso, para mí, vuestra cabeza reluce como un lucero.

También tiene su historia lo del lucero... Son esas grandes estrellas que parpadean por la noche, allá arriba, en la altura, en el cielo azulado y oscuro, como grandes diamantes de una claridad fabulosa. Así es de clara vuestra vocación: la de cada uno y la mía ²⁴.

Quizá notéis —insiste el Padre— que se enciende una luz en vuestra alma. Si esto sucede, no digáis a Dios que no. Sed generosos. Y lo mismo si no os ocurre ahora, sino dentro de algún tiempo: sed generosos, responded que sí. A algunos, el Señor os llevará por el camino del matrimonio; a otros, os querrá cerca de Sí con entrega también del amor humano noble. En cualquier caso, sed generosos y leales: ¡no le digáis que no! ²⁵.

Al que venciere —dice el Apocalipsis— le daré el maná escondido, y le daré también una piedrecita blanca, y en ella escrito un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe ²⁶. Es nuestro auténtico nombre, el que define desde toda la eternidad lo que somos para nuestro Padre del Cielo: un nombre de hijos amadísimos, elegidos para una misión divina, que da sentido y llena de luz toda la vida de quien responde que sí cuando Dios llama.

(24) De nuestro Padre, Tertulia, 19-III-1975, en Crónica, 1975, pp. 804-805.

(25) Del Padre, Crónica, 1976, p. 668.

(26) Apoc. II, 17.

UN MOTIVO PARA DECIR QUE SÍ

*Si ves claramente tu camino, síguelo. —¿Cómo no desechas la cobardía que te detiene?*¹.

La llamada de Dios compromete por entero. Toda la vida quedará condicionada por ese momento soberano en el que el alma escucha la voz del Señor y responde que sí. Es lógico, por tanto, que la decisión no se tome a la ligera: que se busque ver claro el camino. Sólo entonces puede darse el *salto* de la entrega, por amor, libremente: *porque te da la gana* —solía decir nuestro Fundador—, *que es la razón más sobrenatural*.

Pero ¿cómo tener la certeza de que Dios llama? ¿En qué forma se manifiesta a cada persona la propia vocación? ¿Qué es lo que han visto esos miles de almas del mundo entero, que se han entregado jugándose-lo todo a una carta?

Son preguntas de quien se encuentra en el umbral de una decisión que convertirá la vida en una aventura estupenda, divina, llena de riesgos. Sin embargo, esas cuestiones pueden ser también el modo de buscar una escapatoria para no darse del todo. Por eso, quien se las plantea ha de examinar a fondo su conciencia y ver si sus dudas son o no sinceras.

(1) *Camino*, n. 903.

Ayer o anteayer —comentaba nuestro Padre en una ocasión— me preguntaban una cosa de este estilo, pero de un modo más encubierto. Me pareció que aquél estaba esperando que le diera alguna excusa para quedarse tranquilo, y, como a mí me gusta que todos estéis muy tranquilos y muy serenos, no le brindé la excusa que buscaba. Le dije: ¿tú piensas que Dios Nuestro Señor te va a certificar su voluntad haciendo que venga un Arcángel —ya sabemos que no tienen cuerpo: todos los Angeles son espíritus puros—, se arranque una pluma del ala —tampoco tienen alas ni plumas—, que coja un pergamino, y diga: fulanito de tal tiene vocación al Opus Dei? ².

Algunos piden a Dios todo tipo de garantías. Así ocurrió, según nos cuenta San Lucas, cuando el Arcángel Gabriel se apareció a Zacarías para anunciarle que su plegaria había sido escuchada, que tendría un hijo: Juan, el Precursor.

Dijo entonces Zacarías al ángel: ¿de qué modo sabré yo esto? Porque yo ya soy viejo, y mi mujer de avanzada edad ³.

No le basta la presencia milagrosa del Arcángel. Quiere una señal: otra, aún más clara. Y la recibe; pero como castigo a su falta de fe: *he aquí que tú estarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto se cumpla, por cuanto no has creído en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo* ⁴.

Quien se plantea la posibilidad de que Dios le llame, es lógico y bueno que acuda al Señor para pedir luz: *¡mándame tu luz y tu verdad!* ⁵. Pero, ante todo, ha de preguntarse: ¿estoy dispuesto a responder que sí, si descubro que, en efecto, Dios me llama? ¿Quiero, de verdad, ver claro, o busco sólo una excusa para decir que no?

¡Cuántas veces lo que falta no es luz, sino rectitud de intención! Porque quizá esa persona, en el fondo, rechaza la llamada universal a

(2) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 498.

(3) Luc. 1, 18.

(4) Luc. 1, 20.

(5) Ps. XLII, 3.

la plenitud del amor, que Dios dirige a todos; se conforma con una vida tibia y mediocre.

Hay que ir entonces a la oración, a sincerarse con Dios. *Y escucharás una voz en tu conciencia —decía nuestro Padre— que grita: ¡cobarde! Y otra: no sabes amar, no sabes sacrificar por los demás...⁶*

Son luces de Dios, que hay que recibir con agradecimiento. Es un reto divino que espera respuesta.

Con frecuencia ocurre que, ante el tema de la vocación, se pretende adquirir una seguridad que nadie pide para otras decisiones que también comportan riesgo. *Una persona que exija conocer la voluntad de Dios así, casi físicamente, no podrá hacer nada en la vida: ni elegir carrera, ni novia, ni nada; porque esa seguridad física no la tendrá nunca⁷. Y más adelante insistía nuestro Padre: el que no comprende esto, ése nunca se casará, porque no sabrá cómo escoger. Pensará: ¿cómo sé si ésta es la que a mí me conviene? Que baje el Arcángel y me lo diga. Tampoco elegirá carrera, porque pensará: médico, ¿y si luego me gusta más abogado? Bueno, pues abogado. ¿Y si me gusta más ingeniero?... Ese pobrecito no hará nada en la vida. Se convertirá en una estatua de sal, en un inútil⁸.*

Cuando hay rectitud de intención, si se pide a Dios sinceramente que manifieste su voluntad, no es difícil descubrir la propia vocación.

Oír la llamada'

¿Cómo llama el Señor? Volvamos, con palabras de nuestro Padre, a otra escena del Santo Evangelio.

Nos cuenta San Lucas que unos pescadores lavaban y remendaban sus redes a orillas del lago de Genesaret. Jesús se acerca a aquellas naves atracadas en la ribera y se sube a una, a la de Simón. ¡Con qué naturalidad se mete el Maestro en la barca de cada uno de nosotros!: para complicarnos la vida, como se repite en tono de queja por ahí. Con vosotros y

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 9-XII-1973, en Crónica, 1974, p. 251.

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 497.

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 498.

conmigo se ha cruzado el Señor en nuestro camino, para complicarnos la existencia delicadamente, amorosamente ⁹.

Así actúa Jesús de ordinario. Empieza por pedir... sólo una barca: un poco de esfuerzo, de tiempo, de trabajo, de dinero; la colaboración profesional para sacar adelante una tarea apostólica... Aún no reclama la vida entera, pero Dios entra ya en el corazón de quien eligió desde toda la eternidad.

Cuando alguien se acerca a la Obra, comprueba inmediatamente que le piden mucho: le hablan de oración, de apostolado; le exigen que trabaje en serio; si es estudiante le repiten que, para él, el estudio es *obligación grave* ¹⁰. A cambio recibe la formación necesaria para llevar una vida limpia, reciamente cristiana, en medio de la calle; le ayudan a luchar contra corriente; le animan cuando viene el desaliento; le enseñan a vencer y a estar alegre, a pesar de las derrotas. Sin embargo, no todos son llamados por Dios al Opus Dei. Sólo con algunos ocurre lo que cuenta el Evangelio y comenta nuestro Padre:

Después de predicar desde la barca de Pedro, se dirige a los pescadores: duc in altum, et laxate retia vestra in capturam! (Luc. V, 4), ¡bogaad mar adentro, y echad vuestras redes! Fiados en la palabra de Cristo, obedecen, y obtienen aquella pesca prodigiosa. Y mirando a Pedro que, como Santiago y Juan, no saltá de su asombro, el Señor le explica: no tienes que temer, de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar. Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas le siguieron (Luc. V, 10-11) ¹¹.

Son aquéllos a los que Dios concede *oídos para oír* ¹², luces para comprender este camino. Tal vez no sientan una especial atracción sensible por la entrega —a menudo ocurre precisamente lo contrario—, pero han recibido la gracia de entender que el Señor busca brazos para la pesca, para extender su Reino; que Dios necesita *un puñado de hombres «suyos» en cada actividad humana* ¹³, que valdría la pena encontrar

(9) *Amigos de Dios*, n. 21.

(10) *Camino*, n. 334.

(11) *Amigos de Dios*, n. 21.

(12) *Luc. VIII, 8*.

(13) *Camino*, n. 301.

a muchos que quisieran gastar su vida en esta empresa... Y escuchan aquella pregunta que oyó Isaías: *¿a quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros?*¹⁴.

Es ya la llamada de Dios, aunque el alma se resista a sentirse aludida. Tendría que responder, como el Profeta: *¡aquí estoy; envíame a mí!*¹⁵; pero hay otros —piensa— con mejores cualidades, más capaces de cumplir la misión divina: ¡que respondan ellos!

Tal vez entonces, alguien —un amigo— se acerque a aquella persona para decirle, claramente: ¡mar adentro, echa tus redes para pescar!; el Señor te ha elegido, como me eligió a mí.

La respuesta ya es sólo cuestión de amor, de generosidad. No hay que sentir nada. Para decir que sí, *basta tener una causa suficiente, un motivo, y es motivo el amor, con la fe y con la esperanza de que Dios Nuestro Señor no nos abandonará en nuestro camino de amor. ¿Claro? De modo que ¡nada de sentimientos! Basta que haya un motivo, y lo hay. El mundo está falto de almas que le sirvan, de gente que le diga la verdad*¹⁶.

La vocación no es un impulso emocional. Dios hace ver el motivo: el porqué de la entrega. Con eso basta. Luego, deja libre al hombre; lo inquieta, ronda su corazón y le ofrece una mano desde el Cielo para ayudarle a dar el salto; pero, como ante toda gracia que el Señor concede, *siempre hay que hacer el esfuerzo de levantar la mano y coger la que Dios tiende*¹⁷.

Pedir consejo al Buen Pastor

Es posible que, a pesar de todo, no se disipen las dudas. Al llegar este momento, ¿cómo saber si se reúnen las condiciones necesarias? La llamada es siempre íntima, irrenunciablemente personal. *Cada hombre* —recordaba Juan Pablo II— *es único e irrepetible; alguien eternamente*

(14) Isai. VI, 8.

(15) *Ibid.*

(16) De nuestro Padre, Catequesis en América I, pp. 624-625.

(17) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 498.

ideado y eternamente elegido; alguien llamado y denominado por su propio nombre ¹⁸.

Por esta razón, nuestro Padre, cuando alguien le preguntaba por los síntomas de la vocación, solía contestar: *como deseo ser un hombre honrado, te aconsejo que lo preguntes a un sacerdote bueno, que te conozca bien, o a algún amigo de vida limpia, alegre, de buena doctrina. Aquí, en medio de esta pequeña muchedumbre, si te diera una respuesta concreta merecería el reproche del Señor* ¹⁹.

Pregúntale a tu confesor —insistía en otra ocasión—. Y si vas por un Centro del Opus Dei, consulta con uno de esos hijos míos, que entienden mucho de estas cosas porque ellos han pasado por lo mismo (...).

Ahora ya no se ven traperos en Madrid; pero cuando yo era... menos joven, por las mañanas venían un montón de traperos, desde Cuatro Caminos, con sus carromatos, a buscar la basura. Llevaban un pincho, que metían por todos los sitios para coger los sacos. Pues eso: que metan el gancho del trapero ahí dentro, en tu corazón, y que vean lo que hay. Después te podrán dar un buen consejo ²⁰.

Es el camino más seguro: consultar y ser transparentes, *salvajemente sinceros*. Descubrir las miserias, las disposiciones personales, los defectos y las virtudes. El Señor llama ahí: en la hondura del corazón. Por eso hay que abrirlo de par en par, confiando plenamente en quien conoce tanto la propia alma como las exigencias de la vocación a la Obra.

La llamada es personal, y personal debe ser la respuesta; pero el *espíritu propio es mal consejero, mal piloto para dirigir el alma en las borrascas y tempestades, entre los escollos de la vida interior. Por eso es voluntad de Dios que la dirección de la nave la lleve un Maestro, para que, con su luz y conocimiento, nos conduzca a puerto seguro* ²¹.

Una vez recibido el consejo, ya sólo falta una cosa: decir que sí, si es ésa la voluntad de Dios; tener valor para emprender el camino, y descubrir la estrella que se presiente en el alma. Entonces, cuando se es generoso, cuando se da el salto con fe y confianza en el Señor, el ho-

(18) Juan Pablo II, *Alloc.* 25-XII-1978.

(19) De nuestro Padre, *Crónica*, 1972, p. 458.

(20) De nuestro Padre, *Crónica*, 1974, p. 530.

(21) *Camino*, n. 59.

rizonte aparece más claro que nunca. *Es como si se encendiera una luz dentro de nosotros; es un impulso misterioso, que empuja al hombre a dedicar sus más nobles energías a una actividad que, con la práctica, llega a tomar cuerpo de oficio. Esa fuerza vital, que tiene algo de alud arrollador, es lo que otros llaman vocación.*

La vocación nos lleva —sin darnos cuenta— a tomar una posición en la vida, que mantendremos con ilusión y alegría, llenos de esperanza hasta en el trance mismo de la muerte. Es un fenómeno que comunica al trabajo un sentido de misión, que ennoblece y da valor a nuestra existencia. Jesús se mete con un acto de autoridad en el alma, en la tuya, en la mía: ésta es la llamada ²².

Sin embargo, antes de llenar el alma con esa luz, Dios pide una decisión valiente. Para tomarla, basta un motivo, una razón de amor. Que nadie espere otra cosa. Es inútil calcular riesgos o buscar certificados de garantía. El que es atraído por el Señor, entiende la entrega, ve el camino, aunque quiera engañarse pensando que no es para él. Por eso, si acude al Buen Pastor y sigue su consejo sin miedo, no se equivocará.

Para decir que sí, hay que luchar contra el propio egoísmo, contra la soberbia, contra la comodidad. Pero es una batalla estupenda, y *al que venciére —se lee en el Apocalipsis—, al que conservare hasta el fin mis obras, yo le daré poder sobre las naciones y las apacentará con vara de hierro (...), y le daré la estrella de la mañana ²³*: la luz de la vocación, que nunca deja de brillar.

(22) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 9.

(23) Apoc. II, 26.

EL MIEDO A DECIR QUE SÍ

Es corriente que, cuando se habla de vocación, muchos pregunten *cómo se siente* la llamada divina. Con frecuencia, hay que empezar por explicarles que la vocación no es un estado de ánimo peculiar más o menos intenso, que impulse al hombre a entregarse a Dios. Tanto es así que, si en algún caso se diera un entusiasmo grande, una fuerte atracción hacia la entrega, posiblemente entonces lo más oportuno sería esperar antes de tomar una decisión definitiva. Por eso decía nuestro Fundador que es misión de los Directores de la Obra *cerrar las puertas*, poner inconvenientes, para que quien se acerque al Opus Dei pondere con serenidad las señales objetivas de su posible llamada.

No es cuestión de sentimiento, hijo mío —decía nuestro Padre en una tertulia—. *Yo no empujo a nadie a venir al Opus Dei; al contrario. Durante toda mi vida he puesto dificultades y he procurado tener poco gancho. De modo que el que pesca es el Señor; yo no*¹.

Sin embargo, aunque esté bien lejos de confundirse con una disposición anímica, es lógico que la llamada divina provoque una madeja de sentimientos. Nuestro Fundador solía recalcar algunos: el miedo a decir que sí, la tristeza al rehuir la vocación, la alegría que es consecuencia de la entrega.

(1) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 463.

El miedo

Miedo hemos tenido todos; yo también. En la Sagrada Escritura, cuando se escucha la voz de Dios, siempre hay un sentimiento de temor y de angustia: *ne timeas!*, así tiene que tranquilizar el Señor a las almas que llama ².

El miedo suele ser un síntoma de que Dios pasa cerca del alma, de que golpea a las puertas del corazón. El profeta Isaías, al narrar la historia de su vocación, cuenta cómo experimentó esos sentimientos: *¡ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; y, sin embargo, han visto mis ojos a Yavé Sabaot!*³. Y Jeremías, que reacciona de forma parecida al escuchar la voz de Dios, oye también cómo el Señor le tranquiliza: *no temas, porque yo estoy contigo para librarte*⁴. Igual le ocurre a San Pedro a orillas del Mar de Tiberíades. Escribe San Lucas que *el espanto le había invadido*⁵, al contemplar el prodigio de la pesca milagrosa. Por eso, *postróse a los pies de Jesús, diciendo: apártate de mí, porque soy un hombre pecador*⁶. Pero el Señor serena su ánimo y le hace comprender que ese temor —lógico, nacido de una auténtica humildad— no impide que pueda recibir la llamada al apostolado: *noli timere...; no tengas miedo; desde hoy serás pescador de hombres*⁷.

Hay, sin embargo, varias especies de miedo, tan distintas que sólo por semejanza cabe nombrarlas con la misma palabra. La Sagrada Escritura enseña que existe un temor de Dios que es don del Espíritu Santo⁸, y escribe San Gregorio que *los mismos Angeles del Cielo, que miran a Dios sin cesar, se estremecen al contemplarlo; pero ese temblor no es penal, no deriva del miedo, sino de la admiración*⁹. Es la actitud propia de la criatura que se sabe infinitamente distante de Dios y que,

(2) *Ibid.*

(3) *Isai.* VI, 5.

(4) *Jerem.* I, 8.

(5) *Luc.* V, 9.

(6) *Luc.* V, 8.

(7) *Luc.* V, 11.

(8) *Cfr. Isai.* XL, 3.

(9) San Gregorio Magno, *Moralia* 17, 29 (ML 76, 31).

al mismo tiempo, se ve en su presencia, inmensamente amada por el Todopoderoso. Surge de ahí, mientras estamos en la tierra, el temor filial de ofender a nuestro Padre del Cielo. Ese cuidado será mayor cuanto más le amemos, cuanto mejor comprendamos la monstruosidad que supone todo pecado.

*Beatus vir qui timet Dominum*¹⁰; dichoso quien teme perder al Señor, ya que entonces vigilará para corresponder generosamente a las luces que Dios quiera enviarle.

La huida de Dios

Muy distinto de ese temor es la huida de Dios. Cuando el Señor se hace presente con un nuevo don y una nueva exigencia en la vida de una persona, si no está bien dispuesta, *el alma se resiste quizá, no quiere el sacrificio, no comprende que el Amor vale más que los amores*¹¹. Puede reaccionar entonces dando largas y aun rechazando abiertamente la llamada. El temor cede paso a la tristeza. En esa situación se querría alejar de sí todo lo que de alguna manera recuerde la voz divina: se huye de Dios o al menos se intenta olvidar su presencia.

Cuenta la Sagrada Escritura que *la palabra de Yavé fue dirigida a Jonás, hijo de Amitay, diciendo: levántate, vete a Nínive, la gran ciudad y predica contra ella, pues su maldad ha subido hasta mi presencia. Mas Jonás se dispuso a huir a Tarsis, de la presencia de Yavé*¹².

La primera parte del libro de Jonás narra la historia de esta fuga. El profeta se embarca pensando quizá que lejos de Palestina se acallará la voz de Dios; pero el Señor desencadena una fuerte tempestad, y el barco queda a merced del viento y de las olas. Los marineros, alarmados por la magnitud de la galerna y por su inesperada aparición, comprenden que se debe a una intervención sobrenatural; y cuando Jonás

(10) Ps. CXI, 1.

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 309.

(12) *Jonae* I, 1-3.

les dice que huye de la palabra de Yavé, le interrogan: *¿qué debemos hacer contigo para que la mar se nos aplaque?*¹³ Y Jonás responde: *co-gedme y arrojadme al mar, pues yo sé que por mi causa os ha sobrevenido esta gran borrasca*¹⁴.

Aún tratan los marineros de remar hacia tierra; pero las encrespadas olas anulan sus intentos. Sólo torna la calma cuando, al fin, deciden echar al agua al profeta.

Yavé destinó entonces un gran pez para que tragase a Jonás, quien estuvo en el vientre del pez durante tres días y tres noches¹⁵; hasta que, arrepentido, invoca el auxilio del Señor, que lo devuelve a la tierra y renueva su llamada.

La historia de Jonás acaba bien: dice que sí a su vocación profética y por su palabra se mueve a penitencia y se salva la ciudad de Nínive¹⁶. Habitualmente la vocación supone un proceso largo, en el que la gracia divina va limando obstáculos y preparando el alma para percibir con claridad la llamada. Pero el hombre es siempre libre de aceptar o rechazar, y puede llegar un momento —y así ocurre por desgracia no pocas veces— que, ante las constantes negativas, el Señor dirija al fin su invitación a otros más dóciles, cumpliéndose lo de la parábola: *os digo que ninguno de aquéllos que habían sido convidados gozará de mi banquete*¹⁷.

Por lo demás, ante la vocación, *hay una manifestación que casi nunca falla* —explicaba nuestro Fundador—: *la resistencia. Nos resistimos a decir que sí al Señor, se quiere y no se quiere.*

*También yo me resistía, cuando Dios me llamó (...); y quizá a ti te ocurra lo mismo... Pero no temas. El Espíritu Santo nos dice: ego redemi te —yo te he redimido; esto lo entendéis todos—, et vocavi te nomine tuo, y te he llamado por tu nombre: meus es tu!, jeres mío!*¹⁸.

Una cosa es notar que las pasiones se rebelan, que el egoísmo protesta, que los planes nobles y buenos que uno se había forjado parecen

(13) *Jonae* I, 11.

(14) *Jonae* I, 12.

(15) *Jonae* II, 1.

(16) Cfr. *Jonae* III, 3-10.

(17) *Luc.* XIV, 24.

(18) De nuestro Padre, *Crónica*, 1972, p. 460.

derribarse repentinamente...; y otra, bien distinta, es no querer enfrentarse con la realidad de que el Señor pide algo; en una palabra: escapar, huir de Dios. Por eso nuestro Padre, sobre todo en aquellas tertulias multitudinarias, cuando le exponían alguna inquietud ante la posibilidad de que el Señor llamase a la Obra, solía responder:

*Estar inquieto, sentirse cobarde, bellaco, eso ya es una buena señal. Tener miedo, jeso ya es una buena señal! No son señales negativas: son positivas*¹⁹.

*Hay muchas maneras de manifestarse la vocación —repetía en otra oportunidad—, porque la llamada al Opus Dei no es un caminito estrecho. La senda de la Obra es un camino carretero, muy ancho, por el que se puede ir andando, corriendo, a la pata coja, en bicicleta, en un buen automóvil, en moto... Se puede recorrer por la derecha, por la izquierda, por el centro, haciendo zigzag... Se puede ir hasta por la cuneta, aunque esto no se lo aconsejo a nadie. Cada uno tiene su camino personal, dentro del Opus Dei. En consecuencia, las características de esta llamada no tienen por qué ser idénticas en todos los casos. Existe un indicio, que suele aparecer habitualmente: el pánico a decir que sí*²⁰.

Ese miedo es, pues, un indicio, no una prueba definitiva de que Dios pida una vida de entrega. De hecho aparece en muchos momentos, y no sólo ante la posibilidad de una vocación específica. Posiblemente la mayor parte de las personas que entran en contacto con la Obra y comprenden lo que nuestro espíritu puede significar en su vida, alguna vez sientan también temor a comprometerse demasiado. Es una señal de que empiezan a entender que Dios está muy cerca y les pide algo que cuesta dar: más preocupación por los demás, mejorar la formación personal, mayor generosidad...

Otras veces el miedo es más específico e intenso. Cuando alguien está a punto de dar el paso definitivo, puede sentir la tentación de huir, de evadirse; incluso puede resistirse a rezar, porque intuye cuál va a ser la respuesta del Señor a sus oraciones.

En uno y otro caso, hay que afrontar ese miedo. Escaparse es siem-

(19) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 530.

(20) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 460.

pre el peor expediente, porque aun en el caso de que esa persona no tuviera vocación a la Obra, habría dicho que no a Dios por anticipado, y siempre le quedaría la duda de haber perdido la gran oportunidad para ser feliz en esta vida y en la otra.

Superar el temor

Mientras el Señor te llame, y tú no contestes que sí —respondía el Padre en una tertulia—, seguirás teniendo miedo. El mejor procedimiento para echar fuera el temor, consiste en responder afirmativamente a la llamada divina. Entonces has eliminado la incógnita, como se dice en matemáticas, y el problema queda resuelto.

Ante esa reacción de temor —una de las señales de la vocación—, nos preguntamos: ¿qué voy a responder a Dios? ¿Que sí o que no? Si contesto negativamente, ¡qué desgracia para toda mi vida! Si le digo que sí, como El es mucho más generoso, me llenará de su gracia y hará que mi vida, en lugar de desenvolverse de un modo chato, pegado a la tierra, sin perspectiva ni relieve, sin volumen y sin color, tenga el color y el relieve y el volumen del que mira las cosas con los ojos de Dios²¹.

Poco después volvía a insistir: cuando percibimos que dentro de nuestra alma hay tendencias que nos tiran para abajo —la sensualidad, la soberbia, la vanidad...— y que, por la gracia de Dios, notamos otras fuerzas que nos impulsan hacia arriba, y nos da miedo subir porque no sabemos qué puede pasar, debemos decidimos a eliminar la incógnita: lanzarse de una vez.

Me acuerdo de lo que cuentan de una madre, que tenía un hijo en la Academia Militar del Aire. Cuando llegó la primera ocasión en la que el chico iba a pilotar un avión, ¿sabéis lo que le recomendó su madre? Le dijo: hijo mío, mucho cuidado, vuela bajito y despacio. No se daba cuenta de que justamente ése era el peligro: estrellarse contra cualquier accidente del terreno por llevar poca altura, o caer a tierra por falta de velocidad. Otro

(21) Del Padre, Crónica, 1977, pp. 582-583.

tanto digo yo a los que tengan miedo: que se lancen valientemente para arriba con la generosidad del amor, del amor siempre joven. Así volarán como las águilas, y no fracasarán; encontrarán la paz y la alegría de servir y de amar a Dios²².

Hay una sola alternativa para salir de este estado de temor que suele acompañar a la crisis de la vocación: decir que con la gracia de Dios, se está dispuesto a lo que el Señor quiera, sea lo que sea —y entonces la inquietud se convierte en alegría y paz, en la serenidad de quien se sabe en el camino—, o decir que no, cerrarse a aceptar una de las mayores gracias que Dios puede conceder a una criatura. Entonces, sí, también se acaba perdiendo el miedo, porque la conciencia se insensibiliza. Pero el vacío del temor se llena con una tristeza honda, que acompaña al alma como un reproche divino.

Yo traía en el pensamiento una escena del Evangelio de San Mateo, en el capítulo diecinueve —comentaba nuestro Padre durante una tertulia con universitarios—. Un hombre joven, de vuestra edad, encuentra al Señor al pasar —Jesús que pasa por nuestras vidas tantas veces; habrá pasado por la vuestra como pasó por la mía—, y le dice: Maestro, ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna? Y el Señor le responde: serva mandata, guarda los mandamientos. Contestación del muchacho: quae?, ¿qué mandamientos? El Señor se los enumera, y vuelve a contestar el chico, que era un hombre limpio: todos los he guardado desde mi niñez. Entonces el Señor lo mira... Lo haría con una mirada de cariño intenso, porque, vosotros, ¿os habéis imaginado cómo sería la mirada de Jesús? (...).

A este muchacho lo miraría con amor, con cariño, con simpatía, porque era un hombre limpio: si vis perfectus esse, si quieres ser más perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres, y ven y sígueme. Y aquí empieza el fracaso. Corazones partidos yo no los quiero; éste lo partía con el dinero. Parecía un corazón incapaz de partirse, y no señor: abiit tristis, se apartó de Jesucristo, marchóse triste, cabizbajo. Yo me lo imagino fracasado. Un hombre que tenía todas las condiciones para responder, y fue cobarde...

(22) Del Padre, Crónica, 1977, pp. 584-585.

Jesucristo pasa. Puede pasar en estos días a vuestro lado; y si no, habrá pasado ya; y si no, pasará a la vuelta del tiempo como pasó cerca de mí. ¡Qué pena! Parece que tenemos capacidad para dar el corazón entero, y luego resulta que queremos compartirlo con otros afanes que no son de Jesucristo ²³.

Ante la llamada del Señor, no cabe el silencio, esperar a que Dios se aleje, encubrir la cobardía con capa de falsa prudencia. Hay que enfrentarse lealmente con esa inquietud, sincerarse con el Dios que llama y concede las gracias oportunas. En una palabra: meditar valientemente aquellas palabras que nuestro Fundador escribió en *Camino*: *¿por qué no te entregas a Dios de una vez..., de verdad... ¡ahora!?* ²⁴.

Ahora. Sin más aplazamientos. Así respondieron los Apóstoles a la voz de Jesús. *Estaban en su oficio, como estaba Mateo en su banco de recaudador. Los llama el Señor en su lugar de trabajo, cuando pescaban. At illi continuo, relictis omnibus, secuti sunt eum (Matth. IV, 20); y ellos, al instante, dejadas las redes, le siguieron* ²⁵.

(23) De nuestro Padre, Tertulia, 6-VII-1974, en *Catequesis en América*, II, pp. 112-114.

(24) *Camino*, n. 902.

(25) De nuestro Padre, Tertulia, 30-XI-1960, en *Crónica*, 1969, p. 265.

LAS EXCUSAS

En el reino de los cielos acontece lo que a cierto rey, que celebró las bodas de su hijo, y envió a sus criados a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir (Matth. XXII, 2-3). *Ha venido aquel gran Rey y ha invitado a mucha gente al banquete* —comentaba nuestro Fundador—. *Aquí en la tierra, todas las almas están llamadas a la gran boda del Rey, y las almas no quieren ir, rechazan la invitación y la sala queda vacía.*

También entiendo yo de esas negativas, hijos. Más de una vez os he hablado de esos primeros tiempos de soledad, de aquellos años en los que prácticamente repetía las palabras del Señor: ecce prandium meum paravi, tauri mei et altilia occisa sunt, et omnia parata: venite ad nuptias (Matth. XXII, 4). Tengo dispuesto el banquete. He hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está a punto: una plenitud de Amor, sin traiciones, sin cansancio, con toda la bondad y toda la hermosura, nos ha preparado el Señor¹.

Así es la vocación: una fiesta, un anfitrión y unos invitados que pueden no acudir, porque a nadie coacciona Jesucristo.

Mas ellos no hicieron caso; antes bien, se marcharon, quien a su granja —a sus egoísmos, a su comodidad— quien a sus negocios (Matth. XXII,

(1) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 298.

5): a su profesión, de la que no saben hacer camino divino en la tierra ².

Algunos de los convidados de la parábola no sólo rechazan la invitación de Dios: se revuelven contra El. Por eso *echaron mano a los siervos del rey, los ultrajaron y les dieron muerte* ³. Hay almas que reaccionan así ante los requerimientos del Amor. Cuando el Señor les ofrece la felicidad a cambio de una entrega total, responden con un *no* airado, ofendido, como si ese Dios que les propone un negocio tan ventajoso fuese un estafador o un traficante inoportuno.

La raíz de las excusas

Según la narración de San Lucas, de otros convidados al banquete incluso se podría decir que lamentan no poder asistir a la fiesta. Tienen un pretexto muy razonable, que les permite declinar la invitación, sin que, a primera vista, esa negativa pueda interpretarse como un desaire.

El primero le dijo: he comprado un campo y necesito ir a verlo; te ruego me tengas por excusado. Otro dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego me des por excusado. Y otro dijo: he tomado mujer; por eso no puedo ir ⁴.

Esa parábola se cumplió en la propia vida de Jesús. El Señor algunas veces encontró en su camino odio, mezquindad de corazón, oídos que no quieren oír. Pero hubo también quienes parecían dispuestos a seguirle: tenían *buena voluntad* e incluso llegaron a decir que sí; pero fue un sí condicionado. Inmediatamente surgió la excusa, que aplazó al menos la respuesta definitiva.

Jesús dijo a uno: sígueme. Mas él contestó: Señor, permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre. Pero él le dijo: deja a los muertos que entierren a sus muertos. Tú marcha a anunciar el Reino de Dios. Dijo también otro: te seguiré, Señor; mas primero deja que vaya a despe-

(2) *Ibid.*

(3) *Matth. XXII, 6.*

(4) *Luc. XIV, 18-20.*

*dirme de los de mi casa. Pero Jesús respondió: nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es digno del Reino de Dios*⁵.

La respuesta de Jesús es cortante: parece no tener en cuenta si es razonable o no lo que dicen esos dos hombres; en cambio, les lleva a considerar si de verdad están dispuestos a dejarlo todo para seguirle. Porque, cuando uno desoye la llamada de Dios, en el fondo la razón es, casi siempre, apegamiento a uno mismo y cobardía. Pero cuesta reconocerse egoísta o miedoso. La conciencia, además, necesita justificarse —sentirse disculpada—, y busca *abundancia de razones sinrazones*⁶ para dar visos de rectitud a su negativa.

Una excusa es fácil de encontrar. Por eso hay que ser sincero con uno mismo, dejar a un lado los motivos que parecen oponerse a la entrega, y preguntarse si se está verdaderamente dispuesto, con la gracia de Dios, a aceptar la invitación divina.

Las flaquezas

A veces, algunos aducen un pretexto que nace de una aparente humildad, y podría expresarse en estos términos: la vocación exige unas cualidades humanas y espirituales que yo no tengo. Me conozco bien y sé que no perseveraría en la entrega.

Nuestro Padre responde en una de sus homilías, recordando la vocación de los primeros Doce:

Aquellos primeros Apóstoles —a los que tengo gran devoción y cariño— eran, según los criterios humanos, poca cosa. En cuanto a su posición social, con excepción de Mateo, que seguramente se ganaba bien la vida y que dejó todo cuando Jesús se lo pidió, eran pescadores: vivían al día, bregando de noche, para poder lograr el sustento.

Pero la posición social es lo de menos. No eran cultos, ni siquiera muy inteligentes, al menos en lo que se refiere a las realidades sobrenaturales.

(5) Luc. IX, 59-62.

(6) Camino, n. 21.

Incluso los ejemplos y las comparaciones más sencillas les resultaban incomprensibles, y acudían al Maestro: Domine, edissere nobis parabolam (Matth. XIII, 36), Señor, explícanos la parábola. Cuando Jesús, con una imagen, alude al fermento de los fariseos, entienden que les está recriminando por no haber comprado pan (cfr. Matth. XVI, 6-7).

Pobres, ignorantes. Y ni siquiera sencillos, llanos. Dentro de su limitación, eran ambiciosos. Muchas veces discuten sobre quién sería el mayor, cuando —según su mentalidad— Cristo instaurase en la tierra el reino definitivo de Israel (...).

Fe, poca. El mismo Jesucristo lo dice (cfr. Matth. XIV, 31; XVI, 8; XVII, 17; XXI, 21). Han visto resucitar muertos, curar toda clase de enfermedades, multiplicar el pan y los peces, calmar tempestades, echar demonios. San Pedro, escogido como cabeza, es el único que sabe responder prontamente: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Matth. XVI, 16). Pero es una fe que él interpreta a su manera, por eso se permite encararse con Jesucristo para que no se entregue en redención por los hombres (...).

Aquellos hombres de poca fe, ¿sobresalían quizá en el amor a Cristo? Sin duda lo amaban, al menos de palabra. A veces se dejan arrebatar por el entusiasmo: vamos y muramos con El (Ioan. XI, 16). Pero a la hora de la verdad huirán todos, menos Juan, que de veras amaba con obras (...).

Estos eran los Discípulos elegidos por el Señor; así los escoge Cristo; así aparecían antes de que, llenos del Espíritu Santo, se convirtieran en columnas de la Iglesia (cfr. Galat. II, 9). Son hombres corrientes, con defectos, con debilidades, con la palabra más larga que las obras. Y, sin embargo, Jesús los llama para hacer de ellos pescadores de hombres (Matth. IV, 19), corredentores, administradores de la gracia de Dios.

Algo semejante ha sucedido con nosotros. Sin gran dificultad podríamos encontrar en nuestra familia, entre nuestros amigos y compañeros, por no referirme al inmenso panorama del mundo, tantas otras personas más dignas que nosotros para recibir la llamada de Cristo. Más sencillos, más sabios, más influyentes, más agradecidos, más generosos.

Yo, al pensar en estos puntos, me avergüenzo. Pero me doy cuenta también de que nuestra lógica humana no sirve para explicar las realida-

*des de la gracia. Dios suele buscar instrumentos flacos, para que aparezca con clara evidencia que la obra es suya*⁷.

Escudarse en la propia flaqueza para decir que no al Señor, la mayoría de las veces no es humildad, sino soberbia. Dios no llama a nadie por sus cualidades, sino porque —a pesar de su miseria y debilidad— quiere contar con él. Decir que sí exige la humildad de ponerse por entero en las manos de Dios, sabiendo que es El quien santifica al hombre, el que da fuerza para vencer, el que colma de eficacia la tarea de sus apóstoles. Cristo llena las redes: el pescador es sólo un instrumento.

*Te reconoces miserable. Y lo eres —escribió nuestro Fundador en Camino—. A pesar de todo —más aún: por eso— te buscó Dios*⁸.

Y en otro punto insiste:

—Es verdad: por tu prestigio económico eres un cero..., por tu prestigio social, otro cero..., y otro por tus virtudes, y otro por tu talento...

*Pero a la izquierda de esas negaciones, está Dios... Y ¡qué cifra inconmensurable resulta!*⁹.

Los gritos del ambiente

Otras veces puede parecer suficiente disculpa la hostilidad del ambiente. En efecto, *ante la grandeza de Dios, ante la decisión, seriamente humana y profundamente cristiana, de vivir de modo coherente con la propia fe, no faltan personas que se extrañan, y aun se escandalizan, desconcertadas. Se diría que no conciben otra realidad que la que cabe en sus limitados horizontes terrenos. Ante los hechos de generosidad, que perciben en la conducta de otros que han oído la llamada del Señor, sonríen con displicencia, se asustan o —en casos que parecen verdaderamente patológicos— concentran todo su esfuerzo en impedir la santa determinación que una conciencia ha tomado con la más plena libertad.*

(7) *Es Cristo que pasa*, nn. 2-3.

(8) *Camino*, n. 475.

(9) *Camino*, n. 473.

Yo he presenciado, en ocasiones, lo que podría calificar como una movilización general, contra quienes habían decidido dedicar toda su vida al servicio de Dios y de los demás hombres. Hay algunos que están persuadidos de que el Señor no puede escoger a quien quiera sin pedirles permiso a ellos, para elegir a otros; y de que el hombre no es capaz de tener la más plena libertad, para responder que sí al Amor o para rechazarlo. La vida sobrenatural de cada alma es algo secundario, para los que discurren de esta manera; piensan que merece prestársele atención, pero sólo después que estén satisfechas las pequeñas comodidades y los egoísmos humanos ¹⁰.

Esos consejeros hablan de prudencia, de no dejarse influir por los demás, aunque a la vez pretenden que su dictado se siga al pie de la letra. Opinan sobre la llamada de Dios como si fuese una especie de trastorno pasajero, producto de ciertos condicionamientos psicológicos. Invocan la libertad, mientras olvidan la coacción que ellos imponen injustamente. No consideran que, en definitiva, el mismo hecho de que la vocación se manifieste así, contra corriente, prueba hasta qué punto nace de un hecho sobrenatural, que exige una respuesta libre.

Ordinariamente es difícil luchar contra ese entorno hostil, porque todos entendemos el lenguaje de la falsa prudencia, de la mediocridad como sistema de vida. El mandato imperativo de Cristo puede aparecer entonces como una locura; sobre todo cuando, los que tratan de disuadir a alguien de que siga su vocación, son precisamente los más próximos.

A mí me da mucha pena decir esto, pero... ¡en cuántas ocasiones es la familia, son los amigos, son los parientes los que se oponen a la entrega de una manera desconsiderada, porque no entienden, porque no quieren entender, porque no quieren recibir las luces del Señor! Y se oponen a todas las cosas nobles de una vida entregada a Dios. Y se atreven ¡a probar! la vocación de su hijo, de sus hermanos, de sus amigos, de sus parientes, y hacen una labor de tercería, sucia. Os digo esto, no para escandalizaros, sino para que andéis prevenidos: porque esa actitud la hacen incluso com-

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 33.

patible con un ambiente de familia que llaman cristiano. ¡Qué pena! ¹¹.

Corresponder a la gracia divina y decir que sí, es siempre un acto valiente, lleno de fe y de coraje, que supone romper con otras cosas. Por eso cabe la tentación de responder a Jesús: *te ruego que me des por excusado* ¹².

Nuestro Fundador, comentando el pasaje evangélico del ciego de Jericó, recuerda cómo Bartimeo, al enterarse de que el Señor pasaba a su lado, seguido por una gran muchedumbre, empezó a gritar con fuerza: *Jesús, hijo de David, ten piedad de mí* ¹³, y los más cercanos se molestaron. Muchos le decían que se callara, como a ti, cuando sentiste que Jesús pasaba a tu vera; cuando oíste aquel rumor, noble y limpio, de los que siguen al Señor en este ejército del Opus Dei. Se te aceleró el corazón y comenzaste a clamar; sentiste una inquietud íntima. Y amigos, costumbres, comodidad y ambiente; todos te gritaron: ¡cállate, no clames! ¿Por qué has de llamar a Jesús? Déjale. At ille multo magis clamabat (Marc. X, 48). Pero el pobre Bartimeo no hacía caso, y aún gritaba con más fuerza: Iesu, fili David, miserere mei (Ibid.).

Parándose entonces Jesús, le mandó llamar (Marc. X, 49). El Señor, que le oyó desde la primera vez, le dejó perseverar en su oración. Como a ti. Jesús oye el primer clamor de nuestro corazón, pero espera. Quiere que nos demos cuenta bien de que le necesitamos; quiere que le roguemos, que perseveremos, como aquel ciego, a la vera del camino que salía de Jericó.

Praecepit illum vocari (Ibid.); le mandó llamar, y algunos de los mejores que le rodean, le dicen: *animaequior esto: surge, vocat te* (Ibid.). Ponte contento, levántate, te llama. ¡Es la vocación! ¹⁴.

El Señor da su gracia para vencer los gritos del ambiente, el escándalo de quienes se obstinan en acallar el diálogo del hombre con Cristo que pasa. A pesar del clamor de la muchedumbre, al que ha recibido la llamada de Dios no le faltarán los medios para responder a esa voz exigente y animosa: *sal de tu poltronería, de tu comodidad, de tus pequeños egoísmos, de tus problemitas sin importancia. Despégate de la tierra, que*

(11) De nuestro Padre, Meditación, 9-I-1959, en Crónica IV-66, p. 42.

(12) Luc. XIV, 19.

(13) Marc. X, 48.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947, en Crónica II-65, p. 47.

estás ahí plano, chato, informe. Adquiere soltura, peso y volumen, y visión sobrenatural. Date ¹⁵.

¿Por qué yo?

No existen razones apodícticas que garanticen la vocación de una persona concreta. Por eso siempre es posible excusarse, decir *no lo veo* o *no lo entiendo*; considerarse indigno, o demasiado viejo o demasiado joven; buscar y encontrar pretextos familiares, profesionales, de temperamento, de ambiente, de salud o de carácter; apelar incluso a motivos de índole falsamente espiritual o de pretendida eficacia apostólica, como si uno supiera, mejor que Dios mismo, dónde y cómo debe servirle.

¿Acaso no puedo santificarme de otro modo, en otro lugar?, se preguntan algunos. Sí..., con tal de que sea otra mi vocación, deberían responderse. Pero no es compatible ese supuesto deseo de santidad con el afán de esquivar la llamada divina. Si Dios elige a una persona y le señala un camino específico, le concede también las gracias convenientes para que se santifique en ese camino, no en otro.

¡Ay de mí si no evangelizare!, exclama San Pablo al referirse a su llamada al apostolado. E insiste: *por predicar el evangelio no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado a ello* ¹⁶. Y en la intimidad del Cenáculo, Jesús recuerda a los Doce: *no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros* ¹⁷.

* * * * *

La parábola evangélica de los invitados al banquete termina con una nueva llamada del padre de familia. Jesús nos enseña que es posible decir que no, a las claras o buscando una excusa. *Pero las cosas de Dios* —comentaba nuestro Fundador— *van adelante siempre, aunque no queramos nosotros*. Entonces dijo a sus criados: las bodas están dispues-

(15) *Ibid.*

(16) 1 Cor. IX, 16.

(17) Joann. XV, 16.

tas, mas los convidados no eran dignos de asistir a ellas. Id, pues a las salidas de los caminos, y a todos cuantos encontréis, convidadlos a las bodas (Matth. XXII, 8-9). *¿No os conmueve, hijos?: a todos llama el Señor. De este montón eres tú y soy yo, de ésos que ha querido buscar en las encrucijadas de todos los caminos. Y hemos venido como esos hombres de la parábola: cojos, ciegos, sordos* ¹⁸.

Ante la generosidad de esa invitación, ¿quién será capaz de encontrar una justificación razonable, que le permita decir que no? Jesús no pide más condiciones que el abandono en sus manos. *Caben los pobres y los ricos (...), los enfermos y los sanos, los viejos y los jóvenes, los doctos y los que apenas saben leer o los que no saben ni la a. Os puedo decir que muchas veces he visto a mi alrededor, entre gente de la Obra, personas de poca cultura que tienen algo más que la ciencia: el don de sabiduría. De tal manera han tratado a Dios con simplicidad, que el Espíritu Santo se ha volcado en aquellas almas* ¹⁹.

Dijo después el criado: Señor, se ha hecho lo que mandaste, y aún sobra lugar. Respondióle el amo: sal a los caminos y cercados, e impele a los que halles a que vengan, para que se llene mi casa ²⁰.

Se renueva la llamada de Dios, y son muchos los que la oyen. *A los que se encuentren en estas circunstancias —aconseja el Padre— les repito lo que tantas veces (...) hemos leído los sacerdotes en el Oficio Divino: si oís hoy la voz de Dios, no queráis endurecer vuestros corazones (Ps. XCIV, 7-8). Que vuestro corazón sea como de cera, para que Dios plasme allí su imagen, en la que pueda recrearse* ²¹.

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 298-299.

(19) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 443.

(20) Luc. XIV, 22-23.

(21) Del Padre, Crónica, 1977, p. 586.

LA ENTREGA

El Señor compara el reino de los Cielos con *un tesoro escondido en el campo*¹. El hombre que lo encuentra se llena de alegría; sabe que ese inopinado hallazgo no tiene precio, y cualquier esfuerzo le parece pequeño con tal de hacerlo suyo. Por eso, sin dudar un instante, *gozoso de su descubrimiento, vende todo cuanto tiene y compra aquel campo*².

También la vocación es un tesoro de valor incalculable: *una luz espléndida, un fulgor, un fuego de amor*³, que Dios enciende en el alma inesperadamente, quizá cuando uno no lo buscaba.

En el Evangelio, el Señor cuenta también la historia de un mercader que trata en perlas finas, y un día le ofrecen una de gran valor⁴. No es un hecho casual, como en el caso del tesoro; para topár con una joya preciosa es necesario negociar en ese ramo, o estar introducido en el mercado. Podríamos decir que ésa es la situación de quienes aspiran a dar un sentido más alto a su vida: desean ser generosos con Dios y frecuentan su trato en la oración y en los sacramentos. Se ponen, por tanto, en condiciones de recibir una oferta. Pero el Evangelio deja bien claro que, en todo caso, la vocación es divina, inmerecida; es siempre don gratuito de Dios.

Has de tener en cuenta —decía nuestro Padre en una tertulia— *que*

(1) *Matth.* XIII, 44.

(2) *Ibid.*

(3) De nuestro Padre, *Crónica*, 1972, p. 468.

(4) Cfr. *Matth.* XIII, 45.

la gracia de la vocación la da Dios a quien quiere, y —tantas veces— no a los mejores.

No sé si tú eres de la Obra; yo sí, y soy un pobre hombre. Conozco muchas personas buenas y nobles por ahí, que no reciben la gracia de la vocación. Y estoy convencido de que hay y habrá muchas almas estupendas, gente generosa, espléndida, a quienes Dios no llama al Opus Dei (...). Quizá ellos son unos grandes diamantes y nosotros sólo una cosita pequeña, una chispa de diamante; pero El nos coloca de tal manera que brillamos tanto como la piedra preciosa más grande, si somos fieles ⁵.

El precio del tesoro

¿Cuánto vale el tesoro de la vocación? ¿Qué exige a cambio? La parábola responde claramente que el Señor lo pide todo. Sin embargo, no es excesivo, porque el hallazgo vale infinitamente más. Uno se da cuenta de que en ese negocio sólo hay ganancias, y siente deseos de decir: *¡qué poco es una vida para ofrecerla a Dios!*... ⁶.

Pero la entrega es costosa, porque en esa palabra —todo— nunca podemos saber exactamente lo que se comprende. Es poner en las manos de Dios el presente —lo poco o lo mucho que uno tenga en un momento determinado— y también el pasado y el futuro: proyectos, sueños, ambiciones, apegamientos... No es extraño que alguno vacile.

Más de una vez preguntaron a nuestro Padre precisamente eso: si darse a Dios por completo no es una locura.

Estoy seguro —solía responder— de que todo esto es una locura. Desde que comencé a trabajar por el Señor me han llamado loco muchas veces, y no me he enfadado nunca. Yo soy loco de atar, pero a lo divino ⁷. Y poco después insistía: si nuestra locura se acompaña de sacrificio, con la ayuda de Dios es una locura divina. Si tú y yo no pensamos en nuestra comodidad, ni en los caprichos de nuestro corazón, ni en nuestras ambi-

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 450-451.

(6) Camino, n. 420.

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 9-XII-1973, en Crónica, 1974, p. 255.

ciones personales, ni en nuestro bienestar material; si pensamos en los demás, somos felices y locos, divinamente locos. Sólo es infeliz el que piensa en sí mismo, el que se hace egocéntrico. Nosotros debemos ser Cristocéntricos: poner a Cristo en el centro de nuestra vida ⁸.

Sólo cuando se está dispuesto a ver las cosas así, a la luz de la fe y sin poner obstáculos a la gracia, se comprende que la entrega vale la pena. Todo cuanto el hombre puede dar a Dios es nada si se compara con lo que recibe; por eso sería desatino, necedad, regatear en el precio de la perla, contar y volver a contar la calderilla de la propia vida, resistirse a secundar los planes magníficos del Señor por no querer soltar unas pocas monedas: unos proyectos pequeños y tal vez egoístas, una parcela de libertad o un pedazo del corazón.

Si tú has probado a entregarte a Dios, habrás saboreado la dulzura —más que la de la miel— del cariño que ha tenido contigo. Cuando nos damos a El sin condiciones, aunque nos veamos una pobre cosa, Dios Nuestro Señor vuelca en nosotros toda su maravilla de bondad, de hermosura, de grandeza... ¡Considerad si no salimos ganando! Por eso vale la pena. Los que no piensan igual, que hagan la prueba de entregarse a Dios de una vez, y comprobarán que, a cambio de su pobre amor, el Señor se les entrega por entero, y sentirán la necesidad de permanecer fieles a ese Amor toda la vida ⁹.

¡Cuántas dudas de si se tiene o no vocación no son más que problemas de generosidad! Es el caso de quienes, en lugar de plantearse qué es lo que Dios les pide, para responder con un sí lleno de alegría, se detienen a calcular cuánto les va a costar exactamente esa posible llamada. No comprenden que no vale la pena esa contabilidad pobretona. Con Dios hay que darlo todo, para ganarlo todo.

No dejamos nada, hijo mío —respondía nuestro Padre—; la vida nuestra es tan feliz... No me cambio por nadie, y eso que me han tratado a palos y a puntapiés (...). He sido siempre muy feliz y también ahora. Por eso puedo quererlos tanto a todos, también a los que no estáis en el Opus Dei ¹⁰.

(8) *Ibid.*

(9) Del Padre, Tertulia, 25-III-1978, en Crónica, 1978, p. 465.

(10) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 450.

Es cierto que darse así, por completo, abandonándose a la voluntad del Señor, comporta otro riesgo: aunque Dios no abandona jamás a quien llama, el hombre puede volver la vista atrás y no perseverar en el camino. Sin embargo, esa posibilidad es inherente a cualquier decisión humana, y en este caso especialmente no puede servir de coartada para responder que no, porque a la debilidad de los propósitos humanos su-
ple —si no se pierde la buena voluntad— la firmeza de la fidelidad divina.

Tampoco yo sé si seré fiel —comentaba nuestro Padre—. Es una bendición de Dios que nos tenga así, en la incertidumbre, con esta revolución interna de cuando en cuando, con el ambiente vergonzoso que hay por ahí, con esa protesta estéril que no da solución a nada. Toda esta violencia, esta lujuria suelta, esta animalidad desenfrenada no ayuda a perseverar, ¿verdad? Pero todo eso, en cierto sentido, ayuda; porque el alma se siente en la obligación de decir al Señor: no estás solo; aquí estoy yo contigo, aunque no sepa si perseveraré.

El Señor nos deja en la duda para que seamos humildes. Si yo supiera que mi perseverancia está asegurada, sería un soberbio (...). Pero mira, hijo mío: si tú y yo supiéramos que una persona se pone en peligro por amor nuestro, y nos hace muchos servicios, y en nuestro poder estuviera el ayudarle de manera que esos peligros no le hiciesen daño, le ayudaríamos, ¿no es verdad? Pues Dios Nuestro Señor es omnipotente y omnisciente, y tiene un corazón más grande que el nuestro, y nosotros somos hijos suyos. En peligros graves no nos ponemos, porque con su gracia los evitamos y los huimos. Luego no tenemos asegurada la perseverancia, pero perseveraremos ¹¹.

La hora de la entrega

Cuando el Señor elige a alguien para el Opus Dei, le pide una entrega total, conforme a sus peculiares circunstancias, pues esta llamada

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 532.

se dirige a cristianos corrientes y a nadie saca de su sitio. Dios pasa por la vida de cada persona en una ocasión determinada, a una edad concreta, en circunstancias distintas; y exige de acuerdo con esas condiciones, que El mismo ha previsto desde toda la eternidad.

El reino de los cielos se parece a un padre de familia que, al romper el día, salió a alquilar obreros para su viña ¹². Jesús llama a algunos en la primera hora, cuando aún tienen pocos años, y les pide sus ambiciones, las esperanzas y proyectos de un futuro que, a esa edad, parece lleno de promesas. Tal vez el corazón se resista, porque uno se siente señor de la propia vida y tiene miedo de malograr posibilidades insospechadas. La entrega puede parecer como una hipoteca de la libertad, y quizá se presenta la tentación de evitar cualquier compromiso que limite la capacidad de elección para el futuro.

Nuestro Fundador, refiriéndose a esas personas, escribe en una de sus homilias: *son almas que hacen barricadas con la libertad. ¡Mi libertad, mi libertad! La tienen, y no la siguen; la miran, la ponen como un ídolo de barro dentro de su entendimiento mezquino. ¿Es eso libertad? ¿Qué aprovechan de esa riqueza sin un compromiso serio, que oriente toda su existencia?* ¹³. Y más adelante insiste: *nada más falso que oponer la libertad a la entrega, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad. Mirad, cuando una madre se sacrifica por amor a sus hijos, ha elegido; y, según la medida de su amor, así se manifestará su libertad. Si ese amor es grande, la libertad aparecerá fecunda, y el bien de los hijos proviene de esa bendita libertad, que supone entrega, y proviene de esa bendita entrega, que es precisamente libertad.*

(...) *Insisto, querría grabarlo a fuego en cada uno: la libertad y la entrega no se contradicen; se sostienen mutuamente. La libertad sólo puede entregarse por amor; otra clase de desprendimiento no la concibo. No es un juego de palabras, más o menos acertado. En la entrega voluntaria, en cada instante de esa dedicación, la libertad renueva el amor, y renovarse es ser continuamente joven, generoso, capaz de grandes ideales y de grandes sacrificios* ¹⁴.

(12) *Matth. XX, 1.*

(13) *Amigos de Dios, n. 29.*

(14) *Amigos de Dios, nn. 30-31.*

La juventud es, por su misma naturaleza, el momento de las grandes decisiones: el corazón puede ofrecer lo mejor; humanamente es capaz de entender una entrega por amor; tiene menos ataduras. *¡Qué bonito es dar el corazón a Dios cuando se tiene quince años! A esa edad —decía nuestro Padre— comencé yo a sentir los primeros barruntos de la llamada divina, pero no pude entregar mi corazón entero hasta más tarde. Por eso me dan envidia los jóvenes que responden afirmativamente al amor de Dios* ¹⁵.

Sin embargo, no puede afirmarse que una determinada edad sea la más adecuada para recibir la vocación. Jesús enseña que el dueño de la viña, después de contratar a los primeros obreros al romper el día, volvió a salir a media mañana, al comienzo de la tarde, antes de la puesta de sol e incluso a última hora, a punto ya de concluir la jornada de trabajo ¹⁶. Muchos descubren su vocación cuando son jóvenes; otros, en plena madurez y aun al final de su vida en la tierra, cuando aparentemente ya no hay caminos, ni proyectos, ni ambiciones razonables. También entonces cuesta, porque se ha hecho uno como un molde de yida que es necesario romper para entregarse. Pero cuando Dios llama a un alma en la vejez, la remoja por dentro con su gracia: la llena de ilusiones, de juventud, de afán de entrega. *Ecce nova facio omnia!* ¹⁷, dice el Señor; Yo puedo renovarlo todo: acabar con la rutina de la vida, enseñar a mirar más lejos y más arriba, infundir un amor con fuerza recién estrenada. *Por eso —concluye nuestro Padre—, en el Opus Dei no exigimos una edad determinada. Ponemos límites sólo por abajo, para que no vengan niños sin sentido práctico de la vida y sin saber bien lo que hacen. Por arriba no hay límites de edad (...). Bastantes personas de más de ochenta años han venido a llamar a las puertas del Opus Dei, y se las hemos abierto de par en par* ¹⁸.

¿Cuál es la mejor edad para entregarse a Dios? Aquella en la que se escucha la llamada. Lo importante es ser generoso entonces y siempre, sin confiar en que habrá otra oportunidad, que tal vez no llegue nunca;

(15) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 464.

(16) Cfr. *Matth.* XX, 2-6.

(17) *Apoc.* XXI, 5.

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1972, pp. 458-459.

sin suponer tampoco que ya es demasiado tarde, que se ha pasado el tiempo de las decisiones valientes.

El porqué de la entrega

La entrega a Dios no se agota en una sola decisión, en la primera respuesta a la llamada divina. Es preciso decir que sí al principio, y renovar esa afirmación muchas veces a lo largo del camino, para purificarla y hacerla más plena y más alegre. Así lo recordaba nuestro Padre a sus hijos del Opus Dei:

Hemos venido a entregarnos del todo, sin regateos; y no sólo porque nos haya dado la gana, sino porque El nos llama por nuestro nombre, como a los primeros Doce: ego vocavi te nomine tuo (Isai. XLIII, 1).

Hijo mío, estás viendo a los Apóstoles junto a Cristo: a Juan, un adolescente que viene a darse con toda la fuerza de su vida limpia, y a esos otros hombres que vienen de lejos; que, cuando vieron brillar los ojos del Señor —a la orilla del lago o en el banco de los tributos—, cuando oyeron aquel veni, sequere me (Matth. XIX, 21), lo dejaron todo para seguirle siempre.

Uno dejó la barca y las redes; otro, el dinero que manejaba; aquél, los padres; el de más allá, los hijos... Y junto a Cristo está incluso, y con llamada especial, un apóstol, Judas, que no es digno de llamarse Apóstol. ¿No te da alegría, hijo mío, contemplar estas escenas del Santo Evangelio?

A mí se me llena el alma de ilusión, cuando veo que todos podemos acercarnos a Cristo con confianza, y correr a su vera, arrastrando nuestras miserias, y sentirnos seguros a su lado. Late en este pasaje de la Escritura una llamada, una luz, una fuerza... ¡La misma que tú y yo hemos sentido! Porque el Señor quiere que, junto a su Omnipotencia, vaya nuestra flaqueza; junto a su luz, las tinieblas de nuestra pobre naturaleza¹⁹.

La entrega puede costar siempre, no sólo cuando se responde por vez primera a la llamada. Pero Jesús asegura que su yugo es suave y su carga ligera²⁰; que llevar ese peso por amor es tan alegre y sencillo co-

(19) De nuestro Padre, Crónica, 1970, pp. 81-82

(20) Cfr. Matth. XI, 30.

mo abandonarse en las manos de Nuestro Padre Dios, y permitir que El actúe. Siendo instrumentos de Dios lo podemos todo —omnia possum in eo qui me confortat! (Philip. IV, 13): ¡todo lo puedo en Aquél que me conforta!—, porque El ha dispuesto, por su bondad, utilizar estos instrumentos ineptos, vosotros y yo. Así que el apóstol no tiene otro fin que dejar obrar al Señor, hacerse disponible, para que Dios cumpla —a través de sus criaturas, a través del alma elegida— su obra salvadora ²¹.

Esa entrega no esclaviza: libera. No corta las alas, sino que permite volar más lejos. Por eso el Señor la pide a sus elegidos. No sé si tú habrás estado en la guerra, escribe nuestro Padre. Hace ya muchos años, yo pude pisar alguna vez el campo de batalla, después de algunas horas de haber acabado la pelea; y allí había, abandonados por el suelo, mantas, cantimploras y macutos llenos de recuerdos de familia: cartas, fotografías de personas amadas... ¡Y no eran de los derrotados; eran de los victoriosos! Aquello, todo aquello les sobraba, para correr más aprisa y saltar el parapeto enemigo (...).

No olvides que, para llegar hasta Cristo, se precisa el sacrificio; tirar todo lo que estorbe: manta, macuto, cantimplora. Tú has de proceder igualmente en esta contienda para la gloria de Dios, en esta lucha de amor y de paz, con la que tratamos de extender el reinado de Cristo. Por servir a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas, debes estar dispuesto a renunciar a todo lo que sobre; a quedarte sin esa manta, que es abrigo en las noches crudas; sin esos recuerdos amados de la familia; sin el refrigerio del agua. Lección de fe, lección de amor. Porque hay que amar a Cristo así ²².

Cuando se encuentra un tesoro o la perla más preciosa, ¿cómo pensar que se pierde algo, aunque se entregue todo? Sólo al egoísmo o a la soberbia le puede parecer una locura. Pero es ganancia. Por eso, vale la pena tener el corazón como en carne viva para oír las llamadas del Espíritu Santo y responderle: ecce ego quia vocasti me! (I Reg. III, 8-9); Señor, aquí me tienes porque me has llamado. ¡Otro loco para este manicomio! Que estemos locos, locos de amor de Dios ²³.

(21) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 84.

(22) Amigos de Dios, n. 196.

(23) Del Padre, Crónica, 1976, p. 674.

LA ENTREGA DEL CORAZON

¡Cómo te reías, noblemente, cuando te aconsejé que pusieras tus años mozos bajo la protección de San Rafael!: para que te lleve a un matrimonio santo, como al joven Tobías, con una mujer buena y guapa y rica —te dije, bromista.

Y luego, ¡qué pensativo te quedaste!, cuando seguí aconsejándote que te pusieras también bajo el patrocinio de aquel apóstol adolescente, Juan: por si el Señor te pedía más¹.

Cuando uno es joven y trata de orientar su futuro de acuerdo con la voluntad de Dios, puede plantearse esta alternativa que sugiere nuestro Fundador: el camino del matrimonio o el celibato apostólico. Lo importante es descubrir qué es lo que Jesucristo pide en cada caso.

Nuestro Padre predicó a lo largo de toda su vida que el matrimonio es una vocación, un camino de santidad. Más aún, la mayor parte de los miembros de la Obra son personas casadas, padres y madres de familia, que recibieron la llamada de Dios al Opus Dei para santificarse precisamente en y desde su vida matrimonial, en el cumplimiento de sus deberes familiares.

Sin embargo —comenta el Padre, haciéndose eco de lo que también afirmaba nuestro Fundador, siguiendo la doctrina de la Iglesia—, *la fe*

(1) Camino, n. 360.

cristiana enseña que el celibato apostólico, que es otra vocación, es más perfecto. Dios Nuestro Señor se entrega a algunas personas de tal manera, que espera de ellas una correspondencia total; es celoso —como recordaba nuestro Fundador— y no está dispuesto a compartir su amor con otros seres. Hijos, si Dios nos da ese don tan grande, ante ese tesoro inmenso, ¿cómo vamos a decir: yo no lo quiero?²

Tener corazón

Cuando alguien vislumbra la posibilidad de que Dios le pida el corazón entero, no es raro que reaccione con sorpresa y quizá que se resista a esa entrega. La llamada tal vez le parece incompatible con su capacidad de amar, con la necesidad que siente de querer y de ser querido. Seguramente comprueba que su corazón se apega a las criaturas; que sueña con un amor humano dichoso, y quizá al mismo tiempo nota, con viveza, el tirón de las pasiones.

En estas circunstancias, más de uno podría razonar así: si Dios me ha dado esta capacidad de cariño, y me concede la posibilidad de encauzarla en el matrimonio, no parece razonable que ahora me pida otra cosa. Es posible incluso que alguno suponga que serían más idóneos para esta entrega total quienes no se sientan particularmente atraídos hacia la vida matrimonial o los que, por una supuesta gracia especialísima de Dios, se vieran particularmente fortificados contra las tentaciones de la carne.

La realidad es muy distinta. Cuando Dios pide a una persona que renuncie a formar una familia en la tierra, para estar plenamente disponible a su servicio, le invita a descubrir un panorama nuevo de Amor, con mayúscula. No busca, por tanto, corazones fríos, gentes incapaces de querer. Al contrario: como escribía nuestro Padre en un antiguo documento, en el *Opus Dei caben (...) todos los que tengan el corazón grande, aunque hayan sido mayores sus flaquezas*³.

(2) Del Padre, *Crónica*, 1979, p. 480.

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, n. 65.

Tener corazón grande no sólo no es una dificultad, sino que constituye un requisito para recibir la llamada a servir a Dios en el celibato. Sólo el que sabe enamorarse de verdad es capaz —con la ayuda de la gracia— de una entrega plena, por amor, aunque sienta la atracción de otros amores más pequeños; y aunque pese —y mucho— el convencimiento de la propia miseria.

*Hay corazones duros, pero nobles —decía nuestro Padre—, que, al acercarse al calor del corazón de Jesucristo, se derriten como el bronce en lágrimas de amor, de desagravio, ¡se encienden! Y hay otros, que son de barro y se resquebrajan. Son polvo, dan asco*⁴. Los primeros entienden el lenguaje del cariño. Y, si Dios les llama, están en condiciones de escuchar su voz y de darse por entero. A los otros les desconcierta esta lógica del amor y de la entrega.

No es cuestión de sensibilidad o de temperamento. Tener corazón no significa ser especialmente apasionado o sentimental. En nada se relaciona, por tanto, con la cultura, con la edad, con el modo de ser propio de un país o de una comarca. Esta capacidad de querer supone más bien un conjunto de virtudes: generosidad, reciedumbre, juventud de espíritu, valentía..., ya que el amor —también el amor humano— sólo es auténtico cuando prende en una personalidad no corrompida por el egoísmo, por la sensualidad o por el orgullo.

Hay personas que parecen incapaces de darse por entero. Se diría que el idioma de la entrega les aturde. Ni siquiera saben ser realmente ambiciosos: sus proyectos jamás traspasan la frontera del propio yo. Llegan justo hasta ahí... Pero que nadie les hable de jugarse la vida —la fama, la salud, el dinero— por un amor. Son corazones pequeños que, de tanto calcular, se han olvidado de querer.

Para entregarse a Dios del todo hay que saber amar, hay que tener corazón, porque la llamada *es algo tan hermoso como enamorarse, y exige una fidelidad a ese compromiso de amor; tiene su anverso y su reverso, sus alegrías y sus sacrificios (...). Es un don inefable, como decía el Señor y como a mí me gusta llamarlo. Hay que dar el corazón indiviso, entero,*

(4) De nuestro Padre, Crónica X-64, pp. 6-7.

porque el corazón se apegaba. A mí —concluía nuestro Padre en una tertulia— se me apegaba a vosotros; no lo oculto y creo que lo notáis ⁵.

Los primeros Doce

Los Apóstoles elegidos por Jesucristo fueron hombres de corazón. Fácilmente podríamos evocar infinidad de escenas del Santo Evangelio en las que aquellos primeros discípulos del Señor muestran, junto a sus debilidades, la grandeza de un corazón que reacciona una y otra vez a los requerimientos de Jesús, incluso cuando su fe vacila o su inteligencia no llega a entender el porqué de lo que se les pide.

Pedro, por amor a su Maestro, parece capaz de cualquier locura: de defenderlo con la espada frente a toda una cohorte de soldados, en el Huerto de los Olivos ⁶, o de lanzarse a caminar sobre las aguas, a pesar de que su fe todavía es pequeña ⁷. Juan y Santiago, por estar cerca de Jesús en el Reino de los Cielos, responden con un sí lleno de firmeza —*possumus!*—, cuando el Señor les pregunta si estarán dispuestos a beber su mismo cáliz ⁸. Tomás, el que más tarde dudaría de la Resurrección, exclama: *vayamos también nosotros y muramos con Él* ⁹, cuando Cristo decide ir a Betania, a sabiendas de que los judíos le buscan ya para matarle. Natanael aparece desde el primer momento como un hombre íntegro, de una pieza, que se deja ganar por el cariño de Jesús ¹⁰. Y el mismo Judas Iscariote pudo haberse salvado por el corazón cuando, asustado de su crimen, arroja al templo el precio de la traición ¹¹. Sólo le faltó la esperanza —comentaba nuestro Padre—, que es la virtud necesaria para volver a Dios. Si hubiera tenido esperanza, podría haber sido aún un gran Apóstol ¹².

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 450;

(6) Cfr. *Ioann.* XVIII, 10-11.

(7) Cfr. *Matth.* XIV, 28-31.

(8) Cfr. *Matth.* XX, 20-28.

(9) *Ioann.* XI, 16.

(10) Cfr. *Ioann.* I, 45-51.

(11) Cfr. *Matth.* XXVII, 3-5.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 8-XII-1968, en Crónica, 1969, p. 26.

La vocación de San Juan

Sin embargo, no basta tener corazón. Cuando Dios pide una entrega total, quiere corazones, libres de otros amores que limiten la disponibilidad de entregarse, por Dios, a todas las almas; corazones que sepan abandonarse, sin buscar compensaciones, porque *Jesús no se satisface «compartiendo»: lo quiere todo*¹³. Esa fue la vocación de Juan: *sólo este adolescente, el más joven de los Apóstoles, permanece junto a la Cruz. Los demás no sentían ese amor tan fuerte como la muerte* (cfr. Cant. VIII, 6)¹⁴.

El Señor le había llamado en la primera hora, cuando Juan podía darlo todo. *¿Queréis que veamos cómo mira Cristo Jesús? —preguntaba nuestro Padre en una tertulia con gente joven— (...). Juan el Bautista había puesto una cátedra peripatética, caminando por las cercanías del Jordán. Le rodeaban muchos discípulos y entre los discípulos estaba Juan, que era adolescente y sentía —como vosotros— aletear el amor: necesitaba cariño y verdad. Todos vosotros tenéis ansias de cariño y de verdad..., sois capaces de cualquier cosa. El mismo nos cuenta cómo el Bautista señaló a Jesús que pasaba, y dijo: ecce Agnus Dei!, ahí está el Cordero de Dios, ahí está el que quita los pecados del mundo... Y Juan cruzó su mirada con la de Cristo, lo siguió y le preguntó: Maestro, ¿dónde vives? Se fue con El, y estuvo con el Maestro todo el día. Luego lo cuenta, a la vuelta de los años, con un candor encantador, como un adolescente que hace un diario en el que vierte el corazón y apunta hasta la hora: hora autem erat quasi decima... Se acuerda hasta del momento preciso en que le miró Cristo, de cuándo le atrajo Cristo, de cuándo no se resistió a Cristo, de cuándo se enamoró de Cristo*¹⁵.

Desde entonces, Juan vivirá exclusivamente para Jesús. Será aquel discípulo *quem diligebat Iesus*¹⁶, el más amado por el Maestro; el que recostó su cabeza sobre el pecho de Cristo, durante la Última Cena¹⁷; el

(13) Camino, n. 155.

(14) *Es Cristo que pasa*, n. 2.

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 6-VII-1974, en Catequesis en América, II, p. 113.

(16) *Ioann.* XXI, 7.

(17) Cfr. *Ioann.* XXIII, 23.

que supo llegar a la Cruz con María; el que la recibió en primer lugar como Madre ¹⁸.

Han pasado tres años desde la llamada. Jesús ya ha resucitado. Pedro y Juan, después de una noche de pesca infructuosa en el Mar de Tiberíades, vuelven a la ribera, donde les espera el Señor; *pero los discípulos no conocieron que fuese él* ¹⁹. Jesús, como en otro tiempo, les dice que echen la red a la derecha de la barca, y, al producirse la pesca milagrosa, Juan exclama: *¡es el Señor!* ²⁰.

El amor —comentaba nuestro Padre—, el amor lo ve de lejos (...). La limpieza de aquel hombre, la entrega de aquel hombre, que se había siempre conservado limpio, que se había dado a Dios del todo desde la adolescencia, hace que conozca al Señor. Se necesita una especial sensibilidad para las cosas de Dios, una purificación. Ciertamente es que Dios también se ha hecho oír de pecadores: Saulo, Balaam... Sin embargo, de ordinario, Dios Nuestro Señor quiere que las criaturas, por la entrega, por el amor, tengan una especial capacidad, para conocer estas manifestaciones extraordinarias. El amor es el que primero capta esas delicadezas. Aquel Apóstol adolescente, por el amor que tiene a Jesús, porque amaba a Cristo con toda la pureza de un corazón que no ha estado corrompido nunca, dijo: Dominus est! ²¹.

Barruntar el amor

¿Cómo saber si Dios pide esta entrega total del corazón cuando alguien se siente llamado al Opus Dei? No hay que olvidar que Dios, junto con la vocación, da también las señales suficientes para reconocerla. Algunas pueden ser el momento y las circunstancias en que se oye la voz del Señor. Cuando se es joven y no existe ningún obstáculo objetivo —por ejemplo, un deber grave de justicia o de caridad— para darse del todo, es probable que —si se tiene vocación— esa llamada exija una do-

(18) Cfr. *Ioann.* XIX, 25-27.

(19) *Ioann.* XXI, 4.

(20) *Ioann.* XXI, 7.

(21) De nuestro Padre, *Crónica* X-61, pp. 72-73.

nación completa: Jesús pide siempre todo lo que el alma está en condiciones de entregar.

Nuestro Padre, en una tertulia con personas jóvenes, respondía así a quien le planteaba una duda de este estilo: *a tu edad, más o menos, cuando las pasiones empiezan a removerse y le tiran a uno de la ropa, por aquí, por allá y por el otro lado, y la vista se va, ¡barrunté el Amor! No me pongo colorado para decírtelo: éstos no se enteran. Estamos tú y yo solos. Yo tenía tu edad, cuando barrunté el Amor; y di un cambiazo, con la gracia del Señor, No es que antes fuera malo. ¿Quién sabe si no estás barruntando tú el Amor?*

El Opus Dei es un camino de amor. En el Opus Dei se puede andar por todos los caminos de la tierra haciéndolos divinos, sin dejar de ser muy humanos, porque Dios Nuestro Señor no nos pide cosas deshumanas. Si te estoy hablando con este cariño de hermano mayor y de Padre, es porque soy hombre lo mismo que tú. Y cuando hablo con mi Señor —con Dios—, le hablo con mi voz de hombre o con mi cabeza de hombre, porque unas veces rezo y otras oro. Y le digo que le quiero, porque es verdad. Con este corazón, que hubiera podido poner en el cariño de una mujer; con este corazón, con el que he querido a mi madre y a mi padre, te estoy respondiendo a ti y trato con Dios.

Yo creo que barruntas algo. ¡Déjate llevar por la gracia! ¡Déja a tu corazón que vuele! Porque si es verdad que el corazón del hombre está inclinado a cosas bajas, también tiene alas para volar alto, hasta el Corazón de Dios. Hazte tu pequeña novela: una novela de sacrificios y de heroísmos. Con la gracia de Dios, te quedarás corto²².

¿Y no es posible —podría preguntarse alguien— que una persona joven, sin inconvenientes serios para entregar el corazón entero a Dios, sea llamado al matrimonio?

Desde luego, es posible. El Señor elige a quien quiere, cuando quiere, y no pide a todos lo mismo, aunque las circunstancias externas parezcan idénticas. Por eso es necesario, en cada caso, rezar, pedir luces a Dios, estar disponible a oír su voz, y buscar consejo en la dirección

(22) De nuestro Padre, Tertulia, 29-VI-1974, en Catequesis en América, II, p. 45.

espiritual. Y siempre es preciso purificar la intención: ser plenamente sincero consigo mismo y con la persona apta para dar consejo. Hay que abrir el corazón de par en par, porque es fácil engañarse y convertir en un problema de vocación lo que es, sencillamente, cuestión de generosidad. Tal vez a alguien le suceda lo que se describe en un punto de Camino: *me das la impresión de que llevas el corazón en la mano, como ofreciendo una mercancía: ¿quién lo quiere? —Si no apetece a ninguna criatura, vendrás a entregarlo a Dios.*

¿Crees que han hecho así los santos? ²³.

No es fácil reconocer como propia esta actitud: es preciso hacer un examen profundo, enfrentarse con Dios cara a cara..., y quizá entonces se descubra que, más allá de las mil excusas que el corazón sugiere, también uno ha empezado a barruntar el Amor. Y aunque la carne siga empujando hacia abajo, aunque cueste despegarse de otros amores, Dios dará la gracia para responder: *Señor, yo te amo porque me da la gana de amarte; y este pobre corazón, que podría haberlo entregado a una criatura, lo pongo entero, joven, vibrante, noble, limpio, a tus pies, ¡porque me da la gana!* ²⁴.

(23) Camino, n. 146.

(24) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 265.

UNA SOLA LLAMADA

El Opus Dei ha venido a recordar que Dios llama a todos los hombres a la santidad, que no hay diferentes categorías entre los cristianos. Por eso, la vocación específica a seguir a Jesucristo en medio del mundo, dentro de la Obra, puede llegar y de hecho llega en cualquier circunstancia. Jesús pasa en la juventud y en la madurez; al comienzo del camino, cuando se abren infinitas posibilidades para la propia vida, y cuando uno ya ha echado raíces en una profesión, en un ambiente social, en una familia.

Al Opus Dei se puede venir, si Dios le llama a uno, siendo soltero, casado, viudo o sacerdote. Se puede venir siendo rico o siendo pobre. Se puede venir siendo culto o siendo ignorante. Se puede venir siendo sano o siendo enfermo. Se puede venir siendo una chica joven o un muchacho joven, lleno de fortaleza humana; o una persona que ya está claudicando físicamente en la vida. Bienvenidos al Opus Dei, todos, si Dios os llama¹.

Unidad de vocación

Todas estas posibilidades responden a un único fenómeno vocacional. Lo que Dios busca es *un puñado de hombres «suyos» en cada activi-*

(1) De nuestro Padre, Dos meses de Catequesis, II, p. 518.

*dad humana*², que se entreguen a su servicio —insistía nuestro Padre—, *con plenitud de vocación*. Y explicaba: *digo con plenitud de vocación, porque —en las circunstancias en las que providencialmente Dios los ha colocado— se esfuerzan por corresponder con generosidad total a cuanto el Señor les pide, llamándoles a su Obra: un servicio sin reservas, como ciudadanos católicos responsables, a la Iglesia Santa, al Romano Pontífice y a todas las almas*³.

La llamada a la Obra exige, siempre y en todos los casos, una entrega plena, sin condiciones, ya que el que es elegido por Dios —cualquiera que sea su situación personal— debe dar al Señor todo lo que esté en condiciones de darle. Las circunstancias, sin embargo, son distintas, y, por tanto, entregarlo *todo* no siempre significará materialmente lo mismo: una persona casada, por ejemplo, no puede ni debe abandonar lo que, por voluntad de Dios, pertenece a los suyos: el amor a su mujer o a su marido; la dedicación a su familia; la educación de sus hijos... Al contrario, para él, darlo todo supone complicarse la vida de un modo nuevo, cumpliendo mejor con sus deberes legítimos; supone trabajar más y mejor; vivir heroicamente sus obligaciones familiares; desvivirse para educar a los hijos humana y cristianamente; ser ejemplar en sus deberes cívicos...

Como la llamada a la Obra tiene una finalidad apostólica, darlo todo supone también santificar a los demás con ocasión del propio trabajo profesional; hablar de Dios con la conducta y con la palabra. Y aún más: buscar tiempo para promover o ayudar a las labores de apostolado, colaborar con esta *gran catequesis* que realiza el Opus Dei, llegando más lejos y más en profundidad.

El Señor, en su Bondad infinita —enseñaba nuestro Padre refiriéndose a la Obra—, *ha hecho que esta vocación se acomode a las circunstancias, a los deberes, a las necesidades de cada persona (...). Pero la esencia, la entrega, la llamada, es igual que la que recibieron aquellos primeros Doce. Y aunque ha habido algunos que se han hecho el remolón, de ordinario ha sido como un flechazo de amor, un golpe.*

(2) Camino, n. 301.

(3) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959, n. 10.

La escritura dice: statim —inmediatamente—, relictis omnibus, dejando todas las cosas. Con el omnibus hago mis bromas, como ya sabéis... Pero ¡hay que dejarlo todo! ¡Todo, todo! Eso no es amar menos a los nuestros: los queremos más y mejor, porque lo hacemos con sacrificio de nuestra parte, que hace más gustoso el amor humano ⁴.

Como un farol encendido

Aunque esta llamada divina la escuchan en el mundo entero hombres y mujeres de toda edad y condición, en muchos casos se dirige a personas que han recorrido ya un largo trecho de su vida. Algunos tal vez pensaban que entregarse a Dios ya no tenía sentido, que era demasiado tarde; que el Señor no podía contar con ellos para ser santos. Quizá suponían que tener vocación era sinónimo de abandonar el mundo —el trabajo, la familia, las relaciones sociales—, y ellos, ciertamente, no estaban en condiciones de dejar todo eso.

Pero Dios, poco a poco, les hace ver que El puede pedirles más, mucho más; que puede cambiarlo todo, sin cambiar aparentemente nada. La vocación aparece entonces como una luz inesperada que se prende en el alma. Así solía explicarlo nuestro Fundador:

Un cristiano maravilloso, y otro cristiano que procura portarse bien y luchar, y que es del Opus Dei —quizá no sea tan maravilloso como el otro—, son como dos faroles, como ésos que habéis visto tantas veces. Uno de ellos se enciende. Sigue siendo tan farol como el otro pero tiene luz para él y para los demás. Quizá no es tan estupendo como el otro farol, pero está encendido y alumbra. Este farol que tiene luz y da luz es del Opus Dei.

Esta comparación no es mía; es de una epístola de San Pedro. Dice: (...) quasi lucernae lucenti in caliginoso loco. El habla de la voz de los profetas, y dice que son un farol que alumbra en un lugar de tinieblas ⁵.

Nuestro Padre explicó innumerables veces, en su catequesis por el mundo, la imagen del farol. Insistía en que, en apariencia, no hay ningu-

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 8-VI-1974, en Catequesis en América, I, p. 367.

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 28-X-1972, en Dos meses de catequesis, I, p. 201.

na diferencia entre un miembro del Opus Dei y sus colegas de profesión, sus amigos, aquellos que comparten sus mismas circunstancias. Sólo esa luz encendida los distingue. Pero esa luz supone mucho: en primer lugar; hace que el interesado vea con mayor nitidez las propias flaquezas; los defectos, la herrumbre, la baja calidad del farol. Y, a la vez, subraya la bondad de Dios. Entonces el Señor hace comprender que hay que corresponder a la gracia mediante una profunda conversión interior.

Además, la luz comporta una visión nueva de la vida: de la familia, de la profesión, del entorno social en que uno se mueve. *Dios nos saca de las tinieblas de nuestra ignorancia, de nuestro caminar incierto entre las incidencias de la historia, y nos llama con voz fuerte, como un día lo hizo con Pedro y con Andrés: venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum (Matth. IV, 19), seguidme y yo os haré pescadores de hombres, cualquiera que sea el puesto que en el mundo ocupemos*⁶. Se ve entonces que no puede uno quedarse encerrado en el pequeño mundo en que tal vez se había instalado como si fuera definitivo. Se entiende que es preciso dar claridad a otros, llegar más lejos, entrar más a fondo en el propio ambiente para transformarlo desde dentro, ampliando el círculo de amistades, llegando a un apostolado extenso e intenso y a un proselitismo capilar que encienda nuevas luces en muchas almas, porque el mundo está a oscuras.

*Para merecer esa luz de Dios —escribe nuestro Padre— hace falta amar, tener la humildad de reconocer nuestra necesidad de ser salvados, y decir con Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú guardas palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios (Ioann. VI, 70). Si actuamos de verdad así, si dejamos entrar en nuestro corazón la llamada de Dios, podremos repetir también con verdad que no caminamos en tinieblas, pues por encima de nuestras miserias y de nuestros defectos personales, brilla la luz de Dios, como el sol brilla sobre la tempestad*⁷.

Así actuaban los primeros cristianos. Considerar su vida es la mejor forma de entender este fenómeno vocacional viejo y nuevo del Opus

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 45.

(7) *Ibid.*

Dei. Ellos vivían a fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del Bautismo. No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos. Los miembros del Opus Dei son personas comunes; desarrollan un trabajo corriente; viven en medio del mundo como lo que son: ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a las exigencias de su fe⁸. Por eso —insistía en otra ocasión nuestro Fundador— en el Opus Dei está presente toda la sociedad actual, y lo estará la de siempre: intelectuales y hombres de negocios; profesionales y artesanos; empresarios y obreros; gentes de la diplomacia, del comercio, del campo, de las finanzas y de las letras; periodistas, hombres del teatro, del cine y del circo, deportistas. Jóvenes y ancianos. Sanos y enfermos. Una organización desorganizada, como la vida misma, maravillosa; especialización verdadera y auténtica del apostolado, porque todas las vocaciones humanas —limpias, dignas— se hacen apostólicas, divinas⁹.

Complicarse la vida

Al saberse elegido por Dios para una entrega así, es lógico reaccionar con gran alegría. Sobre todo si uno se encontraba en la situación de aquellos obreros de la parábola a los que el Señor buscó cuando ya avanzaba la jornada y no había esperanza de encontrar trabajo. Al verlos mano sobre mano en la plaza, les dijo: *¿cómo es que estáis todo el día ociosos? (...). Id también vosotros a mi viña*¹⁰.

Sin embargo, la entrega nunca es fácil. Quien se encuentra instalado en una posición más o menos estable, el que considera que tiene su vida hecha, puede ver que peligra esa tranquilidad conquistada, en la que se supone con pleno derecho. Y eso es precisamente lo que el Señor pide: romper con la rutina, con la medianía, con la comodidad.

La vocación exige siempre renuncia, pide un cambio profundo en

(8) Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 24.

(9) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1959, n. 11.

(10) Matth. XX, 6-7.

la propia conducta. La llamada reclama para Dios todo lo que uno se había reservado para sí mismo, y pone al descubierto apegamientos, flaquezas, reductos que se suponían intocables y que, sin embargo, es preciso destruir para dar el salto de la entrega.

¡Cuántas veces, al oír la llamada, uno quisiera escudarse en sus tareas, en su falta de tiempo, en su trabajo...! Tú —solía responder nuestro Padre a quien le planteaba una excusa de este tipo— *estás en el mejor momento de tu vida para hacerte santo. Tú eres de los que yo necesito, porque no te sobra tiempo. ¡Estos son los hombres del Opus Dei!*¹¹.

Idéntica respuesta podría darse a quienes apelan a la falta de salud, a las obligaciones familiares, a las dificultades del ambiente, a la edad. También para ellos puede ser ése el mejor momento para emprender el camino: por eso Dios los llama precisamente en esas circunstancias.

No caigas en un círculo vicioso —se lee en Camino—: tú piensas: cuando se arregle esto así o del otro modo seré muy generoso con mi Dios.

*¿Acaso Jesús no estará esperando que seas generoso sin reservas para arreglar El las cosas mejor de lo que imaginas?*¹².

Y en otro punto insiste nuestro Fundador: *vuelve las espaldas al infame cuando susurra en tus oídos: ¿para qué complicarte la vida?*¹³.

En realidad, cuando Dios *complica la vida* con la gracia de la vocación, da como una nueva juventud, hace soñar con metas que hasta ese momento parecían inasequibles. En cualquier caso, quien se encuentra en esa situación, ha de considerar esas nuevas perspectivas con visión sobrenatural, recordando que la iniciativa es de Dios —*no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros*¹⁴, dice Jesús—, y que cuando El dispensa una llamada, concede a la vez las gracias necesarias para cumplirla. A nosotros toca responder con fe, poniendo toda nuestra confianza en el Señor, y decididos a secundar y amar su Voluntad amabilísima. Porque el que ha empezado en nosotros la obra buena, la llevará a término¹⁵.

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 12-X-1972, en Dos meses de catequesis, I, p. 120.

(12) Camino, n. 776.

(13) Ibid., n. 6.

(14) Ioann. XV, 16.

(15) Cfr. Philip. I, 6.

LA VOCACION DE LOS HIJOS

(I)

La vocación al Opus Dei no saca a nadie de su sitio, ni coarta las relaciones de parentesco y de amistad. Por el contrario, las fortifica y ennoblece, elevándolas a un plano sobrenatural, en el que todo se pone al servicio de la Voluntad de Dios. De ahí que sea conveniente conocer bien las circunstancias y aun la actitud de las personas allegadas, antes de que alguien solicite la admisión en la Obra.

No hay que olvidar nunca, sin embargo, que la llamada es siempre una iniciativa de Dios, dirigida a una persona concreta —llamada por su nombre—, de modo que, con la gracia, es el propio interesado, y sólo él, quien debe decidir la respuesta: *ecce ego, quia vocasti me*¹, aquí me tienes, porque me has llamado.

La vocación divina es un don, un gran regalo de Dios. Considerada así, mirada con visión sobrenatural, será recibida y aceptada como un inestimable privilegio para el que es llamado y, de otro modo, también para quienes están unidos a él por lazos de parentesco o de amistad. Esto lo entienden los parientes y amigos, gracias a Dios, en la inmensa mayoría de los casos, aunque a veces necesiten tiempo para alcanzar una comprensión más profunda de la maravilla de la vocación.

(1) I Sam. III, 6.

Querer lo mejor

Por ley natural, los padres desean lo mejor para sus hijos. Además de darles la vida, la educación, los medios para el desarrollo físico e intelectual, los lazos de la sangre les impulsan a renunciar gustosamente incluso a las cosas más personales, en favor de esas personas tan queridas.

No nos sorprende la actuación decidida de la madre de Santiago y de Juan, narrada en el Evangelio. Quería para sus hijos lo mejor. Sin pensar en sí misma, se acercó a Jesucristo, *le adoró, y manifestó querer pedirle una gracia. Jesús le dijo: ¿qué quieres? Y ella le respondió: dispón que estos dos hijos míos tengan asiento en tu Reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda*².

No se conformaba con que Juan y Santiago estuvieran siempre cerca de Jesús: deseaba para ellos los primeros puestos. Y así lo manifestó, sin circunloquios. Jesucristo, comprensivo ante el cariño y la audacia de una madre, no la rechaza, pero se dirige a los dos hermanos para preguntarles si están dispuestos a ser fieles hasta el fondo. Y concluye de manera que la madre no quede decepcionada: *sentarse a mi derecha o a mi izquierda, no me toca concederlo a vosotros, sino que será para aquéllos a quienes lo ha destinado mi Padre*³.

Muchas personas, que deseaban para sus seres queridos una especial intimidad con Jesucristo, manifestaron a nuestro Padre esa inquietud de sabor evangélico. Y la respuesta, aunque con matices diversos según las circunstancias, era siempre muy semejante. A una madre de familia, le decía: *debes estar tranquila, totalmente tranquila. De todas maneras, puedes seguir importunando al Señor. Las madres tenéis todas las facilidades. ¿Te acuerdas de la madre de Santiago y de Juan? Importuna al Señor, le pide los dos mejores sitios para sus hijos (...). El Señor ha preparado muy buenos sitios para todos. Tú puedes pedir también pa-*

(2) Matth. XX, 20-21.

(3) Ibid., 23.

ra tus hijos, y otras madres para los suyos. ¡Para todos hay lugares estupendos, muy cerca del Señor! ⁴.

Invariablemente señalaba que la libertad personal es absolutamente necesaria para responder a esa elección particular que de algunos hace el Señor. *En vuestros hogares* —escribió hace muchos años nuestro Padre, dirigiéndose a sus hijos Supernumerarios—, *que siempre he calificado de luminosos y alegres, se educarán vuestros hijos en las virtudes sobrenaturales y humanas, en un clima de libertad, de sacrificio alegre. ¡Y cuántas vocaciones vendrán a la Obra, desde esos hogares que yo he llamado las escuelas apostólicas del Opus Dei!* ⁵.

Los padres pueden preparar el terreno para que germine —si Dios planta— la semilla de la vocación; más, no. Dios espera la respuesta personalísima de la criatura que escogió. Por eso, no podría recibir la vocación quien careciera de la capacidad de decidir por su propia cuenta el sí o el no a la llamada.

Sólo cabe influir en esa decisión mediante el buen ejemplo y la plegaria. *¡Encomendad a vuestros hijos a San Rafael Arcángel!, para que los lleve —si es voluntad de Dios— a constituir un hogar feliz, cristiano, casándose con una mujer guapa y buena, santa y alegre y fiel.*

Y si no, les podéis encomendar también a San Juan, el Evangelista adolescente, que fue el más hombre de aquellos doce hombres que Jesús tuvo a su lado; que fue el único que perseveró junto a la Cruz: los demás, llenos de miedo, se escaparon. Y quizá les pida el Señor que ellos sean así: valientes; y la Cruz da miedo, incluso a los padres. Pero a vosotros no os va a dar miedo si encomendáis los hijos a San Juan Evangelista ⁶.

La «novela»

Es natural que los padres forjen planes sobre las criaturas que Dios les ha confiado. A esos proyectos paternos y maternos, nuestro

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 14-VII-1974, en Catequesis en América, II, p. 324.

(5) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959, n. 57.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 26-VI-1974, en Catequesis en América, I, pp. 699-700.

Fundador los llamaba —con su buen humor— *la novela*. En esas páginas imaginarias encuentran lugar los más pequeños pasos que pueda dar el hijo a lo largo de su vida. *Apenas nace la criatura, ya estáis escribiendo su fantástica biografía: las madres pensáis en casarles; los padres pensáis que seguirá con el negocio, que lo aumentará, que lo mejorará, que lo engrandecerá...*⁷.

En esa *novela* ordinariamente sólo aparecen cosas que redundan en el bien de los hijos, tal como lo imaginan sus padres. Pero hay dos elementos, imposibles de calibrar, que condicionan su desarrollo efectivo: la voluntad de Dios para cada criatura y la libertad humana. Un padre o una madre cristianos, una persona respetuosa de la libertad de los demás, nunca se aferrará con testarudez a esos proyectos, porque saben bien que en último término, como hicieron ellos mismos, son los hijos quienes deben escribir personalmente —en uso de su legítima libertad— el relato de su vida.

En muchos casos, los caminos que recorre cada persona pueden echar por tierra el programa que los padres habían trazado anteriormente. Entonces se pone a prueba la rectitud de intención que daba forma a esa *biografía* anticipada, escrita al dictado de la fantasía. Se descubre si lo que se perseguía era lo mejor para los hijos, o si se mezclaban el egoísmo, cálculos meramente humanos, caprichos...

Además, en el caso de que los hijos reciban la llamada a entregarse a Dios totalmente, se pone a prueba la visión sobrenatural, la entereza del espíritu cristiano en esas personas o en esa familia. Porque *llega el momento divino en el que el chico tiene que usar de su libertad, y dice: mamá, Dios me llama —por ejemplo al Opus Dei—; y tú coges la novela rosa y la quemas; y te pones muy contenta. Y el humo de aquella novela es incienso delante de Dios*⁸.

Nuestro Fundador disculpaba siempre a los padres que miran esa decisión de sus hijos con alguna inquietud, porque no están ciertos de la firmeza y objetividad de esa vocación que comienza, y temen por su perseverancia. *Mirad, hijos míos —decía—, los papás hacéis muy bien*

(7) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 820.

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 25-V-1974, en Catequesis en América, I, p. 84.

de ver las cosas de tejas abajo. De modo que cuando veis el porvenir de los hijos, tenéis obligación de pensar en las cosas terrenas; y si los hijos os vienen con una novela demasiado sobrenatural, y les hacéis un poco de probatina de acuerdo con el confesor —con el confesor del chico, se entiende, ¿eh?—, pues hacéis muy bien; hacéis muy bien porque debéis acompañar a vuestros hijos en todo el camino de su vida. Y cuando ellos escogen un camino que os parece, en la primera impresión, extraordinariamente espiritual y poco práctico, vosotros vaciláis un poco, y... yo me lo explico perfectamente⁹.

La oposición a Dios

Muchos padres aceptan rendidamente la voluntad de Dios para sus hijos; otros adoptan posiciones muy diversas, alimentadas por variados motivos: lógicos y comprensibles unas veces, con mezcla de egoísmo otras. Pero puede darse también una reacción que nada tiene que ver con la natural prudencia, y que denota más bien falta de sentido sobrenatural. Es semejante a la de Herodes, cuando supo que había nacido el Rey de los judíos. Dice la Escritura que, oyendo esto, el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalén¹⁰. Y comentaba nuestro Padre: ¡es la vida cotidiana, queridos míos! Esto mismo pasa ahora: ante la grandeza de Dios, que se manifiesta a sus escogidos, no faltan personas, incluso constituidas en autoridad, que se turban. Porque no aman del todo a Dios; porque no son personas que quieren encontrar de veras a Dios; porque no quieren seguir sus inspiraciones y se hacen obstáculo en el camino de Dios. ¡Estad prevenidos! Y no os preocupe.

A mí me da mucha pena decir esto, pero... ¡en cuántas ocasiones es la familia, son los amigos, son los parientes los que se oponen a la vocación de una manera desconsiderada, porque no entienden, porque no quieren entender, porque no quieren recibir las luces del Señor! Y se oponen a to-

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 26-VI-1974, en Catequesis en América, pp. 699-700.

(10) *Matth.* II, 3.

*das las cosas nobles de una vida entregada a Dios. Y se atreven ¡a probar! la vocación de su hijo, de sus hermanos, de sus amigos, de sus parientes, y hacen una labor de tercera, sucia. Os digo esto, no para escandalizaros, sino para que andéis prevenidos: porque esa actitud la hacen incluso compatible con un ambiente de familia que llaman cristiano. ¡Qué pena!*¹¹.

Con la excusa de que los hijos son demasiado jóvenes —para seguir la llamada de Dios, quizá no para otras decisiones también comprometidas—, o de que carecen de la necesaria experiencia de la vida, algunas familias se dejan llevar por la tentación diabólica de poner tales dificultades que comprometen la perseverancia de la persona que ha sido llamada, ofendiendo gravemente al Señor. En estos casos, el consejo de nuestro Fundador era decidido. Ante una pregunta que le formularon en este sentido, respondió sin vacilar: *se me vienen a la memoria unos versos de Cervantes (...): que es de vidrio la mujer, / pero no debes probar / si se puede o no quebrar, / que todo podría ser.*

*De manera que no pruebe si te puedes quebrar. ¡Que te deje tranquilo! Mamá ahí está equivocada. Debe desear que tú no hagas probatinas, que son ofensas a Dios. Si no te deja en paz, perderá ella su paz, enredará su conciencia y pondrá su vida eterna en compromiso. Hijo mío, quiere mucho a tu mamá. Llévale la contraria decididamente, pero de un modo amable y sonriente. Porque en eso la pobre está equivocada*¹².

El Padre ha insistido también en este mismo tema: *además de rezar, enseñad a todos esta lección de nuestro Padre: la vocación es un tesoro por el que se deja todo —relictis omnibus!—, y luego hay que defenderlo de cualquier peligro. Y si una mamá se convierte en Celestina, y trata de quitar la vocación a su hijo, hay que ser fuertes y, con todo cariño y respeto, defender el tesoro. Es una pena —pero sucede ahora con frecuencia— que les moleste más encontrar a una hija o a un hijo en una actividad de formación espiritual, que divirtiéndose de cualquier manera en una playa. Perdonadme, hijos, porque es un poco fuerte lo que os digo, pero existen esos casos, ante los que se necesita oración, y actuar con fortaleza*¹³.

En estos tristes casos, no siempre la culpa es de las familias; mu-

(11) De nuestro Padre, Meditación, 9-I-1959, en Crónica IV-66, p. 42.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 23-VI-1974, en Catequesis en América, I, p. 664.

(13) Del Padre, Tertulia, 24-IX-1980.

chas veces pueden verse influidos por algunos malos consejeros que envenenan la juventud con una reacción diabólica, que es más o menos la que tuvo Herodes cuando comprendió, a su manera, que había un Niño que era Dios.

¿Y qué haréis cuando a lo largo de vuestra vida sintáis ese obstáculo, esa congregación de falsarios que pinchan, que adoctrinan, que oscurecen —es el tono de la doctrina de ellos— la luz de Dios; que quieren que las almas cierren los ojos para que no crucen la mirada de Cristo? ¿Qué haremos? Rezar, rezar. Rezar, trabajando con sentido sobrenatural en la vocación de aquella alma y de otras, en las encrucijadas de la vida. Y pensar que —omnia in bonum!— Dios Nuestro Señor se sirve de todos esos obstáculos para purificar, para mejorar y ennoblecer las vocaciones desde el principio ¹⁴.

Son pocas las familias que reaccionan de esta manera ante la vocación al Opus Dei. Nunca pensaron que sus hijos se dedicasen a Dios y, por el contrario, habían hecho para ellos planes bien distantes de esa entrega, que no esperaban, y que viene a destruir sus proyectos, muchas veces nobles, pero terrenos. De todas formas —escribía nuestro Padre en 1959—, mi experiencia —ya no breve— me enseña que los padres, que no recibieron con alegría la vocación de sus hijos, acaban por rendirse, se acercan a la vida de piedad, a la Iglesia y terminan por amar a la Obra.

Son, por gracia de Dios, cada día más abundantes, a pesar de las consideraciones anteriores, las familias —padres, hermanos y parientes— que reaccionan de modo sobrenatural y cristiano, ante la vocación; y que ayudan, piden la entrada como Supernumerarios o son, al menos, grandes Cooperadores ¹⁵.

Un regalo de Dios

¿Cómo reaccionar ante la vocación de las personas queridas? La respuesta de nuestro Fundador es clara: *debéis pensar siempre, con sen-*

(14) De nuestro Padre, Meditación, 9-I-1959.

(15) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959, n. 58.

tido sobrenatural, que es un regalo muy grande que Dios hace en vuestra casa, cuando El los escoge para su servicio. ¡No perdáis esa gracia! ¹⁶. Y en otra ocasión añadía: *pido a Dios Nuestro Señor y a Nuestra Señora (...) que nos haga esa merced grande: que en esta sociedad vuelva a haber el orgullo santo de que, en cada familia, no falten almas que se entreguen al servicio de Dios* ¹⁷.

Cuando, con visión sobrenatural, se aprecia que la llamada divina es prueba de la confianza y cariño del Señor para toda la familia, inmediatamente brota el convencimiento de que la vocación supone un verdadero privilegio. Como escribió nuestro Fundador, *no es un sacrificio para los padres que Dios les pida sus hijos; ni para nosotros es un sacrificio dedicarnos al Señor. Es un honor inmenso, un orgullo grande y santo, una muestra de predilección, un cariño particularísimo, que ha manifestado Dios ahora, pero que estaba en su mente desde toda la eternidad* ¹⁸.

Merece mucho respeto la vocación —añadía en otro momento—. Si el Señor escoge de vuestra casa gente para El, debéis estar muy satisfechos, muy agradecidos. Si un personaje de la tierra, un jefe de Estado, llamara a un hijo vuestro, para tenerlo a su lado y hacer grandes cosas en el país, os pondríais tan contentos... ¡Pues cuánto más agradecidos debéis estar, si el que les llama es Dios! ¹⁹.

Agradecimiento también porque es una muestra de que el Señor ha correspondido sobreabundantemente a los esfuerzos realizados para que los hijos recibieran una educación cristiana. *El noventa por ciento de la vocación* —afirmaba siempre nuestro Fundador— *la debemos a nuestros padres, aunque a veces parezca que están distantes de la fe: no lo están. Nos habéis criado para Dios y Dios ha dicho: os los acepto. Y ha cogido esos trozos de vuestro corazón. Dadle gracias, pero con alegría* ²⁰.

(16) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 820.

(17) *Ibid.*

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1967, p. 136.

(19) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 821-822.

(20) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 821.

LA VOCACION DE LOS HIJOS

(II)

La llamada divina fomenta el cariño y fortalece los lazos de parentesco o amistad. Le gustaba a nuestro Fundador recordar que *el mandamiento de amar a los padres es de derecho natural, y de derecho divino, y nosotros le llamamos dulcísimo precepto (...). El primer germen de la fe, de la piedad y de la vocación lo han puesto ellos en nuestros corazones. Que vean que hay correspondencia por nuestra parte a todo el desvelo, a la preocupación y al sacrificio que han hecho por nosotros*¹.

En otros momentos añadía: *nunca pagaremos a nuestros padres el cariño que han puesto en nuestra vida, y tampoco podemos pagarles haber sido instrumentos de Dios para hacernos buenos cristianos. Los que tenemos una vocación para servir a las almas, el noventa por ciento de esta vocación se lo debemos a las virtudes de nuestros padres, aun cuando ellos, en su humildad, no lo quieran reconocer*².

Ley de vida

Es normal en todo el mundo, gracias a Dios, que las familias recibieran con agradecimiento y alegría la vocación de alguno de sus miembros.

(1) De nuestro Padre, Crónica VII-60, p. 12.

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 1-XI-1972, en Dos meses de catequesis, I, p. 285.

bros al Opus Dei. Y con frecuencia, esa reacción —que también implica un sí a la voluntad divina— mueve al Señor a conceder a otros este gran don suyo; ocurre como un *contagio*, como una *epidemia* sobrenatural que llenaba de alegría a nuestro Fundador: *se comienza a trabajar con una persona, y enseguida vienen los padres, los hermanos...*³.

Esto no excluye, sin embargo, que ante algunas exigencias de la entrega pueda haber momentos de dificultad, aunque al fin el sentido común y la visión sobrenatural acaben imponiéndose. Puede suceder, por ejemplo, cuando un hijo plantea a sus padres la conveniencia de dejar el hogar para recibir la formación específica del Opus Dei, para dedicar más tiempo a las labores apostólicas, para compartir más intensamente ese ambiente familiar que ha escogido para toda su vida... En este caso, algunos padres se lamentan de que el hijo abandone tan pronto la casa paterna. Por un celo desmedido, o quizá por no poner freno al dolor que comporta cualquier separación, no advierten que eso mismo sucede en muchas ocasiones por motivos meramente humanos, sin que se produzca ninguna catástrofe. Por razones de estudio o de trabajo, innumerables familias permiten, e incluso fomentan, que sus hijos aún jóvenes marchen a otro lugar, a veces distante. Y es también frecuente que, al llegar a la mayoría de edad, los hijos dejen el hogar de sus padres para orientar su vida según sus propias ideas e inclinaciones.

En las familias, casi ningún hijo, cuando es mayor, convive con sus padres: se casan y se van del hogar paterno. Es ley de vida: dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne (Marc. X, 7-8). Por eso, si alguna vez vuestros padres os dicen que los habéis dejado, podéis preguntarles: ¿y vosotros no dejasteis a vuestros padres? ¿Tú no te enamoraste de tu marido, y formaste nuestro hogar? Pues yo me he enamorado de Jesucristo (...).

Esas quejas de los padres, cuando se dan, son sensiblerías que merecen comprensión y cariño, pero hay que ponerles límites porque, si no, esa sensiblería llegará a ser enfermiza: a veces parece como si los padres quisieran que sus hijos fueran siempre niños pequeños. ¿No es justo, no es ra-

(3) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 25.

zonable que se sientan felices ante el desarrollo de los hijos, ante el fortalecimiento de su personalidad, ante su felicidad y su independencia? ⁴.

Nuestro Fundador, con la misma intensidad con que fomentaba la delicadeza en vivir el *dulcísimo* precepto del decálogo, defendía la legítima libertad de que gozan todas las criaturas humanas para decidir y organizar su futuro. Cuando el hijo es ya mayor, los padres no tienen derecho a imponer nada; lo contrario es un abuso. No tienen derecho a escoger por su cuenta el camino de nuestra vida; pueden aconsejar, rezar... y dejarnos en paz. Ciertamente los padres tienen unos derechos encantadores, pero tienen también unos deberes correspondientes, también encantadores, y pretender dominar sobre los hijos adultos es contrario a esos deberes, es desconocer la dignidad humana. Son restos de feudalismo.

Los hombres y las mujeres nacemos para vivir libres; al principio, necesitamos el calor, la ayuda, la asistencia continua de los padres, aun en las cosas más elementales; pero luego, como fruto de su cariño y de la formación que nos han dado, tenemos el deber de elegir por nosotros mismos: mucho más, si se trata de responder libremente a la llamada de Dios ⁵.

En algún caso puede ser oportuno recordar a los padres un pasaje de la vida del Señor. A los doce años, Jesús marcha con María y con José a Jerusalén, y a la vuelta se separa de ellos. Cuando se encuentran, se desarrolla una escena que es doblemente ejemplar para los cristianos. Por un lado se pone de manifiesto el cariño de María y de José hacia Jesús; por otro, la precedencia del servicio de Dios sobre cualquier otro interés. Su Madre le dijo: *Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando. El les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?* ⁶.

Contestando a quien le planteaba un problema de este tipo, nuestro Fundador aconsejaba en una ocasión: *coges a mamá y, cualquier día en los que se rezan los misterios gozosos del Rosario —como mamá es muy devota de la Virgen—, le dices: vamos a rezar. Cuando llegue el misterio del*

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1968, pp. 1117-1118.

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1118.

(6) Luc. II, 48-49.

Niño perdido y hallado en el Templo...; te dará dos besos y te dirá: ¡hijo mío, vete donde quieras, con mi bendición, con mi cariño, con mis oraciones! Y se pondrá ilusionada cuando alguna vez no estés tan cerca...⁷.

Con pillería sobrenatural

Es natural que a los padres les cueste desprenderse de sus hijos, sobre todo cuando son aún jóvenes. *Han forjado sus proyectos nobles, sus ilusiones humanas, que no son sólo lícitas sino fruto del deber de preparar un porvenir bueno al hijo. Todo eso —comentaba nuestro Fundador— se lo echamos a rodar, con la vocación de Numerario o de Agregado. Pero es lógico, hijos: cada una de esas vocaciones es un choque moral en el seno de la familia, pero al final la reacción de los padres no sólo es buena, sino estupenda. Se cuentan con los dedos de una mano los padres que no entienden⁸.*

La mejor manera de evitar esos posibles obstáculos, consiste en demostrar con hechos que *la Obra no os quita el cariño a vuestros padres, sino todo lo contrario. A veces —señalaba nuestro Fundador con pena— son mis hijos los que lo hacen mal: no sabéis tocar el corazón de la madre y el corazón del padre, que muchas veces es más suave que el de la madre (...).*

No vais a estar diciendo bobadas; pero también un hombre sabe decir cosas amables. Cuando hay incomprensiones, nunca pienso que los culpables sean los padres: pienso siempre que son mis hijos los que no han sabido portarse bien: porque no les escribís, porque no sabéis hacer vuestras sus preocupaciones, o decirles cosas de cariño⁹.

Nuestro Padre recomendaba poner en práctica una *pillería sobrenatural* que aleje de las familias estos celos e incomprensiones. Se lo aconsejaba incluso a los muchachos que frecuentan los Centros de la Obra, cuando le pedían cómo hacer para que sus padres facilitaran su

(7) De nuestro Padre, Catequesis en América, II, p. 172.

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 48.

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 47-48.

relación con el Opus Dei. Con buen humor explicaba: *tenéis vosotros la culpa de que se molesten; yo también me molestaría. Si llegáis tarde, y decís: es que he estado en el Centro de no sé donde, ¡sois unos sinvergüenzas! Así, en lugar de hacer amable la Obra, la hacéis desagradable. Y cuando la mamá os pregunta: ¿no me podrías acompañar? No, porque voy al Centro, a la excursión... Debéis tener un poco más de pillería. Las mamás no se oponen y los papás tampoco; miran con alegría que vengáis. Lo que no les agrada es que, con la excusa del Centro del Opus Dei, hagáis a veces vuestra santa voluntad y no seáis amables jamás*¹⁰.

Algo semejante puede suceder en el seno de un matrimonio. Es tan grande la comunidad de vida creada por el vínculo matrimonial, que —si no hay una honda formación cristiana— uno de los cónyuges podría ver en la vocación del otro un obstáculo a esa intimidad, manifestando quizá unos celos infundados que repercuten en la convivencia. *Cuando el marido no tiene una picardía santa, la mujer no sólo no se conforma con que él lleve una vida limpia, sino que tiene envidia de su alma (...). También sucede al contrario (...). A veces ocurre que los maridos envidian las cosas buenas de la mujer, y cogen celos de la Obra, de la vocación que ella tiene. Pero eso es por falta de picardía, de habilidad. Hay que pedirle al Señor que nos dé pillería*¹¹.

Si se reza, si no se pierde la paz, si se cuidan estos detalles de *pillería sobrenatural*, los celos desaparecen porque no encuentran terreno donde arraigar. Con el tiempo, esas personas a las que tanto queremos se dan cuenta de esta realidad: la vocación mejora el cariño, lo hace más desinteresado, más intenso. Entonces comienzan a amar el Opus Dei, y llegan a ser *fanáticos* de la Obra, con un *fanatismo* cordial del que nuestro Padre aseguraba que hace sonar *campanillas de plata en el cielo*¹².

Los padres de mis hijos —decía nuestro Fundador, recogiendo su larga experiencia—, *cuando se encuentran con miembros del Opus Dei, se encuentran con otros hijos. Es un caso habitual en todas las familias*

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 29-VI-1974, en Catequesis en América, II, p. 47.

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 4-VI-1974, en Catequesis en América, I, p. 111.

(12) De nuestro Padre, Crónica I-66, p. 29.

La vocación de los hijos (II)

del mundo, y me lo dicen: ¡si son como hijos nuestros; si los queremos igual! Y los que sólo tienen un hijo o una hija y se lo han dado al Señor, me vienen a visitar y me dicen: es verdad. No nos dábamos cuenta de que en lugar de perder un hijo hemos encontrado centenares. Cuando llega un día de fiesta, la comparten con nosotros. Siendo o no siendo hijos nuestros, nos quieren igual ¹³.

La misión de los padres

Cuando se viven las cosas de esta manera, la vocación de un hijo al Opus Dei supone una gran alegría. Sobre todo cuando se trata de hijos de Supernumerarios —ellos tienen la misma vocación que nosotros—, los padres entienden todo muy bien desde el principio ¹⁴.

Es santo y bueno el deseo de los Supernumerarios de que Dios llame a sus hijos a la Obra. El motivo lo explicaba claramente nuestro Fundador: *no amaríais vuestra vocación, si no desearais que el Señor premiara a vuestros hijos con una vocación semejante a la vuestra. Pero no les podéis empujar* ¹⁵. Y lo mismo cabe decir respecto a la mujer, al marido, a los padres, a los hermanos...

La tarea de los padres, en ese caso y en todos, antes y después de que los hijos reciban la vocación, puede sintetizarse en dos frases de nuestro Padre: *nada de darles facilidades (...) y rezar mucho* ¹⁶. Los atraerán a la Obra, si es voluntad de Dios, y les ayudarán a perseverar con su buen ejemplo y con la fuerza de su oración, sin atosigarles con recomendaciones ni consejos.

Esta era la seguridad que nuestro Padre infundía a una madre de familia: *verás cómo, si rezas y haces así, al cabo del tiempo te preguntarán ellos por el Opus Dei. Entonces tendrás la picardía de decir: sabes que yo no quiero hablarte de esto, ¡a ti qué te importa, déjalo! Y cuando insista por segunda vez: pues mira..., ¿por qué no vas a fulanito, que te lo*

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1968, pp. 1119-1120.

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 27-XII-1970, en Crónica, 1971, p. 48.

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 16-VI-1974, en Catequesis en América, I, p. 427.

(16) De nuestro Padre, Crónica, 1967, p. 136.

explicará mejor? *A fulanito o a fulanita, quien sea, uno de tus hermanos que se encarga de trabajar con gente de esa edad. Te quedas tranquila, como al margen, pero rezando, ¡que va bien!*¹⁷.

Luego, cuando los hijos —por la gracia de Dios y haciendo uso de su libertad personal— han respondido afirmativamente a la llamada divina, la tarea de los padres sigue teniendo una gran importancia. Así lo afirmó muchas veces nuestro Fundador: *padres y madres de estos hijos que también son míos: no habéis terminado vuestra misión en la tierra. Ellos —ellas— han venido a entregarse a Dios, a servir a la Iglesia, con este sentido sobrenatural, con esta caridad (...). No habéis acabado la misión, tenéis una gran labor que hacer con vuestros hijos, una labor maravillosa, paterna y materna: santificarlos. —Padre, ¡que estoy muy lejos! —¡Con tu oración! —Padre, ¡que estoy lejos! —En la vida profesional, poniendo en cada momento la última piedra, haciendo las cosas bien, bien y por amor, y con el pensamiento en esos hijos que están ante vosotros —¡és-te es caríño hasta el final!—, para hacerse santos, para hacerse dignos de Dios: unos hijos que nos enorgullezcan*¹⁸.

(17) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 822-823.

(18) De nuestro Padre, Homilía, 22-X-1960, en Obras XII-60, pp. 28-29.

UNA ELECCION DE AMOR

La vocación es —después de la fe— el don más grande que nos puede conceder el Señor. Dios nos ha mirado con ternura: ¡tú eres para mí!, nos ha dicho a cada uno. Una llamada individual, no por nuestros méritos, sino por la bondad del Señor, que dispensa su amor como quiere y a quienes quiere. Vocavi te nomine tuo, meus es tu! (Isai. XLIII, 1). Una elección de amor¹.

Quienes han recibido este regalo divino, que es la vocación al Opus Dei, saben bien que se trata de un premio inmerecido², una perla preciosísima que hay que conservar a cualquier coste³ y hacer fructificar en servicio de la Iglesia y de las almas. Por eso, hasta el último instante de su vida, procuran responder con plena fidelidad a ese compromiso de amor, al tiempo que en sus corazones crece el afán de extenderlo a otras muchas personas, para que también ellas participen de esa inmensa alegría.

¡Qué bueno es el Señor —exclamaba nuestro Padre—, que nos ha buscado, que nos ha hecho conocer esta manera santa de ser eficaces, de amar a las criaturas todas en Dios y darles paz y alegría!⁴.

(1) Del Padre, Tertulia, 15-IV-1979, en Crónica, 1979, p. 508.

(2) De nuestro Padre, Crónica V-64, p. 56.

(3) Cfr. Matth. XIII, 45.

(4) De nuestro Padre, Crónica VI-60, p. 34.

Ser fieles

La respuesta afirmativa a la llamada, que se pronunció en un momento preciso, se desglosa a lo largo de la vida en constantes asentimientos a la Voluntad divina. Aquella primera decisión constituye el fundamento de un largo camino, que sólo llega a término en el Cielo. Por eso hay que mantenerla entera y sin grietas, rechazando con energía y prontitud cuanto pudiera desmoronarla, con una *fidelidad intangible, firme, virginal, alegre, indiscutida (...) hasta el último momento*⁵. Y para eso no basta conservarla inmune de los peligros: es preciso robustecerla, renovarla, reafirmarla constantemente.

Cuando la lucha ascética es compañera inseparable del camino, el amor se enreca con el paso del tiempo; y la entrega, ajena a la rutina, se hace más consciente, más madura, cobra nuevo vigor con el paso de las jornadas. *Cada día —dice el Padre— hemos de crecer en el amor de Dios, profundizando más y más en los tesoros infinitos de Nuestro Señor. De esta manera la vocación ganará en frescor y dará abundantes flores y frutos, porque irá adquiriendo mayor lozanía. ¡A ser en cada momento un poco más fieles! Y si en vez de un poco es un mucho, mejor...*⁶

Según las enseñanzas de nuestro Fundador, que hemos visto perfectamente encarnadas en su vida, la fidelidad obra un constante redescubrimiento de la vocación, una perenne juventud del alma. Renovar la entrega *no es simplemente repetir algo que ya se ha hecho (...): renovar es hacerse otra vez joven, hacerse nuevo. Os novos, llaman los portugueses a los jóvenes, os novos: ¡qué bonito, volver a ser nuevos! Tengo ya sesenta y dos años —además de aquellos ochenta—, pero cuando digo al pie del altar: ad Deum qui laetificat iuventutem meam, me siento joven, y creo que nunca me haré viejo, porque estaré renovándome continuamente*⁷.

El Señor no niega a nadie su ayuda para perseverar en este empeño. *Sabes que no te faltará la gracia de Dios* —explicaba nuestro Pa-

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 43.

(6) Del Padre, *Tertulia*, 19-III-1979, en *Crónica*, 1979, p. 272.

(7) De nuestro Padre, *Tertulia*, 19-III-1964, en *Crónica* IV-64, pp. 52-54.

dre—, porque ya te ha dado la gran gracia de la vocación, de la llamada, escogiéndote desde la eternidad. Y si te ha hecho esta gracia, te dará todas las gracias que hagan falta para que le seas fiel como hijo suyo, como hijo de Dios en el *Opus Dei* ⁸.

Sin embargo, mientras permanecemos en esta tierra, la voluntad humana conserva la triste capacidad de hacer traición al Señor, negándole aquel sí que le dio un día. El conocimiento de esta condición, si hay verdadera humildad, no produce desaliento; al contrario, es apoyo eficaz que estimula a luchar sin desmayos en las cosas pequeñas en que se concreta día a día la fidelidad a la vocación. La lucha de quien se ha entregado a Dios es positiva y esperanzada, precisamente porque de antemano desconfía de sí mismo y se apoya exclusivamente en Dios: *en Ti, Señor, esperé: ¡no sea yo confundido eternamente!* ⁹. De este modo, la fidelidad a la vocación se concreta en el esfuerzo por evitar todo lo que pueda enfriar el Amor, aunque a primera vista parezca insignificante.

Vamos a darnos al Señor con alegría, y a no escatimarle nada; a rechazar con prontitud pensamientos, deseos, sandeces, de la sensualidad, de la soberbia, de la vanidad; a conservar nuestro corazón grande, para que quepan todos, pero limpio, para que no se pegue a nada ni a nadie. Os aseguro que, si lucháis por lograr que las cosas sean así, seréis felices, aun en los momentos más duros de vuestra vida ¹⁰.

Los medios precisos para asegurar la perseverancia, secundando el querer de Dios, están al alcance de cualquiera. Nuestro Padre los enumeraba así: ser sinceros, dóciles, piadosos, proselitistas ¹¹. Si se practican con constancia, se asegura más y más la fidelidad en cada una de las acciones de la vida, que entonces se realizan cara a Dios, plantando batalla sin tregua al enemigo más peligroso, el único que puede separar del Señor: el amor propio. Qué seguridad infunden las palabras de nuestro Padre: *si tú y yo supiéramos que una persona se pone en peligro por amor nuestro, y nos hace muchos servicios, y en nuestro poder estuviera el ayudarlo de manera que esos peligros no le hiciesen daño, le ayuda-*

(8) De nuestro Padre, Crónica VI-58, p. 7.

(9) Ps. XXX, 2.

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 11-III-1973, en Crónica, 1973, p. 310.

(11) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 737.

rlamos, ¿no es verdad? Pues Dios Nuestro Señor es omnipotente y omnisciente, y tiene un corazón más grande que el nuestro, y nosotros somos hijos suyos. En peligros graves no nos ponemos, porque con su gracia los evitamos y los huimos. Luego no tenemos asegurada la perseverancia, pero perseveraremos ¹².

Con una lucha constante, llena el alma de la paz y la alegría que proporciona la vocación, la vida de entrega discurre como *una maravillosa novela de amor y de aventuras* ¹³. En comparación con ella, otros acontecimientos que las gentes califican de sobresalientes *son nada, al lado de la aventura que viviréis cada uno de vosotros, siendo fieles a Nuestro Señor. La vida, hijos, nos reserva muchas alegrías limpias, de persona hecha, que otras gentes no conocen porque tienen el paladar estragado* ¹⁴.

Es una verdad consoladora, que brilla con más fulgor con el paso del tiempo. Con la perspectiva de muchos años de fidelidad, se descubre claramente la mano de Dios en todas las cosas: circunstancias que en su momento parecieron casuales, se ven impregnadas de un toque divino, como una manifestación más de esa providencia que todo lo dispone para el bien de los que le aman ¹⁵.

Si *cada uno de vosotros* —asegura nuestro Padre a sus hijos— *se pusiera ahora a decir en voz alta todo el proceso íntimo de su vocación, los demás juzgaríamos sin duda que todo aquello era divino, vuestra vocación y la mía* ¹⁶.

Afán proselitista

El que, con la gracia, responde con generosidad al querer divino, inmediatamente se convierte en transmisor de la llamada. *Cuando se*

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 532.

(13) De nuestro Padre, Crónica XI-59, p. 63.

(14) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 752.

(15) Cfr. Rom. VIII, 28.

(16) De nuestro Padre, Crónica IX-62, p. 66.

tiene un bien, cuando un alma es feliz, cuando siente esta alegría interior y posee esta dicha, procura dar ese bien y esa dicha a los demás. Por eso nosotros tenemos el deber imperativo de hacer proselitismo; el deber de transmitir este don divino, y de procurar que haya otras almas que sirvan al Señor en el *Opus Dei* ¹⁷.

Dios quiere utilizar instrumentos humanos para atraer otros corazones por el camino de la entrega. Por eso, con la vocación a la Obra, invade al alma un gran afán, renovado, incontenible, de que los demás también participen de esta felicidad nuestra (...). El proselitismo sale solo —afirmaba nuestro Padre—, es como el latir del corazón, es hambre de pegar esta locura de amor de Dios a otras muchas almas ¹⁸.

En bastantes ocasiones recalcó que, donde hay un miembro del *Opus Dei*, allí hay un punto de ignición que prende fuego o —al menos— levanta la temperatura espiritual de quienes le rodean ¹⁹. Y lo ejemplificaba de un modo muy gráfico, con ese don de lenguas que le concedió el Señor.

Entonces, ¿cómo me veo?: como un pedacito de carbón. Poco vale un pedazo de carbón, ¿eh? Y además, tizna. En cambio, encendido es una maravilla. Los niños pequeños le echarían la mano, porque brilla como un rubí. ¡Qué precioso es! Da calor y fuego. Pero, si se apaga, ¿qué? Vuelve a ser carbón, o queda sólo un montoncito de cenizas, que se las lleva el aire. ¡No vale nada!

Vosotros y yo, si no pegamos el fuego de nuestro amor de Dios a otros amigos, a otros parientes, a otros colegas, a los que estén a nuestro alrededor, haremos el triste fin del carbón que se apaga. Hijos míos, ¡llebad esta hoguera de amor! Prended fuego, como la hoguera que se enciende en el bosque.

¿Habéis visto un bosque en llamas? Yo, sí. ¡Es... pavoroso! ¡Es espléndido! ¡Es una maravilla! ¡Es destructor!

Un fuego así tenéis que prender vosotros; pero uno que no se extinga nunca. El ansia de perpetuarse —a la que algunos hemos dicho que no, por amor de Cristo— será entonces una realidad: habrá muchos que serán

(17) De nuestro Padre, Crónica, 1969, pp. 1052-1053.

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 296.

(19) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 1053.

hijos de vuestro fuego, de vuestro amor a Dios, de ese espíritu que no es nuestro, sino del Señor: el que nos ha dado en el Opus Dei ²⁰.

El proselitismo es una necesidad del corazón enamorado de Dios, que la vocación a la Obra sanciona como un derecho y un deber. *¿Con qué derecho me meto yo en la vida de los demás? Pues con el mismo derecho con que Jesucristo se ha metido en nuestra alma. A mí, no me pidió permiso. Se metió y dijo: aquí estoy. Y hubo que quitar del corazón tanta cosa...* ²¹. Por eso, el celo por las almas está en proporción directa al amor de Dios que arde en el corazón. *Si no pegáis vuestro fuego a otras personas —exclama el Padre—, corréis el peligro de que se entibie el amor de Dios en vosotros, y sería una cosa muy triste (...). No pasará, si somos fieles todos los días y muchas veces en cada jornada. Y cuando no lo seamos, en vez de llenarnos de soberbia y perder la esperanza, diremos: Señor, a pesar de saber de qué madera estoy hecho, me has elegido; quizá precisamente porque soy un enfermo y miserable. Y me vas endiosando, y me acercas a tu Corazón Sacratísimo. ¡Es para volverse locos de alegría!, para robustecer la esperanza, para tener la seguridad de que llegaremos al final del camino* ²².

Yo os he elegido, y os he puesto, para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto sea duradero ²³. Llevar la vocación a otras muchas almas, siendo instrumentos de Dios, constituye la mejor garantía de fidelidad a la propia vocación personal. Además, se precisan muchos millares de hombres y de mujeres que testimonien en medio del mundo, con su vida y con su palabra, la eficacia salvadora de la doctrina de Cristo. *El mundo padece mucha necesidad, hijos míos, porque millones y millones de almas no conocen a Dios, no han visto todavía la luz del Redentor. Cada uno de vosotros debe ser —lo quiere el Señor— quasi lucernae lucenti in caliginoso loco (II Petr. I, 19), como un farol encendido en medio de las tinieblas. Habéis de sentir sobre vuestros hombros la responsabilidad de corredimir con Cristo, haciendo brillar —en cualquier sitio donde os encontréis— esa luz divina que la vocación ha prendido en vuestra alma* ²⁴.

(20) De nuestro Padre, Crónica, 1975, pp. 1722-1723.

(21) De nuestro Padre, Tertulia, 30-X-1972, en Dos meses de catequesis, I, p. 240.

(22) Del Padre, Tertulia, 15-IV-1979, en Crónica, 1979, p. 520.

(23) Joann. XV, 16.

(24) De nuestro Padre, Crónica, 1975, p. 1724.

Agradecimiento y alegría

Ante la elección divina, sólo cabe una actitud: *dadle gracias al Señor, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, gracias a María Santísima, por quien nos vienen todas las gracias del Cielo como canal divino: gracias por esta gracia, que es la más grande que el Señor ha podido conceder a una criatura: esta llamada* ²⁵.

El fundamento de esta elección es la infinita bondad de Dios, que nos llama a cada uno por nuestro nombre, con el apelativo familiar con el que nos llaman las personas que nos quieren. La ternura de Jesús, por nosotros, no cabe en palabras ²⁶.

Mientras que la negativa a secundar el querer de Dios produce tristeza y desaliento, como le sucedió al joven rico del Evangelio ²⁷, la generosidad en la respuesta engendra un gozo sereno y fuerte, nuevo para el corazón humano, que jamás se ve ofuscado por las contrariedades y dificultades de la vida. *Siempre estoy contento* —manifestaba en una ocasión nuestro Padre—. *A veces un poco cansado, como hoy, pero muy contento. La nuestra es una alegría con contenido. Y el contenido es esa elección que Dios ha hecho de cada uno de nosotros. Todos los días en la Misa repito aquellas palabras: et in electorum tuorum iubeas grege numerari: que te dignes, Señor, contarnos en el número de tus elegidos, en tu rebaño. Y cuando le digo esto, pienso en vosotros y en mí, y me da una alegría muy grande. Pero sabemos que aunque hemos sido elegidos, también es cierto que no somos ninguna especialidad, no somos unos selectos. Nos ha encontrado el Señor por ahí, en la calle, cuando pasaba; podía haber buscado a otros mejores que nosotros. Pero nos ha elegido, y esta seguridad no es soberbia, sino agradecimiento. Ya veis: contentos, pero con contenido. Y el contenido es éste: sabernos llamados por Dios como hijos predilectos suyos* ²⁸.

Es una convicción que afianza la humildad y crece con los años de

(25) De nuestro Padre, Crónica IX-62, p. 66.

(26) *Es Cristo que pasa*, n. 59.

(27) Cfr. *Matth.* XIX, 22.

(28) De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 1139-1140.

entrega, conforme se advierte con más claridad la generosidad divina y la miseria propia. En efecto, la vocación no es el premio merecido por unas virtudes, ni el resultado de unas condiciones personales más o menos idóneas. Es puro regalo de Dios. *Conozco muchas personas buenas y nobles —explicaba nuestro Padre— por ahí, que no reciben la gracia de la vocación. Y estoy convencido de que hay y habrá muchas almas estupendas, gente generosa, espléndida, a quienes Dios no llama al Opus Dei.*

*Agradecemos al Señor que, siendo lo que somos, nos haya llamado. Quizá ellos son unos grandes diamantes y nosotros sólo una cosita pequeña, una chispa de diamante; pero El nos coloca de tal manera que brillamos tanto como la piedra preciosa más grande, si somos fieles*²⁹.

La vocación al Opus Dei adorna con nuevos y vivos colores el sentido de la filiación divina; se experimenta de modo inconfundible un querer muy particular de Dios. El primer encuentro con el Señor en el Bautismo ha cobrado un nuevo brillo. *No tengo palabras para expresar el prodigio, la grandeza, de esta llamada de Dios. Nos ha llamado a servirle en la calle, en el trabajo, en todas las labores honestas de los hombres. Y así, encontramos oro puro, y esmeraldas y rubíes, donde otros quizá no encuentran más que cieno*³⁰.

Nada enturbiará esta alegría sobrenatural, si nos mantenemos fieles con la gracia de Dios. Como escribe San Pablo, *¿quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Acaso la tribulación, o la angustia, o el hambre, o la desnudez, o los peligros, o la persecución, o la espada? (...). En medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor*³¹.

(29) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 451.

(30) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 38.

(31) Rom. VIII, 35-39.

COMO SAL Y COMO LUZ

*Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas (...). Y sus discípulos fueron, y predicaron en todas partes, cooperando el Señor, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban*¹.

Es el último encargo, como recoge el Evangelista San Marcos, que Jesús hizo a sus discípulos, antes de ascender a los Cielos. No les resultaban nuevas estas palabras. De una manera u otra, tanto con la palabra como con el ejemplo, el Señor había revelado innumerables veces la misión de alcance universal, que les iba a encomendar.

Por ejemplo, nada más comenzar su vida pública, Jesús recorría la Galilea —cuenta San Mateo— *enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino, y sanando toda dolencia y toda enfermedad en los del pueblo*². Se contaban por millares los que atendían su palabra, los testigos de sus milagros. Al Señor le complacía particularmente reunir en torno suyo a los que le seguían más de cerca, a sus discípulos, con la intención de ir preparándolos poco a poco. De vez en cuando les apartaba de la muchedumbre, para dedicarles más tiempo. Un día, después de describir el camino que habrían de recorrer para alcanzar la vida eterna —las bienaventuranzas—, les hizo un elogio comprome-

(1) Marc. XVI, 15 y 20.

(2) Matth. IV, 23.

tedor: *vosotros sois la sal de la tierra (...). Vosotros sois la luz del mundo*³.

Por haber escuchado de labios de Cristo esas palabras reveladoras, sobre los Apóstoles recae una misión que supera las fronteras de los pueblos. Vosotros —comenta San Juan Crisóstomo— *no habéis de preocuparos sólo de vuestra propia vida, sino de la de toda la tierra. A vosotros no os envío, como hice con los profetas, a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte, ni siquiera a una entera nación. No. Vuestra misión se extenderá a la tierra y al mar, sin más límites que los del mundo mismo*⁴.

Esas palabras resuenan en el oído de cada cristiano, cualquiera que sea el lugar donde habite. Cristo no sólo espera que conservemos sus enseñanzas: desea que las comuniquemos generosamente a los demás. *Llenar de luz el mundo, ser sal y luz: así ha descrito el Señor la misión de sus discípulos. Llevar hasta los últimos confines de la tierra la buena nueva del amor de Dios. A eso debemos dedicar nuestras vidas, de una manera o de otra, todos los cristianos.*

*Diré más. Hemos de sentir la ilusión de no permanecer solos, debemos animar a otros a que contribuyan a esa misión divina de llevar el gozo y la paz a los corazones de los hombres*⁵.

La vocación cristiana, vocación al apostolado

Dios ha constituido la Iglesia con este fin: *propagar el reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, y de esta manera hacer partícipes de la redención salvadora a todos los hombres y, por medio de ellos, ordenar realmente el universo entero hacia Cristo. La actividad del Cuerpo Místico, dirigida a este fin, recibe el nombre de apostolado. Y la Iglesia lo ejerce de diversas maneras por medio de todos sus miembros. La vocación cristiana es también, por su misma naturaleza, vocación al apostolado*⁶.

(3) *Matth.* V, 13-14.

(4) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 15, 6.

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 147.

(6) Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 2.

Esta doctrina, sancionada solemnemente por la Iglesia en el Concilio Vaticano II, había sido propuesta por nuestro Fundador desde muchos años antes. *Mientras esperamos el retorno del Señor, que volverá a tomar posesión plena de su Reino, no podemos permanecer pasivos. La extensión del Reino de Dios no es sólo tarea oficial de los miembros de la Iglesia que representan a Cristo, porque han recibido de El los poderes sagrados. Vos autem estis corpus Christi (I Cor. XII, 27), vosotros también sois cuerpo de Cristo, misioneros con misión —sin llamaros misioneros—, que tenéis el mandato concreto de negociar hasta la venida del Señor con vuestro trabajo responsable⁷.*

Ningún miembro del Cuerpo Místico de Cristo ha de considerarse eximido de este grave deber. *No se puede —son palabras del Señor— encubrir una ciudad edificada sobre un monte, ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre el candelero, a fin de que alumbré a todos los de la casa; brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos⁸. A lo que San Juan Crisóstomo comenta: es como si les dijera: yo he encendido la luz; pero que siga ardiendo, depende ya de vuestro celo apostólico. Y eso no sólo para alcanzar vuestra propia salvación, sino también la de aquéllos que han de gozar de su resplandor, y ser así conducidos como de la mano hacia la verdad⁹.*

El pensamiento de Jesucristo está puesto en todas las almas. A nadie excluye de participar de los beneficios de la Redención que ganó en la Cruz. Y ese afán lo transmite a quien se acerca a El, siempre, como lo hizo con sus primeros discípulos. *Desea contar con cada uno de nosotros para llevar su nombre a todos, para decir a todos que se han abierto los caminos divinos de la tierra.*

Cristo nos llama con nuestro nombre, con voz fuerte, a ser corredentores; a ser, como los Apóstoles, portadores de una gran nueva; a ser instrumentos de salvación¹⁰.

(7) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, n. 16.

(8) Matth. V, 14-16.

(9) San Juan Crisóstomo, In Matthaeum homiliae 15, 7.

(10) Del Padre, Homilia, 26-VI-1979, en Crónica, 1979, p. 661.

Participar en la misión de Jesucristo

Elemento esencial, constitutivo inseparable de la vocación cristiana, es el afán apostólico. Del Bautismo derivan derechos y deberes respecto a los demás, reponsabilidades concretas en el camino de otras personas hacia la vida eterna. Como enseña la Iglesia en el Concilio Vaticano II, esto es consecuencia de la unión de los cristianos con Cristo Cabeza: *insertos por el Bautismo en el Cuerpo Místico de Cristo, robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado. Son consagrados como sacerdocio real y nación santa (cfr. I Petr. II, 4-10) para ofrecer hostias espirituales en todas sus obras y para dar testimonio de Cristo en todo el mundo*¹¹.

El Bautismo, pues, introduce al hombre en la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, le constituye en miembro suyo, y *le perfecciona haciéndole divino y transmisor de lo divino*¹². Para fortalecer esa unión y mejorar la idoneidad de instrumentos activos en la edificación del Reino de Dios, se administra el Sacramento de la Confirmación, que concede a los cristianos un título singular: el de ser *soldados de Cristo, sembradores de paz y de alegría, y hemos de procurar —con el buen ejemplo y con la doctrina— defender a otras almas, para que no caigan como presas del demonio. Y difundir la luz de Cristo, comunicar su doctrina a tantas personas sedientas de Dios*¹³.

Cada uno de estos dos sacramentos imprime en el alma su marca indeleble, el carácter, que —como decía nuestro Padre gráficamente— es como *la garra de Dios, que declara: éste es hijo mío predilecto, de los que lucharán por Mí y por sí mismos, para obtener la gloria*¹⁴.

Por el carácter, se distingue eternamente el bautizado de cualquier persona que no ha sido incorporada a Cristo por el Bautismo, pues imprime en su alma los rasgos del Señor. Desde el punto de vista teológi-

(11) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 3; cfr. const. dogm. *Lumen gentium*, n. 33.

(12) Pseudo Dionisio, *De ecclesiastica Hierarchia* 2, 1, 3.

(13) Del Padre, Tertulia, 20-XI-1977, en *Obras*, 1977, p. 528.

(14) De nuestro Padre, en *Dos meses de catequesis*, II, p. 665.

co, el carácter es una potencia espiritual ¹⁵, participación del sacerdocio de Jesucristo, que da al hombre la capacidad de realizar unas operaciones que exceden la medida humana: son operaciones de Jesús por medio de sus miembros, los cristianos.

Esta participación en el sacerdocio de Cristo constituye en todos los fieles el sacerdocio común —distinto esencialmente, y no sólo en grado, del sacerdocio ministerial o jerárquico ¹⁶—, por el que los cristianos, hechos *gente santa, pueblo de conquista, para publicar las grandezas de Aquél que os sacó de las tinieblas a su luz admirable* ¹⁷, prolongan en la tierra la misión sacerdotal, profética y real de Jesucristo. Por la función sacerdotal están llamados a dar frutos de santidad, convirtiendo su vida en oblación agradable a Dios, uniéndose al Santo Sacrificio de la Misa. La misión profética les impulsa a dar testimonio —ante los hombres— de la fe, de la esperanza y de la caridad que han recibido, mediante las buenas obras y también con la palabra. Por la función real, en fin, son enviados a santificar el mundo desde dentro, impregnando de sentido cristiano las realidades familiares, sociales, profesionales... ¹⁸.

Nuestro Padre resumía así la gran dignidad y la misión sublime que todos los fieles tienen confiada: *el apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo, que le hace idóneo para guiar los hombres hacia Dios, enseñarles la verdad del Evangelio, y corregirlos con su oración y su expiación.*

El cristiano dispuesto a servir es guía, maestro y sacerdote de sus hermanos los hombres, siendo para ellos otro Cristo, alter Christus, o mejor, como os suelo decir, ipse Christus ¹⁹.

(15) Cfr. Santo Tomás, S. Th. III, q. 63, a. 4 ad 2.

(16) Cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 10.

(17) I Petr. II, 9.

(18) Cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 33-36.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 86.

Obligación de todos los cristianos

Los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación fundamentan, pues, la obligación de hacer apostolado. *Más aún, el precepto de la caridad, que es el mandamiento máximo del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su Reino y la vida eterna a todos los hombres, a fin de que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado, Jesucristo (cfr. Ioann. XVII, 3). Por consiguiente, a todos los cristianos se impone la gloriosa tarea de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado en todas partes y por todos los hombres*²⁰.

El apostolado es obligación grave. Se nos pedirá estrecha cuenta de cómo hemos sabido ser sal y luz en medio del mundo, de cómo hemos ejercitado las capacidades que Dios nos entregó al hacernos miembros del Cuerpo místico de Cristo. *Cuántas veces el Fundador del Opus Dei comentó la escena del paralítico de la piscina probática, aquella que tenía cinco pórticos, donde se reunían multitud de enfermos. Un Angel removía el agua cada cierto tiempo, y el primero que conseguía lavarse quedaba curado de cualquier enfermedad que padeciese. Aquel paralítico llevaba muchos años enfermo. Jesucristo se le acerca y le pregunta: ¿quieres curarte? (Ioann. V, 6). El, sin conocer quién le habla, responde: hominem non habeo (Ioann. V, 7), no tengo a nadie que me ayude; de manera que, cuando yo, arrastrándome, llego al agua, ya otro se me ha adelantado.*

Sería una gran pena que se encontrasen alrededor de vosotros personas que pudieran decir lo mismo que aquel tullido: *no tengo a nadie que me dé una mano, que me aclare la vista; por eso sigo metido en la sensualidad y en la porquería.*

Apóstoles nos quiere Jesucristo. Siendo Dios, le bastaría decir: *hágase la luz, para que al instante las tinieblas desaparecieran del mundo, y tantas almas se vieran empujadas a seguirle en todas partes. Pero respeta la libertad de todos y ha querido contar con nosotros. El desea que todos se salven, y ya veis que cada vez son más los que le abandonan. Ante esta reali-*

(20) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 3.

dad tremenda, hemos de reaccionar y responder al Señor: ecce ego, quia vocasti me! (I Reg. III, 8), ¡aquí me tienes, porque me has llamado! A la petición del Maestro no podemos contestar que no ²¹.

Hay que huir, por tanto, de la comodidad, de la tendencia a no querer comprometerse en esta lucha de paz y de amor a la que todos estamos llamados. Más que nunca en estos momentos, cuando el bien de la Iglesia y del mundo lo exigen de modo especial, cada discípulo de Cristo ha de estar alerta y trabajar para extender el reinado de Dios entre los hombres.

Si admitieras la tentación de preguntarte —advierte nuestro Padre—, ¿quién me manda a mí meterme en esto?, habría de contestarte: te lo manda —te lo pide— el mismo Cristo. La mies es mucha y los obreros son pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios a su mies (Matth. IX, 37-38). No concluyas cómodamente: yo para esto no sirvo, para esto ya hay otros; esas tareas me resultan extrañas. No, para esto, no hay otros; si tú pudieras decir eso, todos podrían decir lo mismo. El ruego de Cristo se dirige a todos y a cada uno de los cristianos. Nadie está dispensado: ni por razones de edad, ni de salud, ni de ocupación. No existen excusas de ningún género. O producimos frutos de apostolado, o nuestra fe será estéril ²².

La Iglesia ha querido dejar bien claro que el apostolado es tarea que compete a todos los bautizados, sin exclusión de nadie, por muy particular que sea su situación en la vida y en la sociedad. Ni siquiera la edad es inconveniente: el empeño apostólico ha de animar de igual manera a los adultos que a los de menos años. Los jóvenes deben convertirse en los primeros e inmediatos apóstoles de los jóvenes, ejerciendo su apostolado personal entre sus propios compañeros (...). También los niños tienen su propia actividad apostólica. Según su capacidad, son testigos vivientes de Cristo entre sus compañeros ²³.

Estamos en primera fila, y no podemos ni queremos desertar de la pelea. Como nuestro Padre nos apremiaba, tú y yo nos hemos de encen-

(21) Del Padre, Tertulia, 13-IV-1981, en Crónica, 1981, pp. 497-499.

(22) Amigos de Dios, n. 272.

(23) Concilio Vaticano II, decr. Apostolicam actuositatem, n. 12.

der en el deseo y en la realidad de llevar la luz de Cristo, el afán de Cristo, los dolores y la salvación de Cristo, a tantas almas de colegas, de amigos, de parientes, de conocidos, de desconocidos —sean cualesquiera sus opiniones en cosas de la tierra—, para darles a todos un buen abrazo fraterno ²⁴.

Este celo por la salvación de todas las almas, que se ha de manifestar en realidades concretas de apostolado, prenderá en nuestro corazón y en nuestra vida entera si se lo pedimos con confianza a la Virgen Santísima, Reina de los Apóstoles.

(24) De nuestro Padre, Tertulia, 12-VI-1974, en Catequesis en América, I, p. 287.

COMO UNA BRASA

Es preciso que seas "hombre de Dios", hombre de vida interior, hombre de oración y de sacrificio. —Tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida. "para adentro" ¹.

La naturaleza misma del apostolado exige una unión íntima del apóstol con el Señor, porque sólo Dios puede remover las almas con su gracia. Como enseña el Concilio Vaticano II, Cristo, enviado por el Padre, es la fuente u origen de todo el apostolado de la Iglesia. Es, pues, evidente que la fecundidad del apostolado de los laicos depende de su unión vital con Cristo. Lo afirma el Señor: "el que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada" (Ioann. XV, 5) ².

Índice del amor a Dios

Siempre nos inculcó nuestro Fundador esta enseñanza, y así lo aprenden las personas que se acercan a nuestras labores. *El apostolado es amor de Dios, que se desborda, dándose a los demás* ³. El afán de acer-

(1) *Cámino*, n. 961.

(2) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 33.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 122.

car almas a Cristo no tiene otro motivo que ese Amor con mayúscula. Cualquier otro fin estaría en desacuerdo con la índole sobrenatural de esta labor, y la rebajaría a una tarea humana, sin contenido y sin capacidad de dar fruto, condenada al fracaso. *Es inútil* —escribía nuestro Padre gráficamente— *que te afanes en tantas obras exteriores si te falta Amor. —Es como coser con una aguja sin hilo* ⁴.

Una idea ha de tener siempre clara quien hace apostolado: sólo Dios mueve a las almas. El hombre es un simple instrumento que la bondad divina quiere utilizar. La labor del apóstol consiste en facilitar la acción de Dios, manteniéndose bien unido a la fuente de la gracia, Jesucristo, por una intensa vida interior. Porque *la vida interior supone crecimiento en la unión con Cristo, por el Pan y la Palabra. Y el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Cuando se paladea el amor de Dios se siente el peso de las almas. No cabe disociar la vida interior y el apostolado, como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor* ⁵.

El amor de Dios lleva al amor al prójimo, porque *el que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ve?* ⁶. La vocación recibida impulsa al cristiano a pensar en los demás, a darse sin tasa para extender el Reino de Dios, pues *no hay señal ni marca que así distinga al cristiano y al amador de Cristo, como el cuidado de nuestros hermanos y el celo por la salvación de las almas* ⁷.

Por eso, el afán apostólico es como el *termómetro* que indica la temperatura espiritual de un cristiano, lo que señala la consistencia real de sus relaciones con Dios. Si advirtiéramos que la salvación de las almas nos preocupa poco, que su lejanía de Dios nos deja indiferentes, que sus necesidades espirituales no provocan una reacción en nuestra alma, sería señal clara de que nuestra caridad se ha enfriado, pues no da calor a quienes nos rodean.

Convenceos —advierte el Padre—: *si a veces no nos comportamos coherentemente con nuestra vocación cristiana, si no hacemos apostolado, es*

(4) Camino, n. 967.

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 122.

(6) I Joann. IV, 20.

(7) San Juan Crisóstomo, *De incomprensibili homiliae* 6, 3.

porque amamos poco. Dios desea que nos enamoremos de El, pero no podemos quererle —es doctrina paulina, inspirada por el Espíritu Santo— si El no vierte su amor en nuestra alma. Pídeselo, que te lo concederá. Comenzarás a ser como una brasa encendida, que da luz y quema lo que hay a su alrededor. Elevarás la temperatura espiritual de quienes te rodean, ayudándoles a vivir más intensamente la vida cristiana⁸.

Hay que luchar para que la indiferencia por la santidad de los demás no tome asiento en nuestra alma. Si alguna vez se introdujera, acudirémos al Señor para que nos ayude a salir de esa situación y nos impulse a buscar el bien de quienes nos rodean. El mejor bien que podemos desearles, el que les proporcionará una mayor felicidad, es que busquen a Dios, que le encuentren, que le traten, que le amen, y acaben convirtiéndose también ellos en apóstoles. Vale la pena buscar a Cristo. Si lo hacéis —insisto—, lo encontraréis. Y al hallarlo, os enamorareis perdidamente, locamente, de El. Entonces seréis focos de luz, puntos de referencia para que otras gentes se acerquen al Señor. Seréis —de otra manera— como aquellos primeros Doce que siguieron a Cristo, como Andrés, como Juan, como Pedro. ¡Seréis apóstoles de Jesucristo!⁹.

En medio del mundo

Para el cristiano, el apostolado resulta connatural: no es algo añadido, yuxtapuesto, externo a su actividad diaria, a su ocupación profesional. ¡Lo he dicho sin cesar, desde que el Señor dispuso que surgiera el Opus Dei! Se trata de santificar el trabajo ordinario, de santificarse en esa tarea y de santificar a los demás con el ejercicio de la propia profesión, cada uno en su propio estado¹⁰.

Esta doctrina es como el quicio de la espiritualidad del Opus Dei. El afán apostólico no lleva a hacer cosas raras o llamativas, ni mucho menos a descuidar los deberes familiares, sociales o profesionales. Al

(8) Del Padre, Tertulia, 23-III-1978, en Crónica, 1978, p. 526.

(9) Del Padre, Tertulia, 4-IV-1977, en Crónica, 1977, p. 400.

(10) Es Cristo que pasa, n. 122.

contrario: es precisamente ahí donde el cristiano encuentra el campo de su acción apostólica, donde ha de actuar como fermento de vida espiritual, dando a conocer a Dios y enseñando a amarle. *Vive tu vida ordinaria* —escribía nuestro Padre—; *trabaja donde estás, procurando cumplir los deberes de tu estado, acaba bien la labor de tu profesión o de tu oficio, creciéndote, mejorando cada jornada. Sé leal, comprensivo con los demás y exigente contigo mismo. Sé mortificado y alegre. Ese será tu apostolado. Y, sin que tú encuentres motivos, por tu pobre miseria, los que te rodean vendrán a ti, y con una conversación natural, sencilla —a la salida del trabajo, en una reunión de familia, en el autobús, en un paseo, en cualquier parte— charlaréis de inquietudes que están en el alma de todos, aunque a veces algunos no quieran darse cuenta: las irán entendiendo más, cuando comiencen a buscar de verdad a Dios* ¹¹.

Esto es así porque los cristianos son "raza elegida, sacerdocio santo", llamados también "sal de la tierra" y "luz del mundo". Su específica vocación y misión consiste en manifestar el Evangelio en sus vidas y, por tanto, en introducir el Evangelio, como una levadura, en la realidad del mundo en que viven y trabajan. Las grandes fuerzas que configuran el mundo (política, mass-media, ciencia, tecnología, cultura, educación, industria) constituyen precisamente las áreas en las que los seglares son especialmente competentes para ejercer su misión. Si estas fuerzas están conducidas por personas que son verdaderos discípulos de Cristo, y, al mismo tiempo, plenamente competentes en el conocimiento y la ciencia seculares, entonces el mundo será ciertamente transformado desde dentro mediante el poder redentor de Cristo ¹².

Esta doctrina, que nuestro Fundador enseñó sin cesar desde que Dios le hizo ver el Opus Dei, ha sido recogida después por el Concilio Vaticano II, que la propone a todos los cristianos. A los laicos corresponde —se lee en la Constitución dogmática sobre la Iglesia—, por propia vocación, buscar el reino de Dios a través de la gestión, ordenada según Dios, de los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones

(11) *Amigos de Dios*, n. 273.

(12) Juan Pablo II, Homilía en Limerick, 1-X-1979.

ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretendida. Allí están llamados por Dios para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento¹³.

Es el mismo espíritu que vivían los primeros cristianos. No se distinguen —escribía un autor de los primeros siglos— de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás¹⁴. Compartían el trabajo, las preocupaciones, las alegrías y vicisitudes de sus contemporáneos, impregnándose del espíritu de Cristo. No tenían, por razón de su vocación sobrenatural, programas sociales ni humanos que cumplir; pero estaban penetrados de un espíritu, de una concepción de la vida y del mundo, que no podía dejar de tener consecuencias en la sociedad en la que se movían¹⁵.

El resultado de esa acción callada y continua, aun en medio de grandes contradicciones, fue la conversión del mundo pagano. Porque, para decirlo brevemente —se lee en el documento antes citado—, lo que el alma es en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo¹⁶.

Lo mismo espera Dios de quienes han recibido la luz de la fe en este momento de la historia; a todos y a cada uno les encomienda que obren esa transformación de la sociedad desde su sitio; y les anima a que no escondan esta esperanza en el interior de su alma, antes bien manifiéstela, incluso a través de las estructuras de la vida secular, en una constante renovación y en un forcejeo "con los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos" (Ephes. VI, 12)¹⁷.

En medio del mundo, donde Dios nos ha puesto, hemos de atraer a los demás hacia Cristo. Para conseguirlo, nuestra vida ha de ser testimonio claro y verídico de la suya. Grande es nuestra responsabilidad: porque ser testigo de Cristo supone, antes que nada, procurar comportar-

(13) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 31.

(14) *Discurso a Diogneto*, V.

(15) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959, n. 22.

(16) *Discurso a Diogneto*, VI.

(17) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 35.

nos según su doctrina, luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima. Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama ¹⁸.

Una responsabilidad mayor

Yéndose a lejanas tierras, un hombre convocó a sus criados y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, al otro dos y sólo uno al otro; a cada uno según su capacidad, y marchóse inmediatamente. El que recibió cinco talentos fue, y negociando con ellos, sacó de ganancia otros cinco; de la misma suerte, aquel que había recibido dos, ganó otros dos; mas el que recibió uno, fue e hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Pasado mucho tiempo, volvió el amo de estos criados y los llamó a cuentas ¹⁹.

Estas palabras del Evangelio nos indican que Dios no niega a nadie su gracia. Según su Sabiduría, hace participar generosamente de sus dones a cada hombre. Entrega a unos más y a otros menos; pero, en cualquier caso, de todos espera fruto.

Igualmente alabó el Señor a quien recibió cinco talentos que a quien tenía sólo dos, porque uno y otro los hicieron rendir razonablemente, se afanaron para que no quedasen estériles. También se hubiera alegrado si el tercer siervo hubiera puesto ese mismo interés, aunque la cantidad confiada fuese menor. Pero se limitó a conservar para sí lo que había recibido, y esta actitud le mereció un duro reproche: es llamado *siervo inútil* ²⁰, y se le quita el talento para entregarlo al que tiene diez ²¹.

(18) *Es Cristo que pasa*, n. 122.

(19) *Matth.* XXV, 14-19.

(20) *Matth.* XXV, 30.

(21) *Cfr. Matth.* XXV, 28.

El apostolado es consecuencia del amor, y es Dios mismo quien comunica al apóstol esa fuerza operativa que es el celo por las almas. Todos los cristianos han de esforzarse por producir tangibles frutos apostólicos; pero el Señor exige más a quienes ha concedido más gracias, más formación, mayores talentos.

Hay, pues, una escala de exigencias. Disponer de más dinero ofrece la posibilidad a los siervos de la parábola de ganar más; los talentos —así se ha entendido en el lenguaje ordinario— suponen una aptitud para realizar ciertas obras. Entre los *talentos* más valiosos que una persona recibe, se encuentra una profunda formación doctrinal y espiritual, porque con ella puede enriquecer su propia vida interior y efectuar una tarea apostólica más eficaz.

La Obra entrega a raudales esa formación; no sólo a quienes han pedido la admisión: también a todos los que se acercan a sus labores. Círculos, retiros, meditaciones, dirección espiritual..., lo que en estos medios se recibe ha de ponerse al servicio de los demás, siendo buenos instrumentos en las manos de Dios para acercarle almas. Es lo más valioso —lo único— que el Opus Dei ofrece a quienes frecuentan los Centros de la Obra. Decía nuestro Padre: *vais a aprender bien la religión, teórica y prácticamente, según la edad y las circunstancias personales de cada uno. Vais a aprender a ser buenos hijos, buenos estudiantes, buenos profesionales, buenos obreros, lo que sea* ²².

Por tanto, si a todos los cristianos se les apremia a comunicar su fe y su amor a los demás, con mayor razón han de sentirse impulsados a cumplir ese gozoso deber quienes reciben una intensa formación espiritual. Han de reconocerla como un valioso *talento*, que se les entrega gratuitamente, y que encierra la posibilidad de multiplicarse, produciendo frutos de vida interior y de apostolado.

No podemos vivir de espaldas a la muchedumbre, encerrados en nuestro pequeño mundo ²³. Esa postura sería señal más o menos solapada de comodidad e indicio cierto de que no se valora suficientemente el tesoro que Dios coloca en las manos: actitudes que se aprecian claramente

(22) De nuestro Padre, Tertulia, 1-XI-1972, en *Dos meses de catequesis*, I, pp. 282-283.

(23) *Es Cristo que pasa*, n. 146.

en el servidor de la parábola que recibió un solo talento. ¡Qué tristeza —comentaba nuestro Padre— *no sacar partido, auténtico rendimiento de todas las facultades, pocas o muchas, que Dios concede al hombre para que se dedique a servir a las almas y a la sociedad!* (...).

¿Tu vida para ti? Tu vida para Dios, para el bien de todos los hombres, por amor al Señor. ¡Desentierra ese talento! Hazlo productivo: y saborearás la alegría de que, en este negocio sobrenatural, no importa que el resultado no sea en la tierra una maravilla que los hombres puedan admirar. Lo esencial es entregar todo lo que somos y poseemos, procurar que el talento rinda ²⁴.

La potencialidad de la gracia que Dios vierte en nosotros es incalculable. Su acción es como la del incendio que prende en un bosque. Primero arden las hierbas que han recibido directamente el fuego, pero enseguida se propaga y consume todo lo que encuentra a su alrededor. Es una imagen que conocen bien los que participan en los medios de formación que imparte la Obra, y que nuestro Padre ha expresado de mil maneras distintas. *Has de prestar Amor de Dios* —escribía en *Camino*— *y celo por las almas a otros, para que éstos a su vez enciendan a muchos más que están en un tercer plano, y cada uno de estos últimos a sus compañeros de profesión.*

¡Cuántas calorías espirituales necesitas! —Y ¡qué responsabilidad tan grande si te enfrías!, y —no lo quiero pensar— ¡qué crimen tan horroroso si dieras mal ejemplo! ²⁵.

Con la gozosa responsabilidad de sabernos puntos de ignición, hemos de propagar el amor de Cristo, cada uno en su propio ambiente, después de habernos inflamado en el trato con Dios y con la Virgen Santísima.

(24) *Amigos de Dios*, nn. 46-47.

(25) *Camino*, n. 944.

CON LA LUZ DE LA DOCTRINA

Para cumplir la misión apostólica que —por cristianos— hemos recibido de Dios, hay que esforzarse en difundir la doctrina de Jesucristo. *Queremos llevar la gente a Cristo. Queremos que le amen las criaturas todas de la tierra. Pero, quomodo ergo invocabunt in quem non crediderunt? (Rom. X, 14), ¿cómo van a rezar si no creen en El? Aut quomodo credent ei quem non audierunt? (ibidem), ¿y cómo van a creer en El, si no han oído hablar de El? Quomodo autem audient sine praedicante? (ibidem), ¿cómo van a oír, si no hay quien les diga nada?*¹.

No se puede perder de vista que toda la labor de apostolado que el Señor nos pide se reduce, de un modo u otro, a una sola cosa: *dar doctrina; extender esta luz de Dios, hacer esta guerra maravillosa de paz y de amor; llevarla a todos los hombres, sin excepción de razas, ni de lenguas, ni de circunstancias sociales: quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona (Rom. X, 15); ¡qué feliz es la llegada de los que anuncian el evangelio de la paz, de los que anuncian los verdaderos bienes!*². Por eso repetía incansablemente nuestro Padre: *los que tenemos la verdad de Cristo en el corazón hemos de meter esa verdad en el corazón, en la cabeza y en la vida de los demás: tenemos obligación grave. Lo*

(1) De nuestro Padre, Carta, 30-IV-1946, n. 45.

(2) *Ibid.*

contrario es comodidad, política falsa. Yo tengo el deber de llevar a todas las almas por el camino de Cristo ³.

En primer lugar, nosotros

Aprende lo que vayas a enseñar; adquiere doctrina, la palabra fiel, para que puedas exhortar ⁴, escribe San Jerónimo. Y nuestro Padre explicaba: *para dar doctrina, hay que tenerla; nadie da lo que no tiene. No esperemos unas iluminaciones de Dios, que no tiene por qué dar, cuando nos da unos medios humanos concretos: el estudio, el trabajo. Hay que formarse, hay que estudiar* ⁵.

Esta obligación atañe a todos los cristianos, a cada uno según los dones —talento, estudios, circunstancias, etc.— que ha recibido de Dios. En nuestro caso, el Señor ha dispuesto que encontráramos la Obra en nuestro camino, que proporciona a cuantos se acercan a su espíritu una formación doctrinal-religiosa, espiritual y apostólica que facilita el cumplimiento de ese mandato de Cristo ⁶.

Tenemos la responsabilidad de aprovechar los medios de formación que la Obra ofrece: *a quien mucho le ha sido dado, mucho se le pedirá* ⁷. Por eso, escribe el Padre, *cada uno ha de sentir ansias de entender, siempre con mayor profundidad, la Doctrina cristiana, que en la Obra se nos enseña con abundancia de medios y sin regatear esfuerzos. Sólo así, con una permanente profundización en la Doctrina viva, podremos ser esos puntos luminosos en medio de la ausencia de señalización divina en tantos caminos de la tierra* ⁸.

Esta es la finalidad de los Cursos de Formación, que nos ayudan a corresponder cada día con más generosidad, a las luces nuevas que el Señor nos manda ⁹, y también el objetivo de las charlas, clases y meditaciones

(3) De nuestro Padre, Crónica VII-62, p. 55.

(4) San Jerónimo, Epístola 52, 7.

(5) De nuestro Padre, Obras II-61, p. 45.

(6) Cfr. Matth. XXVIII, 19-20.

(7) Luc. XII, 48.

(8) Del Padre, Carta, 28-XI-1982, n. 20.

(9) Del Padre, Tertulia, 7-VII-1977, en Crónica, 1977, p. 831.

que se imparten en los Centros del Opus Dei, en todo el mundo. Esta formación abundante lleva además a comprender que ningún cristiano puede desentenderse de este grave deber. Por eso, con responsabilidad personal, cada uno ha de poner los medios oportunos y la dedicación de tiempo necesaria para adquirir una formación doctrinal proporcionada a las propias capacidades y circunstancias —que variarán de una persona a otra—, pero que será, en cualquier caso, sólida, bien cimentada.

Entre esos medios, nuestro Fundador recomendaba con insistencia el repaso del *viejo y amadísimo catecismo*. Viejo —comentaba el Padre en cierta ocasión— *porque las fórmulas vienen de muchos siglos atrás: las han repetido nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos... Con unas frases tan sencillas, tan breves, qué bien explicado está todo (...). Saber el catecismo es absolutamente necesario para vuestra vida interior, y para ser instrumentos en las manos de Dios (...). Yo lo repaso con frecuencia*¹⁰.

Ahora que en tantos lugares y con tantos medios se atacan puntos fundamentales de la doctrina de la Iglesia, hay además una particular obligación de estar informado sobre las cuestiones doctrinales de mayor actualidad y trascendencia, saber discernir lo que supone una nueva y legítima expresión cultural, filosófica, etc., de lo que por el contrario es incompatible con la fe; así como conocer bien los argumentos que permitan contrarrestar los ataques de los enemigos de la fe y saber presentarlos de manera clara, atrayente y precisa. *Trabajando de esta forma, unidos a vuestros conciudadanos y removiéndolos, haciendo ambiente para que las cosas no vengan impuestas sin expresar el legítimo sentir de la sociedad, podréis orientar cristianamente la legislación de vuestras comunidades nacionales, sobre todo en aquellos puntos que son clave en la vida de los pueblos: las leyes sobre el matrimonio, sobre la enseñanza, sobre la moralidad pública, sobre la propiedad, etc. (...). En éstos y en otros puntos capitales, tendréis que luchar, ¡y bien!*¹¹.

(10) Del Padre, Noticias, 1980, p. 59.

(11) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959, n. 42.

Un peligro puede acechar con el paso del tiempo: el pensamiento de que no se precisa aprender más, de que basta con lo que ya se sabe, olvidando que *la formación no termina nunca. No podemos admitir la soberbia de pensar que ya estamos suficientemente formados. Aunque lleguemos a ser tan viejecitos que necesitemos andar con bastón* —explicaba el Padre a un grupo de estudiantes que asistían a una Convivencia—, *seguiremos aprendiendo —como si fuésemos niños— a vivir con más piedad, a conocer mejor la doctrina de la Iglesia, a hacer una genuflexión pausada, llena de amor, delante del Sagrario...* ¹².

Y no olvidemos, hijos —advierte también el Padre—, que las verdades acerca de Dios no se aprenden sólo estudiando. Al esfuerzo intelectual ha de unirse la meditación y el esfuerzo por encarnar con coherencia la Verdad que se estudia y medita. Este es el modo para asimilar bien la formación, y para convencernos de que siempre podemos crecer en la posesión de esta auténtica riqueza ¹³.

El mayor enemigo

Al hacer apostolado, es frecuente encontrarse con personas que desconocen hasta las nociones más elementales de la fe cristiana, víctimas de una ignorancia religiosa *que se acentúa cada día más, porque no se estudia el catecismo* ¹⁴.

Desgraciadamente, sigue siendo actual lo que escribía hace más de quince siglos San Juan Crisóstomo, lamentándose de la ignorancia religiosa de muchos cristianos de su época: *a veces ocurre que consagramos todo nuestro esfuerzo a cosas, no sólo superfluas, sino incluso inútiles y perjudiciales, mientras se abandona y desprecia el estudio de la Escritura. Aquéllos que en las competiciones hípias se excitan hasta el colmo, pueden referir con rapidez el nombre, la yeguada, la raza, la nación y el entrenamiento de los caballos, los años de su vida, la velocidad*

(12) Del Padre, Tertulia, 7-VII-1977, en Crónica, 1977, p. 831.

(13) Del Padre, Carta, 28-XI-1982, n. 20.

(14) Del Padre, Tertulia, 5-IV-1977, en Crónica, 1977, p. 511.

de su carrera, y quién con quién, si galoparan unidos, conseguirían la victoria; y qué caballo, entre éstos o aquéllos, si toma parte en la carrera y si fuera montado por tal jinete, vencería la prueba... Si por el contrario nos preguntamos cuántas y cuáles son las epístolas de San Pablo, ni siquiera su número sabemos expresar ¹⁵.

Afirmaba nuestro Padre que el mayor enemigo que tiene Dios en el mundo es la ignorancia ¹⁶, que es causa y como raíz de todos los males que envenenan los pueblos y perturban a muchas almas ¹⁷. En efecto, cuando falta la luz de la fe no es difícil encontrarse en un ambiente de duda, de relativismo, de incertidumbre ¹⁸, que se da no sólo entre los paganos de nuestro tiempo, sino aun entre no pocos que se ofenderían si no se les llamara católicos ¹⁹; también entre quienes tienen fama de sabios en las ciencias humanas: en la investigación científica, en historia, en economía, en derecho, etc.

Llegan, a veces, a padecer esa ignorancia incluso los hombres de más prestigio en su profesión; y hasta los que alcanzan puestos de gobierno en países que tienen una antigua tradición cristiana ²⁰.

Con frecuencia esas personas sufren no ya una mera ignorancia, sino una positiva deformación intelectual, pues muchas veces, en lugar de explicar la doctrina cristiana, se expone una especie de contracatecismo, que no contiene las verdades de la fe ²¹. Y esto, tanto en libros de texto como en revistas, artículos, y en gran parte de los medios de comunicación social.

Los motivos que llevan a tantos a falsear la fe o, simplemente, a negarla, pueden ser muy variados. Muchas veces es fruto de un ambiente adverso que se infiltra en todos los niveles de la sociedad, pero que encuentra su explicación más profunda en lo que escribía nuestro Padre hace ya muchos años: cuando la familia y la escuela no han sabido, o no han podido, cumplir su función específica, se ha producido el fenómeno

(15) San Juan Crisóstomo, *Homiliae in quaedam loca Novi Testamenti* 1, 1.

(16) De nuestro Padre, *Obras* IV-57, p. 8.

(17) Juan XXIII, *Litt. enc. Ad Petri cathedram*, 29-VI-1959.

(18) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 37.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, n. 10.

(20) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1951, n. 7.

(21) Del Padre, *Tertulia*, 5-IV-1977, en *Crónica*, 1977, p. 511.

de la aparición de masas ingentes, cuya única educación constante ha sido la que reciben por los periódicos, revistas, radio, y por algún libro de fácil lectura ²².

Es preciso, por eso, ayudar a nuestros amigos y conocidos a formarse el criterio necesario y la capacidad crítica precisa para discernir lo que haya de engañoso y de manipulación en la opinión pública, para advertir y contrarrestar el ambiente dañino, que puede poner en peligro su fe y la de los suyos. Por cristianos, y cristianos empeñados en serlo seriamente, no debemos abandonar esta tarea. De lo contrario, el apostolado no daría los frutos firmes y duraderos que el Señor quiere. Y ni siquiera sería verdadero apostolado, si no está fundamentado en un empeño decidido y serio por difundir la doctrina de la Iglesia.

Importancia de las lecturas

La lectura de libros de buena doctrina, apropiados a las circunstancias personales de cada uno, es algo de capital importancia para la eficacia del apostolado, porque contribuyen poderosamente a formarse bien el criterio y a tener una conciencia recta y verdadera. Nuestro Fundador lo recomendó desde el principio, y tantas veces facilitó personalmente buenos libros a quienes se acercaban a su labor sacerdotal, convencido de *la honda caridad cristiana de esa limosna, más eficaz que dar pan de buen trigo* ²³.

En algunos casos, como sucede en el apostolado con estudiantes, profesionales y, en general, personas que se dedican de un modo u otro a un trabajo intelectual, la lectura de buenos libros puede ser decisiva. Por eso, como criterio práctico, conviene conocer los títulos de las obras más importantes que pueden ayudar a nuestros amigos a resolver sus dudas en materia religiosa o a darles los conocimientos básicos con un lenguaje a tono con su formación intelectual. También aquí

(22) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 9.

(23) *Camino*, n. 467.

nuestro Fundador nos enseñó a conseguir buenos libros: *extendí la mano, como un pobrecito de Cristo, y pedí libros. ¡Libros!, que son alimento, para la inteligencia católica, apostólica y romana de muchos jóvenes universitarios* ²⁴.

No pocas veces, sin embargo, son lecturas escogidas sin ningún criterio o sin atender a su contenido doctrinal o moral las que, insensiblemente, conducen a muchas personas a una grave deformación de la fe. Con paternal insistencia, nuestro Fundador nos previno siempre, y de modo particular en los últimos años de su vida, sobre el peligro que supone la lectura indiscriminada de libros y revistas, o la asistencia también indiscriminada a espectáculos de televisión, cine, teatro, etc. Yo os pediría, por favor, que antes de comprar un libro —sobre todo si es de religión, de sociología, de psicología o de materias por el estilo—, preguntéis a un sacerdote de los que se sientan en el confesionario y atienden a las almas. Y si tratas a personas del Opus Dei, pregunta al Director del Centro que frecuentas, y dile concretamente de qué libro se trata, cuál es el autor. Quizá al día siguiente, o a los pocos días, recibirás una indicación clara. Te dirá si se puede o no se puede leer, porque tiene este error o aquel otro, y también te enseñará a refutar esos errores.

Si tenéis basura en vuestra casa, es porque os da la gana: hay que decidirse a quemarla ²⁵.

El Padre no deja de hacer eco a nuestro Fundador, también en este tema. Nuestro Padre comentaba: *si una persona se mete en una farmacia y piensa: qué color rojo tan bonito el de este frasco, me lo voy a tomar; y este otro de color violeta, también me lo trago...; pues, al cabo de tres o cuatro frascos de medicina ingeridos de esta manera, le viene un envenenamiento que le lleva al otro mundo. Lo mismo ocurre con las lecturas; llama la atención un libro: ¡qué título tan interesante!, ¡qué bien encuadernado está!, me lo voy a leer; y a lo mejor encierra un ataque directo contra la fe cristiana. Después se lee otra cosa, opuesta a la moral cristiana; y luego, otra publicación, donde se afirma como bueno algo pecaminoso; y otra que asegura que un error es verdad... Se termina mareado, el alma queda oscurecida, y*

(24) *Ibid.*

(25) De nuestro Padre, Dos meses de Catequesis, II, p. 798.

*esa luz (...), que está encendida en nuestras almas, deja de lucir: se pierde el sentido cristiano de la vida (...). Hay tanta gente orgullosa que considera que algunos libros son inocuos, ¡y son veneno!*²⁶.

Complicidad de las pasiones

*La herejía y la impiedad suelen ahora provenir, más que de controversias directamente teológicas, de errores propugnados por las ciencias profanas: no porque las ciencias profanas puedan por sí mismas oponerse a la verdad sobrenatural —la luz de la razón, que proviene de Dios, no puede contradecir la luz de la revelación divina—, sino porque los hombres, movidos por las mismas pasiones que en otros tiempos, tratan ahora de encontrar el fundamento del ateísmo o de la herejía especialmente en las llamadas ciencias experimentales*²⁷.

Dejando aparte los casos en que no haya más remedio que leer libros erróneos —y en estas ocasiones habrá que tomar las oportunas cautelas—, lo normal será que no haya ninguna necesidad de consultar directamente esas publicaciones: bastará leer una buena recensión u otro libro en el que se expongan y rebatan las afirmaciones erróneas que convenga conocer.

En la mayor parte de los casos, el peligro suele provenir de excesiva curiosidad intelectual, a la que se refería San Pablo cuando hablaba de ciertas personas *que no podrán sufrir la sana doctrina, sino que, teniendo una comezón extremada de oír, recurrirán a una caterva de doctores propios para satisfacer sus deseos, y cerrarán sus oídos a la verdad, y los aplicarán a las fábulas*²⁸. Detrás de esta curiosidad, no pocas veces se esconden nuestras pasiones desordenadas, camufladas con ropajes y colores diversos. *Confusionismo*, escribió nuestro Padre en Camino. —*Supe que vacilaba la rectitud de tu criterio. Y, para que me entendieras, te escribí: el diablo tiene la cara muy fea, y, como sabe tanto, no se*

(26) Del Padre, Noticias, 1977, pp. 505-506.

(27) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1951, n. 6.

(28) II Tim. IV, 3-4.

expone a que le veamos los cuernos. No va de frente.

—Por eso, ¡cuántas veces viene con disfraz de nobleza y hasta de espiritualidad!²⁹.

Tales deformaciones de la fe pueden no tener un origen puramente intelectual; con frecuencia, son las pasiones las que llevan al intelecto a equivocarse en sus juicios, con la intención de acomodar la verdad a los propios gustos, para justificar determinadas conductas torcidas. Y es que las pasiones, o la voluntad desviada, fuerzan al entendimiento, le hacen asentir precipitadamente, o eludir la consideración de ciertos aspectos que contrarían, para acogerse, en cambio, a otros que favorecen —que adornan de bondad— aquella inclinación³⁰.

Lo advertía nuestro Padre para prevenirnos: si no se es humilde, profundamente humilde, es fácil llegar a deformarse la conciencia. Quizá en nuestra vida, por debilidad, podremos obrar mal. Pero las ideas claras, la conciencia clara: lo que no podemos es hacer cosas malas y decir que son santas³¹, difuminando la fe para tranquilizar la propia conciencia o justificar una actuación personal que no se está dispuesto a rectificar.

Nuestro Fundador enseñaba de un modo gráfico el mejor modo de resolver en muchos casos esos problemas de fe: cuando algún católico me decía que no tenía fe, le he respondido: ponte de rodillas y haz una buena confesión. Le he ayudado a hacer un profundo examen de conciencia, y después se ha levantado con fe. No es que no la tuviera, no; es que llevaba una carretada de porquería encima. ¿Qué ojos de fe iba a tener así? Había que quitarle primero aquella podredumbre.

Cuando se hace una buena confesión, enseguida se acaban todas esas dudas; aunque, como los enfermos, necesiten luego esos pobrecitos una temporada de convalecencia. En muchas ocasiones es falta de vida limpia, no de fe³².

El Padre nos empuja repetidamente a ese apostolado. Lanzaos sin tregua al apostolado de la Confesión, que tan urgente es en estos tiempos de

(29) Camino, n. 384.

(30) De nuestro Padre, Carta, 24-III-1931, n. 36.

(31) *Ibid.* n. 37.

(32) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 436.

la vida del mundo y de la Iglesia. ¡Con qué fuerza lo predicaba nuestro Padre! ¡el Señor está esperando a muchos para que se den un buen baño en el Sacramento de la Penitencia! Y les tiene preparado un gran banquete, el de las bodas, el de la Eucaristía; el anillo de la alianza y de la fidelidad y de la amistad para siempre. ¡Que vayan a confesar! (...). ¡Que sea mucha la gente que se acerque al perdón de Dios! (De nuestro Padre, *Tertulia*, 6-VII-1974, en *Catequesis en América*, II, p. 214)³³.

(33) Del Padre, *Carta*, 16-I-1984.

PARA ALUMBRAR A TODOS

Trabajar bien es una fundamental exigencia humana, por la que el hombre desarrolla sus propias cualidades naturales y coopera al bien de la entera sociedad. *El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad*¹.

Para el cristiano, además, el trabajo bien hecho es materia y ocasión de su encuentro personal con Jesucristo, y medio para que todas las realidades de este mundo sean informadas por el espíritu del Evangelio. De modo especial, el espíritu del Opus Dei enseña que, para nosotros, el trabajo profesional ordinario es el principal instrumento de santificación personal y de apostolado. Dando luz nueva a unas palabras de la Escritura, Dios se lo mostró a nuestro Padre, que escribió: *y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas*².

Por eso, al hablar de Cristo —de su vida y doctrina, de su Iglesia

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 47.

(2) De nuestro Padre, 7-VIII-1931, en *Obras*, 1976, p. 400.

Santa—, al mover a sus amigos a seguir al único Maestro, el apóstol no debe olvidar que una parte esencial de su testimonio cristiano consiste en el prestigio profesional, que cada uno ha de esforzarse por adquirir y mejorar constantemente.

¿Qué apostolado, en efecto, podría hacer una persona que no realizara a conciencia su trabajo, que no cuidase la perfección humana de su tarea profesional, que no tuviera prestigio entre sus colegas? A lo más, podría atraer a los que fueran como él, pero no a los buenos trabajadores, a las cabezas claras, que precisamente por eso están en mejores condiciones para llevar a la práctica el programa de santificación de las realidades terrenas, que Dios encomienda a todos los cristianos y, de modo particular, a cuantos tratan de vivir según el espíritu del Opus Dei.

La enseñanza del Maestro

Pocos detalles ofrece el Evangelio acerca de la vida de trabajo de Jesús, pero *ese silencio sobre la biografía del Maestro es bien elocuente, y encierra lecciones de maravilla para los cristianos. Fueron años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente —como la nuestra, si queremos—, divina y humana a la vez; en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre, todo lo cumplió a la perfección*³.

En su vida pública, desde el comienzo, el Señor es conocido como *el artesano, el hijo de María*⁴. Y a la hora de los milagros, la multitud exclama entusiasmada: *¡todo lo hizo bien!*⁵, absolutamente todo: *los grandes prodigios y las cosas menudas, cotidianas, que a nadie deslumbraron, pero que Cristo realizó con la plenitud de quien es perfectus Deus, perfectus homo (Símbolo Quicumque), perfecto Dios y hombre perfecto*⁶.

(3) *Amigos de Dios*, n. 56.

(4) *Marc.* VI, 3.

(5) *Marc.* VII, 37.

(6) *Amigos de Dios*, n. 56.

El mismo Señor nos hace considerar que, sin la diligencia y constancia del buen trabajador, la vida cristiana se volatilizaría en deseos, quizá aparentemente piadosos, pero estériles y dignos de castigo, como le ocurrió al *siervo malo y perezoso*⁷, que no hizo rendir los talentos recibidos. Y, dolorido, reprocha a los hijos de la luz que muchas veces no pongan toda su industria en sacar adelante sus negocios, de la que en cambio hacen gala los hijos de las tinieblas⁸.

Tan importante es el prestigio profesional, que nuestro Padre no dudó en calificarlo como "*anzuelo de pescador de hombres*"⁹, instrumento necesario para la eficacia apostólica: *para que El reine en el mundo* —escribió—, *hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas, y, desde ellas, ejerciten calladamente —y eficazmente— un apostolado de carácter profesional*¹⁰.

Una urgencia siempre actual

"*Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum*" —venid detrás de mí, y os haré pescadores de hombres. —No sin misterio emplea el Señor estas palabras: a los hombres —como a los peces— hay que cogerlos por la cabeza.

¡Qué hondura evangélica tiene el "*apostolado de la inteligencia*"!¹¹

Siempre enseñó nuestro Padre que el trabajo ordinario es instrumento para implantar efectivamente el reinado de Cristo. Por eso hay que cuidar la formación profesional, fijándose metas para perfeccionarla día a día, incluso después de terminados los estudios o el periodo de aprendizaje propio de cualquier trabajo. De este modo, como consecuencia lógica del empeño y de la seriedad de su tarea, el discípulo de Cristo —además de cumplir su deber humano y cristiano— tendrá en-

(7) Matth. XXV, 26.

(8) Cfr. Luc. XVI, 8.

(9) Camino, n. 372.

(10) Camino, n. 347.

(11) Camino, n. 978.

tre sus colegas fama de buen trabajador o de buen estudiante, que necesita para realizar un apostolado profundo ¹².

Exigíos en vuestro trabajo, hijos míos, ha escrito el Padre. De esa exigencia depende la autenticidad de vuestro apostolado, y la autenticidad de vuestra vida entera. No lo perdáis de vista jamás, porque nuestro Fundador nos lo predicó insistentemente: a Dios no le podemos ofrecer una chapuza. No os podéis conformar con una realización rutinaria, vulgar, anodina de vuestros quehaceres. Tenéis que poner en vuestras ocupaciones —sean las que sean, que todos los trabajos humanos, excluidos los que están manchados por el pecado, tienen su belleza y su valor— empeño, afán de mejorar, iniciativa, visión de conjunto, espíritu de servicio, cuidado de los detalles, competencia profesional ¹³.

Ha de urgirnos, no la búsqueda de gloria humana, sino el deseo de poner a Cristo en la cúspide de todas las actividades humanas. Sabemos muy bien que *todas las realidades de este mundo son camino, escalones que nos permiten llegar adonde Cristo nos espera. Pero, la búsqueda exclusiva de un porvenir brillante, aunque se presentara como anzuelo de almas, constituiría un engaño pseudo-espiritual; una victoria del demonio, que lograría hacernos bajar hasta el escalón de la propia vanagloria, en lugar de ascender hasta Dios. Incluso humanamente resulta ridículo; pero, además, nosotros tenemos motivos sobrenaturales, para trabajar sólo por Dios. ¡Vale la pena! ¹⁴.*

De este trabajo bien hecho, puesto al servicio de Dios, nos hablan las obras de los primeros fieles cristianos. Y la historia de la Iglesia nos enseña, por contraste, que el abandono de esta exigencia de seriedad profesional es ocasión de que los enemigos de Dios, vacíen de ideas el cerebro, se den tono de sabios y escalen puestos que nunca debieran escalar ¹⁵.

Ciertamente el Evangelio no se ha difundido a fuerza de medios humanos, sino a impulsos de la gracia. Pero es evidente que una acción apostólica edificada sin el fundamento de las virtudes humanas, de la

(12) Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 36.

(13) Del Padre, *Carta*, 24-IX-1978, n. 45.

(14) Del Padre, *Tertulia*, 26-III-1978, en *Crónica*, 1978, 557.

(15) *Camino*, n. 35.

laboriosidad, de la valía profesional, sería hipocresía y ocasión de burla o desprecio por parte de los demás. Cuando bullen, "haciendo cabeza" de manifestaciones exteriores de religiosidad, gentes profesionalmente mal conceptuadas, de seguro que sentís ganas de decirles al oído: ¡Por favor, tengan la bondad de ser menos católicos!¹⁶.

Un deber grave

El esfuerzo para adquirir una adecuada preparación profesional, es un deber de todos los hombres, y especialmente de los que Dios llama a santificarse en medio de las actividades terrenas. *El cristiano que falta a sus obligaciones temporales* —enseña el Concilio Vaticano II—, *falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones con Dios y pone en peligro su eterna salvación*¹⁷.

Dirigiéndose a estudiantes universitarios que frecuentan los medios de formación de la Obra en todo el mundo, Juan Pablo II decía: *a vosotros os pido hoy realizar extraordinariamente vuestro trabajo ordinario: con seriedad humana, pero sobre todo con un amor que crezca de día en día, que traiga frutos de fidelidad*¹⁸.

Este deber no disminuye con el paso de los años, aunque reviste particular trascendencia en la primera etapa de la vida, cuando se adquiere la formación necesaria para el ejercicio de la profesión. Tal idoneidad se consigue a base de horas de aprendizaje —de estudio o de empeño en la tarea manual—, hecho con seriedad y con visión de futuro. Concretamente, a los que se preparan para un trabajo intelectual —y puede aplicarse a todas las demás profesiones—, nuestro Padre les invitaba a no descuidar la obtención de buenas calificaciones —índice indudable de aplicación en la tarea—, quizá con la excusa de empeñarse en otras actividades de más eficacia apostólica a primera vista. Los

(16) Camino, n. 371.

(17) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et Spes*, n. 43.

(18) Juan Pablo II, *Alocución al Congreso UNIV'83*, 29-III-1983.

*estudiantes, deben sacar buenas notas; si no, ¿cómo van a atraer a sus compañeros?*¹⁹.

El prestigio profesional se refuerza con el trabajo silencioso de cada día, cuidado hasta el detalle, hecho a conciencia y en presencia de Dios. Tiene repercusiones inmediatas en los colegas y prepara insospechados horizontes de eficacia. Por eso nuestro Padre insistía en alcanzar siempre una seria competencia en el trabajo, dentro de la capacidad e intereses personales de cada uno. *Hemos de trabajar como el mejor de los colegas. Y si puede ser, mejor que el mejor. Un hombre sin ilustración profesional no me sirve*²⁰.

Ese empeño, con sus resultados naturales valiosos, otorga al cristiano consecuente con su vocación una autoridad moral ante sus colegas y compañeros, y hace de él un instrumento idóneo para enseñar, persuadir, corregir, atraer... Le convierte, en definitiva, en un pedestal de Cristo, *en cátedra desde la cual se enseñe a los demás a santificar ese trabajo y a acomodar la vida a las exigencias de la fe cristiana*²¹. Y así, concluye nuestro Fundador, *al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea; pero no es preciso, ni necesario, que todos lo seáis. En cambio es necesario que todos (...) sean doctos, competentes en su labor profesional, con prestigio de rectitud y de ciencia o de arte entre sus colegas*²².

No habría excusas aceptables para quien no tratara de adquirir la competencia profesional que puede y debe alcanzar, con esfuerzo diario y perseverante. No lo sería, desde luego, la más o menos aparente falta de tiempo, a causa de la necesidad, por ejemplo, de ganar el dinero preciso para sostenerse, de atender a compromisos de formación espiritual... Si el Señor quiere esas circunstancias más exigentes, también ofrece con abundancia su ayuda, de manera que no queden incumplidos los deberes profesionales. Como escribió nuestro Fundador en un antiguo documento, *en igualdad de condiciones, y aun en inferioridad de condiciones de talento, de cultura, etc., el que vence la pereza de modo habitual —hoy, ahora— es el que domina siempre*²³.

(19) De nuestro Padre, en Cuadernos, 3, p. 177.

(20) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, n. 15.

(21) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940, n. 49.

(22) *Ibid.*, n. 50.

(23) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, n. 46.

Para quienes se empeñan en vivir a fondo la vocación cristiana, todo este esfuerzo ha de ser elemento esencial de su formación, materia de su examen, criterio de selección para descubrir las almas mejor dispuestas al mensaje de Cristo y a recibir la vocación a la Obra. Y afecta a todos, sea cual fuere la edad, condición o trabajo que se ejercite. *Para que la llama de la doctrina brille con eficacia, es preciso en primer lugar que te formes bien profesionalmente, que estudies para ser docto. Docto entre los de tu clase y categoría: labriego, obrero, médico, diplomático...* ²⁴.

La luz sobre el candelero

Vosotros sois la luz del mundo —decía Cristo a sus primeros seguidores y a los cristianos de todos los tiempos—. *No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte, ni se enciende la luz para colocarla debajo de un celemn, sino sobre el candelero, a fin de que alumbré a todos los de la casa* ²⁵. Gracias a la seriedad y competencia con que se debe realizar, el trabajo profesional —sea el que sea— se convierte en un candelero que ilumina a vuestros colegas y amigos ²⁶.

La caridad cristiana quema en torno suyo, alumbrando desde ese candelero que es el prestigio profesional. El amor de Dios rechaza el conformismo y la mediocridad, que en el fondo son síntomas de tibieza. Un cristiano consciente de que participa de la misión regia de Cristo para guiar a las almas, procura arrastrarlas hacia Dios con todos los medios lícitos a su alcance, incluida su propia competencia profesional. No se conforma con medianías, cuando puede aspirar a más.

¿Adocenarte? ¡Tú... del montón!? ¡Si has nacido para caudillo! Entre nosotros no caben los tibios. Humíllate y Cristo te volverá a encender con fuegos de Amor ²⁷.

(24) De nuestro Padre, Crónica XII-1964, p. 61.

(25) *Matth.* V, 14-15.

(26) *Amigos de Dios*, n. 61.

(27) *Camino*, n. 16.

El afán por mejorar y tener al día la propia cualificación profesional es signo claro de vibración apostólica, siempre que vaya acompañado de un uso efectivamente apostólico de esos talentos. Porque no basta la ciencia o el prestigio para hacer una honda labor de almas. Se precisa también, además de los medios sobrenaturales de la oración y el sacrificio, un conjunto de otras virtudes: el espíritu de servicio amable y sacrificado, la sencillez y humildad para enseñar sin darse importancia, la serenidad en medio del trabajo más intenso, que nunca debe convertirse en activismo...

El cristiano no está llamado a brillar con luz fría como una estrella lejana, que ni alumbra ni calienta, sino que ha de ser como una luz familiar y cercana. *Que los demás vean que trabajas bien y que, al mismo tiempo, eres buen compañero, alegre, servicial, que sabes comprenderlos y quererlos (...). Si tus compañeros ven que les comprendes y que, a la vez, eres un modelo al que pueden imitar, porque trabajas mejor que ellos, acudirán a ti y te abrirán el corazón, y tú podrás meter la palabra de Dios en esos corazones* ²⁸.

De este modo, comentaba el Padre en cierta ocasión, *trabajando en cada jornada por amor, santificando nuestra labor profesional, nos hacemos gratos a Dios, y a la vez seremos ejemplo —aunque no lo queramos— para todos los demás. Porque en sus hijos del Opus Dei, al concederles la vocación, el Señor ha encendido una luz potentísima, un faro que ilumina y da calor. Hijos míos, es el fuego del Espíritu Santo, que nos arrastra, que nos zarandea, que nos lleva de un lado para otro con el ansia de difundir el amor de Dios* ²⁹.

El Espíritu Santo, a quien los cristianos han de invocar siempre en su actividad profesional y en su apostolado, nos hará trabajar —como escribió en una ocasión nuestro Padre— *con sabiduría de artista, con felicidad de poeta, con seguridad de maestro y con un pudor más persuasivo que la elocuencia, buscando (...) el bien de toda la humanidad* ³⁰.

(28) Del Padre, Tertulia, 10-XII-1982, en Crónica, 1982, p. 1535.

(29) Del Padre, Tertulia, 17-VI-1976, en Crónica, 1976, p. 939.

(30) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 4.

SIN MIEDO AL AMBIENTE

*Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas*¹. Las palabras del Señor son bien claras: de la tarea que habrán de realizar sus discípulos no excluye a ningún pueblo o civilización, a persona alguna. Los que otras veces se mostraron cobardes y faltos de ánimo, reciben ahora esa misión universal. Cristo mismo les ofrece la garantía de su asistencia perpetua: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo*².

En cada época concreta de la historia de la salvación, los cristianos son depositarios de ese mandato. Les toca llevarlo a término, en unas circunstancias determinadas. Cuentan con los mismos medios que los primeros seguidores de Jesucristo, con la misma seguridad de que la labor apostólica será eficaz en *todo el mundo*, entre *todas las criaturas*.

Contra corriente

La humanidad alardea de sus recientes conquistas en el campo científico y técnico, pero sufre también las consecuencias de un orden tem-

(1) Marc. XVI, 15.

(2) Matth. XXVIII, 18.

poral que algunos han querido organizar prescindiendo de Dios. Por esto, el progreso espiritual del hombre contemporáneo no ha seguido los pasos del progreso material. De aquí surgen la indiferencia por los bienes inmortales, el afán desordenado de los placeres de la tierra, que el progreso técnico pone con tanta facilidad al alcance de todos, y, por último, un hecho completamente nuevo y desconcertante, cual es la existencia de un ateísmo militante, que ha invadido ya a muchos pueblos³.

En los últimos años, esta situación no ha hecho sino agravarse: mientras parece consolidarse en diversas naciones, en otras avanza rápidamente. Se intenta borrar de la conciencia de los hombres el fin trascendente al que son llamados. El resultado es el olvido de Dios.

Hace mucho tiempo nos lo hacía considerar nuestro Padre, con frase gráfica, para impulsarnos a trabajar por Cristo sin un momento de descanso. *Contemplad en el mundo* —nos decía— *esa mancha roja del marxismo, que se extiende rápida, que lo arrastra todo, que quiere destruir en el hombre hasta el más elemental sentido sobrenatural. Donde no está esa mancha, hace todos los días un avance otra ola muy grande de sensualidad, de —perdonadme— de imbecilidad, porque los hombres tienden a vivir como bestias.*

Y aún se ve otro color —una ola negra— que avanza y avanza, especialmente en los países latinos, de una manera más hipócrita en otras naciones: es el ambiente anticlerical, el anticlericalismo malo, que quiere relegar a Dios y a la Iglesia al fondo de la conciencia. Aunque no es eso. Vamos a decirlo de otra manera más clara: quiere como encerrar a Dios y a la Iglesia dentro de los límites de la vida privada, sin que el hecho de tener la fe y la moral del cristiano se manifieste en la vida pública. No exagero: estos tres peligros son constantes, evidentes, agresivos⁴.

Los líderes de estos movimientos presentan sus objetivos como una conquista del hombre, que habiendo llegado a la edad adulta de su historia, consigue liberarse de los lazos que en otras épocas le aprisionaban. Y al son de esa conquista, le despojan de las cualidades más valiosas de la naturaleza humana, que ha sido hecha a imagen y semejanza

(3) Juan XXIII, Const. apost. *Humanae salutis*, 25-XII-1961.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 32.

de Dios⁵, para después, una vez deshumanizado, tratarlo como a una criatura de orden inferior. *Atravesamos —nos advierte el Padre— unos momentos históricos con un programa social deteriorado por violencias y desenfrenados egoísmos —tanto individuales como colectivos—, que sofocan la paz y la serenidad de las personas y de las familias. Muchos son los que se encuentran como inermes ante la presión de intereses, pasiones e ideologías que forman un gran estruendo de confusión, como un eco del non serviam! de Satanás, que retumba sin cesar. No faltan quienes trabajan en la sombra, tratando de arrinconar los valores cristianos, como si fueran entequeias superadas de épocas pasadas⁶.*

Las hambres de trascendencia del hombre se pretenden ahogar con las cosas materiales; se estudia el modo de corromper la inteligencia; se fuerza la voluntad, estimulando las pasiones con una propaganda agresiva; la huida, incluso el desprecio de Dios, es favorecida como una liberación. Si San Pablo hubiese de juzgar los ambientes sociales y profesionales, en los que nosotros hemos de secundar las exigencias de nuestra vocación, seguramente lo haría con un acento no menos severo del que, inspirado por el Espíritu Santo, utilizó para poner en guardia a los primeros cristianos ante las miserias morales de la sociedad pagana de su tiempo⁷. Como no quisieron reconocer a Dios —se lee en la Epístola a los Romanos—, Dios los entregó a un réprobo sentido, de suerte que han hecho acciones indignas del hombre, quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad; llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes a sus padres, irracionales, desgarrados, desamorados, desleales, sin misericordia⁸.

Estas palabras no son sólo aplicables a tiempos de barbarie. En estos momentos, el Señor nos urge a reparar mucho porque, desgraciadamente, la humanidad se está alejando de El a pasos de gigante. Hoy, en el mundo, o se le desconoce, o se le persigue. ¿Cuál es la consecuencia? Está a

(5) Cfr. Genes. I, 26.

(6) Del Padre, Carta, 9-I-1980, n. 14.

(7) Del Padre, Carta, 16-VI-1978.

(8) Rom. I, 28-31.

la vista en todos los países: violencia, pornografía descarada, atentados a la vida inocente... La gente se asombra y se pregunta: ¿cómo hemos llegado a tanto? Y la respuesta aparece muy clara: ¿cómo no van a suceder esas aberraciones, si se abandona a Dios, que es el fundamento de todo el orden moral, el que nos mantiene en el camino justo?⁹.

Colma la colección de desventuras que acecha esta época el mal ejemplo ante el mundo de numerosos cristianos que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión¹⁰.

Imitando a Jesucristo

No era tampoco halagüeño el panorama del mundo que aparecía ante los primeros discípulos de Jesucristo. Sin embargo, la palabra de Dios fructificó abundantemente en muchos corazones, pues el sembrador y el que hacía crecer la semilla de la fe en las almas —entonces como ahora— es Dios¹¹.

No se retrajeron los primeros cristianos por el ambiente adverso. Confiados en que *no se ha empequeñecido la mano de Dios*¹², se lanzaron con optimismo sobrenatural a cristianizar ese mundo. También nosotros hemos de seguir *en medio de este mar de aguas turbias; en medio de esos ríos que pasan por las grandes ciudades y por los villorrios, y que no tienen en sus aguas la virtud de fortalecer el cuerpo, de apagar la sed, porque envenenan. Hijos míos, en medio de la calle, en medio del mundo hemos de estar siempre, tratando de crear a nuestro alrededor un remanso de aguas limpias, para que vengan otros peces, y entre todos vayamos ampliando el remanso, purificando el río, devolviendo su calidad a las aguas del mar*¹³.

(9) Del Padre, Tertulia, 7-V-1978, en Obras, 1978, pp. 272-274.

(10) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 19.

(11) Cfr. I Cor. III, 6.

(12) Isai. LIX, 1.

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 277.

A todos los cristianos compete esta tarea, y especialmente a quienes —por una gracia particularísima de Dios— viven como a la sombra del espíritu de la Obra. Nadie puede inhibirse. *Todos los hombres son llamados a la vida eterna. Son llamados a la salvación*, exclama Juan Pablo II. *¿Tenéis conciencia de esto? ¿Tenéis conciencia (...) de que todos los hombres están llamados a vivir con Dios, y que, sin El, pierden la clave del "misterio" de sí mismos?*

Esta llamada a la salvación nos la trae Cristo. El tiene para el hombre "palabras de vida eterna" (Ioann. VI, 68); y se dirige al hombre tal como es, situado en circunstancias muy variadas: se dirige al hombre concreto que vive en la tierra. Se dirige particularmente al hombre que sufre, en el cuerpo o en el alma. El viene (...) "para consolar a los tristes..., y dar en vez de ceniza una corona, el óleo del gozo en vez del luto, alabanza en vez de espíritu abatido" (Isai. LXI, 2-3)¹⁴.

Ante nuestros ojos se presenta el ejemplo del Señor. Durante su vida terrena no rehuyó a los pecadores. Iba en su busca, se acercaba a ellos aprovechando cualquier ocasión, sin temor a levantar sospechas entre los que se consideraban como justos. Al ver que el Señor comía con publicanos y pecadores —narra el Evangelio—, los escribas y fariseos decían a sus discípulos: *¿cómo es que vuestro Maestro come y bebe con publicanos y pecadores?*¹⁵.

Y comentaba nuestro Padre: *¿te das cuenta? Los enemigos de Cristo le echan en cara que sea amigo de los pecadores. ¡Claro! ¡Y tú también! Si no, ¿cómo los vamos a convertir?, ¿cómo los vamos a acercar al Médico divino?*¹⁶.

Y es que, por muy cerrada que esté un alma a los requerimientos divinos, siempre queda un resquicio por donde puede entrar la gracia de Dios, e iluminarlo todo, y limpiar, y purificar. En muchos corazones, aparentemente insensibles, late —aunque de modo informe— el don de la fe; en cualquier caso, nada de este mundo es capaz de sofocar completamente la tendencia del hombre hacia su Creador; nada puede acallar la voz de la naturaleza.

(14) Juan Pablo II, Homilía en Lisboa, 14-V-1982.

(15) Marc. II, 16.

(16) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 1024.

Contemplamos una vez más a Jesucristo. Está junto al lago de Genesaret y las gentes se agolpan a su alrededor, ansiosas de escuchar la palabra de Dios (Luc. V, 1). ¡Como hoy! ¿No lo veis? Están deseando oír el mensaje de Dios, aunque externamente lo disimulen. Quizá algunos han olvidado la doctrina de Cristo; otros —sin culpa de su parte— no la aprendieron nunca, y piensan en la religión como en algo extraño. Pero, convenceos de una realidad siempre actual: llega siempre un momento en el que el alma no puede más, no le bastan las explicaciones habituales, no le satisfacen las mentiras de los falsos profetas. Y, aunque no lo admitan entonces, esas personas sienten hambre de saciar su inquietud con la enseñanza del Señor ¹⁷.

Es tarea del cristiano facilitar a los demás el encuentro con Cristo, yendo a buscarles, para que se acerquen a El y así aumenten o recobren la vida sobrenatural. Para eso se ha de valer de los lazos normales que se establecen con la amistad. *Vamos a hacernos amigos entre todos nuestros compañeros de trabajo, entre todos los que viven en nuestro ambiente, aunque estén lejos de Dios; incluso os puedo decir que a éstos nos debemos acercar más, porque nos necesitan más. Nos necesitan, primero, los cristianos flojos, los que no viven de acuerdo con la fe que profesan; vamos a acercarnos a ellos con toda nuestra caridad y con toda nuestra comprensión, ofreciéndoles una amistad sincera, auténtica, humana y sobrenatural* ¹⁸.

Sólo una cautela ha de tener el cristiano en el apostolado; una preocupación que deriva del sentido común y del sentido sobrenatural: la de procurar que su vida interior no se apague ni se enfríe al contacto con las miserias ajenas. Hemos de purificar los gérmenes de infección, pero yendo prevenidos para no correr el peligro de contagio. Esos amigos nuestros, ¿hasta qué punto les podemos tratar? El Señor nos lo dice en la parábola de las vírgenes fatuas y las vírgenes prudentes: mientras no nos hagan daño. Mientras no nos quedemos nosotros a oscuras, les podremos dar de nuestra luz.

No tengas miedo al mundo paganizado, porque el Señor nos busca

(17) *Amigos de Dios*, n. 260.

(18) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 75.

justamente para que seamos levadura, sal y luz en medio de este mundo. No te preocupes, que el mundo no te hará daño, a no ser que a ti te dé la gana. Ningún enemigo de nuestra alma puede nada, si nosotros no queremos consentir. Y no consentiremos, con la gracia de Dios y la protección de Nuestra Madre del Cielo ¹⁹.

Con estas precauciones, nuestro Fundador marcaba como un límite en el trato apostólico con las personas que nos rodean: vamos *hasta las mismas puertas del infierno, para salvar a un alma. Más allá no, porque no se puede amar a Cristo* ²⁰.

Es tiempo de lucha

En esta *guerra de amor y de paz*, hay otro peligro que se ha de evitar: la pasividad, fruto de la indiferencia ante una situación que tantos estragos acarrea a las almas, o el desánimo por el pensamiento de que no se puede hacer nada. Si se diera el caso, deberíamos meditar que somos soldados de Jesucristo. Es cierto que, con nuestras propias fuerzas, poco podemos hacer; pero contamos con un arma de eficacia excepcional: la gracia de Dios. Sólo se nos pide entrar valerosamente, decididamente, en batalla. Porque *el clima de desintegración intelectual, moral y religiosa que pretende afirmarse en el mundo, y dentro de tantas personas, con estructuras de resistencia cada vez más tajante y más radical a la gracia, hemos de interpretarlo como una llamada, un desafío urgente a nuestra responsabilidad de seguidores de Jesucristo. Esta situación, por desgracia muy generalizada, está reclamando a voces que los cristianos nos tomemos a Cristo en serio, al pie de la letra, sin concesiones que desvirtúen la transparencia de la vida y del mensaje del Redentor. No podemos echar agua al vino.*

Nuestro paso por la tierra, que ha de ser un paso a lo divino (...), se convierte en tiempo de lucha sin tregua, en tiempo de pelea santa, corredentora, encomendada al linaje de Dios, a las hijas y a los hijos de Santa Ma-

(19) De nuestro Padre, Tertulia, 24-V-1974, en Catequesis en América, I, pp. 38-39.

(20) De nuestro Padre, Obras IV-56, p. 7.

*ría, para que desbaratemos sin contemplaciones los planes que incansablemente promueve el diablo, empeñado en devorar la vida de Cristo en nosotros*²¹.

El Padre nos previene ante la tentación que podría insinuarse al contemplar el amplio frente que hemos de cubrir. *En algunos sitios, las personas que no están decididas a portarse como apóstoles, de verdad, se excusan diciendo que en su tierra el ambiente es muy difícil: un ambiente de superficialidad, de pereza, de pornografía, de herejía... Nuestro Padre contestaba siempre que esa postura denotaba cobardía, comodidad, y que, además, encerraba una falsía y una injuria a Dios Nuestro Señor, porque El es mucho más generoso que nosotros. Si El nos pide que trabajemos en una parte de esta tierra, aparentemente llena de abrojos, o de piedras, no nos manda cavar o preparar la siembra con las manos; nos proporciona los instrumentos necesarios. En una palabra, nos concede su gracia. Por lo tanto, aunque el ambiente parezca difícil, nosotros llevaremos nuestro ambiente de hijos de Dios a todas las partes del mundo*²².

Esperan las almas, como la tierra ansía las lluvias que hacen posible la cosecha. Nadie nos ha de resultar indiferente, ningún problema de los hombres nos debe ser ajeno. Atraídos por el *bonus odor Christi*²³ que el Señor quiere poner en nosotros, nuestros amigos se sentirán impulsados a enderezar el rumbo hacia Dios.

Hijos míos, meteos por todos los rincones. Donde una persona honrada puede vivir, ahí encontraremos aire para respirar. Ahí debemos estar con nuestra alegría, con nuestra paz interior, con nuestro afán de llevar las almas a Cristo.

*¿En qué sitios? ¿Donde están los intelectuales? Donde están los intelectuales. ¿Donde están los que trabajan en cosas manuales? Donde están los que trabajan en cosas manuales (...). Vosotros, cuando trabajáis y ayudáis a vuestro amigo, a vuestro colega, a vuestro vecino de modo que no lo note, le estáis curando; sois Cristo que sana, sois Cristo que convive sin hacer ascos, con quienes necesitan la salud*²⁴.

(21) Del Padre, Carta, 9-I-1980, n. 5.

(22) Del Padre, Tertulia, 8-IV-1977, en Crónica, 1977, pp. 624-626.

(23) II Cor. II, 15.

(24) De nuestro Padre, Tertulia, 23-VI-1974, en Catequesis en América, I, pp. 660-661.

Y volverán a reproducirse los relatos maravillosos de la Sagrada Escritura, porque el Señor nos hará instrumentos capaces de obrar milagros y, si fuera preciso, de los más extraordinarios. Daremos luz a los ciegos. ¿Quién no podría contar mil casos de cómo un ciego casi de nacimiento recobra la vista, recibe todo el esplendor de la luz de Cristo? Y otro era sordo, y otro mudo, que no podían escuchar o articular una palabra como hijos de Dios... Y se han purificado sus sentidos, y escuchan y se expresan ya como hombres, no como bestias. In nomine. Iesu! (Act. III, 6), en el nombre de Jesús sus Apóstoles dan la facultad de moverse a aquel lisiado, incapaz de una acción útil; y aquel otro poltrón, que conocía sus obligaciones pero no las cumplía... En el nombre del Señor, surge et ambula! (Act. III, 6), levántate y anda.

El otro, difunto, podrido, que olta a cadáver, ha percibido la voz de Dios, como en el milagro del hijo de la viuda de Naim: muchacho, yo te lo mando, levántate (Luc. VII, 14). Milagros como Cristo, milagros como los primeros Apóstoles haremos. Quizá en ti mismo, en mí se han operado esos prodigios: quizá éramos ciegos, o sordos, o lisiados, o hedíamos a muerto, y la palabra del Señor nos ha levantado de nuestra postración. Si amamos a Cristo, si lo seguimos sinceramente, si no nos buscamos a nosotros mismos sino sólo a El, en su nombre podremos transmitir a otros, gratis, lo que gratis se nos ha concedido ²⁵.

(25) Amigos de Dios, n. 262.

A TRAVES DE LA AMISTAD

Todos los dones sobrenaturales que el Señor entrega al hombre, se edifican sobre la naturaleza; inciden en la condición humana, y la respetan al mismo tiempo que la sanan y la elevan. Creemos con el mismo entendimiento con el que formamos las ideas y conceptos, iluminado por la fe; amamos con el mismo corazón por el que nos inclinamos hacia tantos bienes, potenciado por la caridad teologal. *El corazón de un cristiano —decía nuestro Fundador—, cuando ama se agranda; se llena de amor sobrenatural y también de amor humano: porque, si no es humano, tampoco puede ser sobrenatural*¹.

El apostolado consiste en acercar a los hombres a Cristo. Su fin es sobrenatural. Pero —según la enseñanza de nuestro Padre— se engarza con un elemento humano que Jesucristo no quiere que falte: la amistad. *El Señor quiere servirse de nosotros —de nuestro trato con los hombres, de esta capacidad nuestra, que nos ha dado El, de querer y de hacernos querer—, para seguir haciéndose El amigos en la tierra; como se sirvió de Juan el Bautista para encontrar al otro Juan, el que iba a ser el amigo predilecto*².

(1) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 99.

(2) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 75.

Los amigos de Jesús

La vida de Jesucristo está llena de ejemplos de amistad sincera. Jesús era amigo de sus discípulos, que tenían muy fuertemente grabado este convencimiento. Cuando no entendían algo, se acercaban a El con confianza: *explícanos la parábola* ³, le piden en una ocasión. Y el Señor les toma aparte para desvelarles el contenido de sus enseñanzas. Participaban de sus alegrías y de sus preocupaciones; y recibían aliento y ánimo cuando lo necesitaban. Jesús cuidaba de ellos con solicitud de amigos, también de su descanso físico: *venid a retiraros conmigo a un lugar solitario* —les dice en una ocasión—, *y reposaréis un poquito* ⁴. Y cuando Jesucristo, Señor Nuestro —son palabras de nuestro Padre—, quiso manifestar su cariño a los Apóstoles, les anunció: vos autem dixi amicos (Ioann. XV, 15): *sois ya mis amigos. Les llama amigos, que es la palabra de más cariño que puede decir una criatura cuando trata a otra* ⁵.

A Jesús le gustaba conversar con las personas que acudían a El o con las que se encontraba en el camino. Aprovechaba ese diálogo para llegar al fondo del alma y llenarla de su amor. Nos lo muestra el Evangelio en muchos episodios. En cierta ocasión, Nicodemo se acerca a Jesús de noche, en confidencia: Maestro —dice aquel hombre, varón principal entre los judíos—, sabemos que has venido de Dios para enseñarnos; porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si no tiene a Dios consigo (Ioann. III, 2). Jesús le responde, hijos míos, con una frase que aparentemente no tiene nada que ver con lo que dijo Nicodemo, pero que atrae su atención y le capta; provoca el diálogo de su interlocutor: pues en verdad, en verdad te digo que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios (Ioann. III, 3).

Así empezó la conversación, que ya sabéis; conocéis igualmente el resultado: a la hora del fracaso de la cruz, allí estará Nicodemo, para pedir valientemente a Pilatos el Cuerpo del Señor.

(3) Matth. XIII, 36.

(4) Marc. VI, 31.

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 4-XI-1972, en Dos meses de catequesis, I, p. 334.

Pero ¿y la Samaritana? ¿Acaso Jesucristo no hace igual, comenzando a hablar con ella, tomando la iniciativa, a pesar de que non enim coutuntur Iudaei Samaritanis (Ioann. IV, 9), a pesar de que no había trato entre judíos y samaritanos? Jesús habla de lo que sabe que interesa a aquella mujer, del agua que todos los días ha de ir a buscar fatigosamente al pozo de Jacob, de un agua viva, tan portentosa que qui autem biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum (Ioann. IV, 13), que el que la bebiere nunca jamás tendrá sed.

Los frutos del diálogo de Cristo aparecen también en el Evangelio: la conversión de aquella pecadora, la transformación de su alma, que se hace alma apostólica⁶.

La amistad brota del Corazón Sacratísimo de Jesucristo de modo espontáneo, en cada circunstancia de su vida, con todas las personas que tiene ocasión de tratar. Y como fruto se opera el acercamiento a Dios. Por eso, quien no vea la eficacia apostólica y sobrenatural de la amistad, se ha olvidado de Jesucristo: ya no os llamo siervos, sino amigos (Ioann. XV, 15). Y de la amistad con sus apóstoles, con sus discípulos, con la familia de Betania: con Marta, María y Lázaro. Y de aquellas escenas que nos cuenta San Juan, antes de la resurrección de Lázaro, aquel et lacrimatus est Iesus: olvida las palabras llenas de confianza de las dos hermanas cuando quieren comunicar a Jesucristo la enfermedad de Lázaro, y le envían este mensaje: Señor, mira que aquél a quien amas está enfermo (Ioann. XI, 3)⁷.

Los pasos de la amistad

Un amigo fiel es poderoso protector; el que lo encuentra halla un tesoro. Nada vale tanto como un amigo fiel; su precio es incalculable⁸.

Estas palabras divinamente inspiradas nos dan la medida del valor de la amistad. Al mismo tiempo, indican que hay que seguir unos pasos

(6) De nuestro Padre, Carta, 16-VII-1933, n. 18.

(7) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 33.

(8) Eccli. VI, 14-17.

determinados; es necesaria una *búsqueda*, para conseguirla. Tenemos el ejemplo del Señor, que *nos llama amigos y El fue quien dio el primer paso; nos amó primero. Sin embargo, no impone su cariño: lo ofrece* ⁹.

La amistad comienza con un encuentro personal, que comporta un cierto conocimiento aunque sea superficial. El que busca la amistad de otro, ya tiene en su corazón alguno de los sentimientos que caracterizan esta relación; por eso hace un ofrecimiento. Pero todavía no se puede decir que haya una verdadera amistad. Faltan algunos de sus componentes esenciales. La amistad —explica el Padre— *no es decir: yo conozco a fulano, que estudia en mi Facultad o que trabaja conmigo. No, eso es ser compañeros. Tampoco significa que haya amistad cuando uno dice: yo conozco a mengano, y le invito a un retiro, a un curso de lo que sea... No, eso es ser conocidos. Ser amigos es mucho más* ¹⁰.

La amistad se edifica con el trato, un trato asiduo, aprovechando las relaciones, gustos, aficiones, circunstancias de estudio y de trabajo, etc., que son comunes. *Se comienza hablando de los hijos o de la mujer, del trabajo o de un recuerdo de la juventud —todavía más joven que la actual—, y se acaba donde tú quieras... con la gracia de Dios. Y si no, insiste* ¹¹.

Hay que insistir porque, a veces, las personas carecen de la experiencia de la amistad, y quizá tiendan a conformarse con lo que sería sólo un conocimiento y un trato superficiales. En otras ocasiones, a esta ignorancia se une el egoísmo: no se quiere salir del círculo del propio yo, donde la pobreza de ideales y de afectos se busca compensar con la comodidad, con la inercia, con el aburguesamiento. No se les debe dejar por eso. Hay que seguir esta indicación del Padre: *si uno manifiesta noblemente sus sentimientos y es leal, si sabe sacrificarse por los otros, al fin ocurre lo que escribía San Juan de la Cruz: donde no hay amor, pon amor, y sacarás amor. También podría decirse: donde no hay amistad, pon los sentimientos nobles de la amistad y sacarás amistad* ¹².

Hay que dar amistad, aunque no hubiera intercambio en un primer

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 93.

(10) Del Padre, Tertulia, 10-IX-1979, en *Crónica*, 1979, p. 1013.

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 1-VII-1974, en *Catequesis en América*, II, p. 71.

(12) Del Padre, Tertulia, 11-IX-1979, en *Crónica*, 1979, p. 1014.

momento; sin desánimos, alejando la tentación de quedarse en ese nivel de superficie que no llega a penetrar el corazón. La iniciativa en este caso es siempre de quien mira a un fin apostólico; ya llegará el momento en que el otro comience a corresponder. *Abre tu corazón al amigo para que te sea fiel y te comuniqué la alegría de la vida (...). Respétale como a otro yo, y no tengas miedo a ganártelo con tus favores, porque la amistad no admite la soberbia (...). No le abandones en el momento de la necesidad, no le olvides, no le niegues tu afecto (...). Ayudémosle con nuestros consejos, unamos nuestros esfuerzos a los suyos, participemos de sus aflicciones* ¹³.

Es preciso ser constante en esta tarea: hasta que ceda su corazón.

Características de la amistad

No todo amor tiene razón de amistad, sino el amor que entraña benevolencia, es decir, cuando de tal manera amamos a alguien, que para él queremos el bien ¹⁴. La amistad es, pues, desinteresada, pues más consiste en dar que en recibir; no busca el provecho propio, sino exclusivamente el bien del amigo. Se entiende, por tanto, que no pueda hablarse de amistad cuando la razón de la unión de afectos e intenciones es el mal. *La amistad debe llevar a actuaciones leales en la vida, porque el amigo no puede ni debe ser un cómplice. Se es cómplice para cometer delitos, para hacer cosas vergonzosas* ¹⁵.

Además es necesaria una segunda condición: *que el amor sea mutuo, pues el amigo es amigo para el amigo* ¹⁶; es decir, tiene que haber correspondencia. Se debe crear un intercambio de bienes que salte los límites de la propia personalidad: si no, esa relación podría ser caldo de cultivo del egoísmo, de la propia complacencia, e incluso de la sensualidad. La amistad *implica depender unos de otros, sacrificio de unos*

(13) San Ambrosio, *De officiis ministrorum* III, 22, 128.

(14) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 23, a. 1.

(15) De nuestro Padre, *Tertulia*, 4-XI-1972, en *Dos meses de catequesis*, I, p. 334.

(16) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 23, a. 1.

por otros, *apertura de alma*¹⁷: aleja las acciones y pensamientos demasiado centrados en uno mismo.

Por último, la amistad humana *ha de ser verdadera y hasta la última consecuencia, que es la comunicación de los sentimientos*¹⁸. Esa comunicación es al mismo tiempo causa y fruto de la amistad, y tiende a aumentar, sin límites: hasta *sentir al amigo como otro yo, por lo que dice San Agustín: "Bien dijo de su amigo el que le llamó la mitad de su alma"* (Confess. IV, 6, 11)¹⁹.

Se comparten entonces con confianza y naturalidad las alegrías y las penas. No queda espacio para el egoísmo, porque *lo propio de la amistad es darse, salir de la torre de marfil en la que cada uno tiende a refugiarse*²⁰.

Es lógico que esa amistad tienda a establecerse con quienes están próximos por motivos de trabajo, de aficiones, de carácter; ya que *donde principalmente se realiza esa comunicación es en la convivencia. De aquí que el convivir sea propio de la amistad*²¹. La convivencia —que es vivir con los demás— acrisola la amistad: el amigo convive con el amigo, le busca. Le conoce bien, y le quiere; y porque desea para él lo mejor, no le alejan sus defectos y otras circunstancias que le rodean. Le comprende y, al mismo tiempo, le da ejemplo y le ayuda. La amistad pide, en definitiva, dar al amigo lo mejor de uno mismo. Los dos se trascienden; los dos se enriquecen; los dos se aceptan como son: no encuentra tropiezos la confianza sincera.

Ciertamente —escribe San Ambrosio— *consuela mucho en esta vida tener un amigo a quien abrir el corazón, desvelar los propios secretos y manifestar las penas del alma; alivia mucho poseer un hombre fiel que se alegre contigo en la prosperidad, comparta tu dolor en la adversidad y te sostenga en los momentos difíciles. ¡Qué hermosa es la amistad de los tres muchachos hebreos! Ni siquiera la llama del horno fue capaz de*

(17) Del Padre, Tertulia, 11-IX-1979, en Crónica, 1979, p. 1014.

(18) *Ibid.*

(19) Santo Tomás, S. Th. I-II, q. 28, a. 1.

(20) Del Padre, Tertulia, 10-IX-1979, en Crónica, 1979, p. 1013.

(21) Santo Tomás, *In ethica Aristoteles ad Nicomacum expositio* 9, 14.

separar sus corazones. Bien a propósito escribió el santo David: "Saúl y Jonatán, hermosos y queridísimos, inseparables durante la vida, tampoco se separaron en la muerte" (II Sam. I, 23)²².

La amistad, como todas las realidades humanas buenas y nobles en sí mismas, puede y debe sobrenaturalizarse. Para el cristiano no cabe sólo una amistad simplemente humana; si no fuera también cristiana acabaría desnaturalizándose, falseándose. *No hay amistad verdadera —afirma San Agustín— sino entre aquéllos a quienes Tú, Señor, aglutinas entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo²³.* Con ese fundamento, cobra un valor y un alcance insospechados.

Además, aunque la amistad tiende a ser constante y perseverante en sus afectos —*no cambiemos de amigos como hacen los niños, que se dejan llevar por la ola fácil de los sentimientos²⁴*—, para que sea inmovible ha de fundarse en Jesucristo. Si alguna vez se deshiciera, sería señal de que esa amistad no dio con la raíz sobrenatural. *De ser así, nada terreno, nada material hubiera podido destruir lo espiritual. El amor que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable e indestructible. Nada, ni las calumnias, ni los peligros, ni la muerte, ni cosa semejante, será capaz de arrancarlo del alma. El que así ama, aun cuando tenga que sufrir cuanto se quiera, no dejará nunca de amar si mira al motivo por el que ama. El que ama por ser amado, terminará con su amor apenas sufra algo desagradable; mas el que se liga con la caridad de Cristo, jamás se apartará de esa caridad²⁵.*

Por eso habrá que buscar ese cimiento fuerte, el amor a Cristo y de Cristo, que se dará con la ayuda de la gracia y por medio de la comunicación de vida que se ha establecido con el amigo. Nace entonces, de una manera natural, el apostolado. *Obraréis así, hijas e hijos míos —nos escribía nuestro Padre—, no ciertamente para usar la amistad como táctica de penetración social: eso haría perder a la amistad el valor in-*

(22) San Ambrosio, *De officiis ministrorum* III, 22, 131.

(23) San Agustín, *Confessiones* IV, 4, 7.

(24) San Ambrosio, *De officiis ministrorum* III, 22, 127.

(25) San Juan Crisóstomo, *In Matthaicum homiliae* 60, 3.

trínseco que tiene; sino como una exigencia —la primera, la más inmediata— de la fraternidad humana, que los cristianos tenemos obligación de fomentar entre los hombres, por diversos que sean unos de otros.

Y al mismo tiempo, por amor a Dios: porque la amistad facilita la confianza; y hace así posible el apostolado de la doctrina, el acercamiento al Señor de esas almas, de esos amigos cuyo bien deseamos ²⁶.

(26) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 54.

CON EL EJEMPLO Y CON LA PALABRA

Entre la multitud que rodeaba a Juan el Bautista, un grupo de personas le seguían más de cerca. Eran sus discípulos: los que le acompañaban asiduamente, los que escuchaban sus confidencias.

Un día, estando con Juan y Andrés, viendo a Jesús que pasaba, dijo: *he aquí el Cordero de Dios*¹. Ellos, al oírle hablar así, se fueron en pos de Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: *¿Qué buscáis? Respondieron ellos: Rabbi (que quiere decir Maestro), ¿dónde habitas? Dícele: venid y lo veréis*².

Juan y Andrés cimentaron en un solo día su amistad con el divino Maestro. Enseguida comenzaron a actuar como el Bautista había hecho con ellos: empezaron a hacer apostolado. Andrés habló de Jesús a su hermano Pedro³; Juan, probablemente, haría lo mismo con su hermano Santiago; Felipe encontró a Natanael y se lo presentó a Jesús⁴. Y El les llamó en su seguimiento.

Jesús pasa también ahora junto a cada hombre por los caminos de la tierra. Utilizando como instrumentos a los que acogen su palabra, se aproxima a otros para hacerles descubrir la grandeza de la vocación cristiana.

(1) *Ioann. I, 35-36.*

(2) *Ioann. I, 37-39.*

(3) *Cfr. Ioann. I, 41-42.*

(4) *Cfr. Ioann. I, 45 ss.*

Primero, el buen ejemplo

El apostolado se hace primero con la conducta —respondió nuestro Padre a la pregunta de alguien en una tertulia—; *¿os acordáis de Jesús?: coepit facere et docere. Primero el ejemplo, que tienes obligación de darle de modo sonriente, agradable; luego la doctrina, oportunamente (...). Lo que no se puede hacer —porque sería ridículo y no es propio de personas que viven, como tú, en medio del mundo— es el papel del misionero. Eres más misionero de esta forma: con tu cariño, con tu sonrisa, con tu ejemplo, con tu alegría, con tu buen humor, rezando por los amigos y divirtiéndote también noblemente con ellos* ⁵.

Nuestro Padre no se cansaba de insistir en la importancia del buen ejemplo: tanto porque afianza la amistad y como consecuencia facilita el que nuestras palabras sean bien recibidas, cuanto porque con frecuencia es ya un medio del que el Señor se sirve para remover a las almas. *Me gustará mucho* —decía en una tertulia con muchachos jóvenes— *que seas deportista, que tengas ganas de jugar, que cuentes chistes con gracia; chistes que se puedan oír... Y que perdones a esos amigos que no saben ser amigos; que son desleales, egoístas; que se cierran como una ostra. Tú no les imites. Dales ejemplo de lo contrario, y verás cómo haces buen apostolado* ⁶.

Con el ejemplo, lleno de naturalidad, no se intentó dar un testimonio de nosotros mismos —sería entonces una labor exclusivamente humana y, por tanto, vana desde el punto de vista sobrenatural—, sino dar testimonio del Señor. La enseñanza es de San Pablo: *sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo* ⁷.

Es el *buen olor de Cristo* ⁸ lo que atrae y mueve hacia la reflexión a nuestros amigos. Hemos de actuar con ese convencimiento. *Cristo nos ha dejado aquí abajo* —explicaba San Juan Crisóstomo— *para que di-*

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 27-III-1969, en Crónica, 1969, p. 437.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 8-IV-1974, en Crónica, 1974, pp. 468-469.

(7) I Cor. IV, 16.

(8) II Cor. II, 15.

fundamos su luz, para que fuéramos maestros de los otros, un verdadero fermento (...), para ser semilla y dar abundante fruto (...). No habría ya paganos si nos comportásemos como verdaderos cristianos (...), pues no hay pagano tan contrario a la religión que no la abrazara si todos nos comportásemos de ese modo. Si San Pablo, que era uno solo, atrajo a tantos a Cristo, ¿a cuántos no atraeremos nosotros, que somos muchos? ⁹.

Con el buen ejemplo se muestra de alguna manera la estructura del edificio espiritual que se va levantando en el amigo, con las palabras oportunas, secundando los requerimientos de la gracia. Porque, ¿cómo le atraerá un ideal —el de empeñarse seriamente en la vida cristiana—, si no lo ve hecho vida? ¹⁰.

Con oración y sacrificio

No se debe olvidar nunca que la semilla es sobrenatural. Por tanto, para que fructifique, necesita de la gracia, del abono de la oración y de la mortificación. Si la amistad es verdadera —en todo su sentido humano y cristiano—, acudir a Dios para obtener su gracia en favor del amigo es algo que brota espontáneamente del alma del apóstol. Por eso, frecuentemente, en la oración estarán presentes nuestros amigos; y se buscará —se deseará— la mortificación generosa, sin dejar espacio a cálculos mezquinos. El rumbo, entonces, está bien marcado: esos medios humanos y sobrenaturales les enderezarán hacia Dios.

San Lucas nos cuenta la parábola de las bodas del gran Rey. Los invitados se excusan ante la invitación del Señor; rehúyen participar en el festín, argumentando que les ocupan otros menesteres inaplazables. Al fin, ante la repetida negativa de los invitados, el dueño de la casa opta por enviar a sus criados a todos los caminos con una indicación: que

(9) San Juan Crisóstomo, *In epistolam I ad Timotheum homiliae* 10, 3.

(10) Cfr. San Gregorio Nacianceno, *Poemata historica*, I, sect. 1.

obliguen a venir a su casa para tomar parte en el banquete a los que encuentren a su paso: *compelle intrare* ¹¹.

Nuestro Fundador nos repitió que ese *compelle intrare*, esa *santa coacción* que ejercen los siervos de la parábola, está constituido por la suma de los medios humanos y sobrenaturales que han de ponerse en el apostolado. *El compelle intrare, que habéis de vivir en el proselitismo —explicaba—, no es como un empujón material, sino la abundancia de luz, de doctrina; el estímulo espiritual de vuestra oración y de vuestro trabajo, que es testimonio auténtico de la doctrina; el cúmulo de sacrificios, que sabéis ofrecer; la sonrisa, que os viene a la boca, porque sois hijos de Dios: filiación, que os llena de una serena felicidad —aunque en vuestra vida, a veces, no falten contradicciones—, que los demás ven y envidian. Añadid, a todo esto, vuestro garbo y vuestra simpatía humana, y tendremos el contenido del compelle intrare* ¹².

Como ocurre en la parábola, el Señor desea ardientemente conceder los dones que pedimos para nuestros amigos. La petición —insistente, confiada— se la dirigimos para que queden eliminados todos los obstáculos que se puedan oponer a su gracia. *Fijaos con qué confianza se dirigían a Dios los Patriarcas del Antiguo Testamento. Señor —clamaban—, si Tú no nos ayudas, nuestros enemigos se burlarán de Ti, porque nosotros somos tu pueblo. ¡Que no puedan decir eso! Acuérdate de velar por tu buen nombre, concédenos lo que te pedimos. Y el Señor, que es la Bondad infinita, les escuchaba.*

Llebad a la vida interior y a la tarea apostólica estos mismos sentimientos. Dios quiere que se le conozca, que se le alabe. Decidle, llenos de confianza: Señor, que se note. ¡Ayúdanos! ¹³.

Si faltaran los medios sobrenaturales, el apostolado resultaría infructuoso. Más aún, posiblemente se habría caído en un defecto que anula la eficacia de la tarea: el activismo. El Padre nos previene para que alejemos este peligro: *podéis hablar, podéis moveros, podéis hacer planes...; pero si no procuráis meteros en el Señor, trabajaréis en vano* ¹⁴.

(11) Cfr. *Luc.* XIV, 16-24.

(12) De nuestro Padre, *Caría*, 24-X-1942, n. 9.

(13) Del Padre, *Tertulia*, 10-IX-1979, en *Crónica*, 1979, p. 1019.

(14) Del Padre, *Tertulia*, 27-IV-1980, en *Crónica*, 1980, pp. 824-825.

El momento de hablar

Es el Señor quien busca a las almas; El, quien desea poseer su amor; El, quien se adelanta. Sin esperar a que nos acerquemos, sale a nuestro encuentro. Y tú y yo, hijo mío, debemos obrar de igual modo: hay que ir hacia las almas, con ansias de acercarlas a Dios. Audazmente, diligentemente, es preciso que les digamos: también a ti te busca Cristo ¹⁵.

Por medio del ejemplo, se muestra a los amigos la conducta lógica de un cristiano en el que la fe informa cada circunstancia de su vida. Pero eso sólo no es suficiente. El apostolado no consiste sólo en el testimonio de la vida; el verdadero apóstol busca ocasiones para anunciar a Cristo con la palabra, ya a los no creyentes, para llevarlos a la fe, ya a los fieles, para instruirlos, confirmarlos y estimularlos a una vida más santa ¹⁶.

El proceder de Cristo muestra con claridad la obligación de hacer apostolado también con la palabra, metiéndonos audazmente en la vida de los demás; como el Señor —así le gustaba repetir a nuestro Padre— se ha metido en la vida nuestra. Fue esa palabra la que se introdujo en el corazón de los Apóstoles, de los discípulos, de las santas mujeres; la que los empujó a continuar y a extender ese diálogo divino, que han promovido siempre los que han amado a Jesucristo.

Los primeros Doce —para predicar el Evangelio— tuvieron una conversación maravillosa con todas las personas a las que encontraron, a las que buscaron, en sus viajes y peregrinaciones. No habría Iglesia, si los Apóstoles no hubieran mantenido ese diálogo sobrenatural con todas aquellas almas. Porque el apostolado cristiano no es más que eso: ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi (Rom. X, 17); ya que la fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Jesucristo.

¡Qué bien lo entendieron las primeras generaciones cristianas, de las que tanto me gusta hablar, porque son como un modelo de nuestra vocación! No vivieron más que pensando en Cristo, dando sus vidas para ex-

(15) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 93.

(16) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 6.

tender la buena nueva. No sin orgullo cuenta Orígenes cómo el pagano Celso reprochaba a los cristianos su celo: ¡hasta los artesanos desarrollan una gran actividad para difundir el Evangelio! (cfr. *Contra Celsum*, l. III, c. 55). Pero deben tener buena preparación doctrinal, además del celo y de la lengua, si han de ser eficaces.

Hace ya muchos años, más de treinta —escribía nuestro Fundador en 1965—, para expresar esa misma realidad empleé una frase que algunos, faltos de visión sobrenatural y sobrados de visión humana, no fueron capaces de entender. Escribí que todo cristiano debe sentirse caudillo, llamado por Dios para llevar a las almas hacia la santidad.

Todos: los grandes y los pequeños, los poderosos y los débiles, los sabios y los sencillos. Cada uno en su sitio, debe tener la humildad y la grandeza de ser instrumento de Dios, para anunciar su reino ¹⁷.

Cuanta mayor es la amistad, resulta más natural hablar a los demás de Dios y de las exigencias de la vida cristiana. Entonces se complementa el testimonio de la vida con el testimonio de la palabra. En el campo del trabajo, de la profesión, del estudio, de la vecindad, del descanso o de la convivencia, son los seglares los más aptos para ayudar a sus hermanos ¹⁸. Si no se llega a hablar de Dios, si no se les plantea la necesidad de acudir a la Confesión sacramental, es señal clara de que no se quiere de verdad a esa persona o de que no se está convencido del gran bien que supone la vida cristiana. Cada uno lo hará —explica el Padre— según las circunstancias de su estado. Los seglares de un modo diferente a los sacerdotes, pero sólo hasta cierto punto, porque cuando se llega a la intimidad, el alma sacerdotal ha de manifestarse de igual manera en unos y en otros: con palabras de fuego, sobrenaturales y claras —llamando al pan, pan; y al vino, vino—, sin ninguna vergüenza para confesar que Dios es nuestro Amor y nuestro Todo ¹⁹.

Conocedor del beneficio inmenso que esa actuación lleva consigo, el demonio tratará de paralizarla con los respetos humanos: un temor a quedar mal, que es hijo de la soberbia y de la cobardía. En esas ocasiones, el diablo puede inducir a pensar que los que nos rodean no entende-

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, nn. 13-14.

(18) Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 13.

(19) Del Padre, *Tertulia*, 15-I-1978, en *Crónica*, 1978, p. 72.

rán nuestro amor, o que reaccionarán mal ante las exigencias cristianas... ¡Qué nos puede importar el qué dirán! Es natural —natural y sobrenatural— que hablemos del Señor, porque Dios es el centro de nuestra vida, el polo hacia el que se dirigen nuestras almas²⁰.

Se supera ese temor con el aumento del amor de Dios, que es el combustible para el alma —en esto como en todo—, y con el pensamiento de la gran responsabilidad de corredor que compete a cada cristiano, especialmente a quienes se acercan al Opus Dei. Muchas personas que se pierden, podrían ser santas, pero no encuentran a nadie que les ayude. Una parte de responsabilidad de la salvación o de la condenación de los que nos rodean, la tenemos nosotros. Así que, ¡hablar!, ¡hablar!, ¡hablar!²¹.

El amor divino, que llena la vida y le da sentido, impulsa a no callar. Como al que está enamorado, con un amor humano limpio y noble, le vienen a la boca palabras encendidas, reflejo de los sentimientos que inundan su corazón, así ha de comportarse el cristiano enamorado del Señor.

Amistad y confianza

La amistad abre las puertas a la confianza, que vierte en el corazón del amigo lo que hay en el propio. La palabra, medio de expresión de ideas y sentimientos, se pone más derechamente al servicio de Dios.

En la confianza, la doctrina —envuelta con esos afectos humanos que comporta la amistad— cala con más facilidad y eficacia. Tantas veces serán nuestros amigos quienes provocarán esa conversación confidencial. La doctrina de Jesucristo es atractiva —aún más si se contempla hecha vida—, y durante el caminar terreno no faltan momentos en los que de una manera más palpable se siente la necesidad de lo sobrenatural. Si vuestros amigos os ven leales, fieles, alegres, cuando les llegue el

(20) *Ibid.*, pp. 71-72.

(21) Del Padre, Tertulia, 24-VIII-1977, en Crónica, 1977, p. 1009.

dolor, el sufrimiento, pensarán: ¿quién me va a entender mejor que ese compañero mío o esa compañera mía?²².

Ese es el instante de la gracia divina²³, aseguraba nuestro Fundador. ¡Cuántas veces, si os comportáis como yo pienso que se comportan mis hijos, vuestros amigos os abrirán el corazón, os harán una pregunta confidencial! Será entonces la hora de realizar un gran apostolado. Acercadles a Dios con suavidad, con delicadeza, sin quitarles nunca la libertad. Si hay una amistad leal, noble y limpia, enseguida vendrá el apostolado, haréis una auténtica dirección espiritual con esos amigos vuestros y podréis llevarles al Señor²⁴.

Otras veces habrá que provocar esas confidencias, abriendo antes nosotros el corazón, manifestando a nuestros amigos los motivos sobrenaturales que dan razón de nuestra conducta. Nuestro Padre nos enseñó a hacerlo: esas palabras, deslizadas tan a tiempo en el oído del amigo que vacila; aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor universitaria; y la discreta indiscreción, que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo... Todo eso es "apostolado de la confidencia"²⁵.

En cualquier caso, habrá que tener presente que somos sólo colaboradores en la acción de la gracia. Con la tarea exclusiva de colocar a nuestros amigos ante el Señor, facilitándoles que se confíen con El, que atiendan lo que a ellos en concreto les pide.

(22) *Ibid.*, p. 1007.

(23) De nuestro Padre, Tertulia, 11-IV-1971, en Crónica, 1971, p. 467.

(24) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 100.

(25) Camino, n. 973.

PARA LLEGAR A MAS

Hoy, como hace veinte siglos, el cristiano que vive en medio del mundo tiene el deber de hacer apostolado *con su actividad dirigida a evangelizar y santificar a los hombres, y a perfeccionar y saturar de espíritu evangélico el orden temporal*¹.

La misión es ingente: hay que llenar de verdad y santidad los caminos todos de la tierra: la ciencia y la industria, la familia y la escuela, las ciudades y el campo, el arte, las finanzas, el comercio, el deporte... Dios quiere que todos los hombres se salven², y es preciso llegar a todos. Hay muchas formas de cumplir el mandato de Cristo. Para las personas que desean santificarse según el espíritu del Opus Dei, el Señor ha querido que todas las actividades humanas nobles sean medios para llevar las almas a Dios. Y, para esto, no debe faltar el apostolado de amistad y de confianza, que se hace tratando a las almas una a una.

Alguna vez la tarea podrá parecer inmensa, casi irrealizable. Para entonces es el consejo que nuestro Padre dejó escrito en *Camino*: eres, entre los tuyos —alma de apóstol—, la piedra caída en el lago. —Produce, con tu ejemplo y tu palabra, un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho.

¿Comprendes ahora la grandeza de tu misión?³

(1) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

(2) I Tim. II, 4.

(3) *Camino*, n. 831.

Buscar la buena tierra

En esta pelea espiritual que es la vida cristiana, el apóstol de Cristo ha de utilizar una estrategia divina, buscando en primer lugar las almas que reúnen más cualidades para convertirse, a su vez, en *pescadores de hombres*⁴. Por eso, en la labor apostólica, hay que dirigirse ante todo a las personas que —por sus virtudes, por sus talentos, por sus posibilidades— son capaces de ampliar rápidamente el radio del apostolado. Es preciso realizar, en resumen, una labor de selección, que no tiene más finalidad que la de aprovechar mejor el tiempo y lograr antes la extensión del reino de Dios.

En comparación con el inmenso campo del mundo, somos pocos los que trabajamos por Cristo. Por eso, el cristiano coherente con su vocación ha de sentir la urgencia de llegar a más, redoblando su esfuerzo por estar personalmente más cerca de Dios y empleando los medios idóneos para vencer en esta batalla de paz.

Bien sabemos que el Señor puede *hacer de estas piedras hijos de Abraham*⁵, pero ordinariamente nos invita a empezar por los que están más próximos a su Amor: los hermanos en la fe, que quizá ya presienten la urgencia del apostolado; aquellos otros que, tal vez con menos formación, pero con alma generosa, se entregan con fuerza a empresas e ilusiones humanas, y que podrían emplear esos talentos en servicio de Cristo. Personas que por su prestigio profesional, por su ascendiente social y, sobre todo, por sus virtudes y arrastre personal, son capaces de ser —una vez rendidos al amor de Dios— más eficaces servidores de Cristo.

El sentido de la selección

La selección en el apostolado tiene como objetivo descubrir a los que están en condiciones de corresponder más ampliamente a la gracia

(4) Cfr. *Matth.* IV, 19.

(5) *Matth.* III, 9.

divina. Entre los criterios de selección, un papel primordial lo ocupan las virtudes, también las humanas, que fácilmente pueden convertirse en palanca al servicio de Dios. *Vuestro trabajo, vuestro apostolado —que habrá de ser necesariamente muy proselitista, como el de los primeros cristianos— atraerá a personas con ganas de trabajar, con temple, con nervio, con espíritu recio, constantes más que brillantes, audaces, sinceras, con amor a la libertad y —por eso— capaces de vivir nuestra entrega*⁶.

Es responsabilidad de cada uno llegar a las almas de manera concreta: tratar a esta persona con la que nos unen lazos de parentesco, de trabajo, de vecindad, y que destaca por su prestigio profesional; a aquella otra, llena de cualidades humanas, a la que podríamos llegar si pudiéramos un poco más de interés o de sacrificio; a la de más allá, que se mueve en un círculo social que tan bien podría servir a la causa del Evangelio...

Refiriéndose a los Cooperadores de la Obra, aunque puede aplicarse a todo el campo del apostolado personal, nuestro Padre daba las siguientes indicaciones: *búsquense estos amigos entre personas rectas y de talento, que puedan con sus ideas promover la gloria divina; de influencia, que por su familia, por su posición o por sus relaciones, tengan fuerza social; de prestigio, que muchas veces un nombre es palanca que remueve obstáculos y vale mucho ante las corporaciones oficiales; de autoridad, porque sin comprometerse y sin comprometer pueden colaborar con eficacia; de tesón, que suplen con su noble terquedad y con su actividad sin atropello las rémoras de los demás, y sacan a flote empresas apostólicas y resoluciones difíciles*⁷.

Nos hemos de desvivir por todas las almas, no sólo por las personas que ocupan puestos de responsabilidad en la vida de la sociedad; pero es evidente que si éstas tienen espíritu cristiano, el bien que pueden hacer a todas las demás es mucho mayor. Como predicó siempre nuestro Fundador, *nos interesan todos, hijos míos; los intelectuales y los que no saben el abecedario. Los que la gente llama clases altas de un país, para nosotros son, simplemente, las personas que llevan una vida*

(6) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940, n. 35.

(7) De nuestro Padre, Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 153.

limpia, santa, noble, con trabajo, con esfuerzo. Porque todos los hombres somos iguales, y todos los trabajos y ocupaciones son iguales (...).

Un pobre obrero cargado de hijos me interesa más que un ricachón lleno de dinero. Tenemos otro sentido de lo que es rico o pobre, de lo que es alto o bajo. No perdáis nunca este sentido y este modo de ver las cosas ⁸.

Sin embargo, no falta la gente tonta, con poco sentido común y con menos sentido sobrenatural, que propala que el Opus Dei es elitista, que se dirige a las élites. Nada más falso. En el Opus Dei —lo afirmaba siempre nuestro Padre—, de cien almas nos interesan las cien. Pero si empezamos a trabajar con los de abajo, después es más difícil llegar a las capas superiores de la sociedad, que existen en todas partes, llámense como se llamen, también en los países comunistas (...). En todas partes hay hombres de diversa condición. Es natural: gente que trabaja más, que se abre camino en la vida; otros no trabajan o gastan todo lo que ganan, y se hunden. Mientras los hombres sean hombres, el mundo aparecerá así⁹.

Por eso, y más en los principios de una labor, el espíritu que el Señor ha querido para la Obra nos empuja a seguir una estrategia divina: empezar con personas que, por su situación en la sociedad, tienen más facilidad para llegar a otros, por arriba y por abajo. Nuestro modo de trabajar —explica el Padre— obedece a una razón de eficacia y, en el fondo, es una manera práctica de demostrar el amor a Dios. Por lo tanto, sin ser clasicistas ni elitistas, interesa mucho que tratéis a personas de categoría, porque éstos podrán llegar luego a muchos más ¹⁰.

Interesa llegar a personas con capacidad de darse, laboriosas; quizá alegan —con fundamento, porque trabajan mucho— que no tienen tiempo, pero están en condiciones de entender bien este espíritu de santificación en el trabajo ordinario y habitualmente gozan de prestigio entre sus colegas. Además, siempre hay campos de especial relevancia apostólica, por su mayor densidad de relaciones humanas o por ser focos de irradiación de opinión, de ciencia, de arte, que conviene llenar

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 19-III-1969, en *Crónica*, 1969, pp. 307-308.

(9) Del Padre, Tertulia, 5-IV-1977, en *Crónica*, 1977, pp. 518-519.

(10) Del Padre, Tertulia, 19-III-1980, en *Crónica*, 1980, p. 328.

de la luz y el amor de Cristo. Quizá sea difícil a veces conquistar apostólicamente a quienes se desenvuelven en esos ambientes, pero hay que abordar su amistad y su trato. No se debe abandonar ningún ambiente honrado; al contrario, hay que buscar gente en todos, aunque sea costoso, venciendo la comodidad y los respetos humanos.

Descubrir apóstoles

El trabajo de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas es largo: el trato apostólico requiere horas, dedicación generosa, perseverancia. Y como el tiempo es limitado, conviene descubrir las personas más aptas para recibir esta semilla de vida cristiana, las que prometen más fruto, las que podrán convertirse en nuevos apóstoles.

No hay que olvidar que Dios concederá más fácilmente su gracia a las personas que, aunque estén alejadas de El, conservan un fondo de fe o se esfuerzan sinceramente por comportarse de acuerdo con la dignidad de la naturaleza humana. *En este mundo, muchos no tratan a Dios; son criaturas que quizá no han tenido ocasión de escuchar la palabra divina o que la han olvidado. Pero sus disposiciones son humanamente sinceras, leales, compasivas, honradas. Y yo me atrevo a afirmar que quien reúne esas condiciones está a punto de ser generoso con Dios, porque las virtudes humanas componen el fundamento de las sobrenaturales.*

Es verdad que no basta esa capacidad personal: nadie se salva sin la gracia de Cristo. Pero si el individuo conserva y cultiva un principio de rectitud, Dios le allanará el camino; y podrá ser santo porque ha sabido vivir como hombre de bien ¹¹.

Siempre habrá gente, inicialmente bien dispuesta, como aquel joven rico del Evangelio ¹², que no responda a nuestra esperanza. Pero esto no debe hacer vacilar el celo apostólico. Delante de Dios, que ve la

(11) *Amigos de Dios*, nn. 74-75.

(12) Cfr. *Matth.* XIX, 20-22.

rectitud de intención que nos mueve, ninguna labor es estéril ¹³: *el viento de la gracia arrastrará tu semilla si el surco donde cayó no es digno... Siembra, y está cierto de que la simiente arraigará y dará su fruto* ¹⁴.

Con visión sobrenatural, hay que perseverar en el trato con esas personas que aparentemente no responden, especialmente cuando tienen la posibilidad de llegar a tantas otras. Muchas veces —decía nuestro Padre—, *veréis cómo salen adelante: porque son sinceros, quizá mejores que nosotros; porque se darán cuenta de esta maravilla de Dios que se les acerca. Cuando Cristo pasa, ellos le llaman sin verle* ¹⁵.

La transformación de las almas es obra de Dios. Cuando esas personas correspondan a la gracia y, arrepentidas, vuelvan a Dios su corazón, podrán ser —como el Apóstol— *vaso de elección* ¹⁶, que propague el nombre de Cristo con enorme eficacia, quizá influyendo directamente en millares de almas.

Como levadura en la masa

Hacen falta bocas que proclamen con fuerza el mensaje salvador de Cristo. Hacen falta brazos que breguen en la siembra de bien, soldados que luchen las batallas de Dios. Para llegar a todos, para llegar antes y mejor, contamos en primer lugar con la gracia; pero el Señor quiere disponer de buenos instrumentos, que puedan servirle cuanto antes y con amplitud, con generosidad, con vibración. Éste es el espíritu del apostolado cristiano, realizado a manera de fermento ¹⁷, según la enseñanza de Cristo: *el Reino de los Cielos es semejante a la levadura que cogió una mujer, y la mezcló con tres medidas de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada* ¹⁸.

Cristo Señor Nuestro ha puesto siempre una levadura de pocos; y eso,

(13) Cfr. I Cor. XV, 58.

(14) Camino, n. 794.

(15) De nuestro Padre, Crónica III-61, p. 16.

(16) Act. IX, 15.

(17) Cfr. Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

(18) Matth. XIII, 33.

queriendo ut omnes homines salvi fiant (cfr. I Tim. II, 4), queriendo que se salve no una minoría, sino todos los hombres. Mira la levadura del Tabor —tú me sigues con la imaginación y la memoria— y de Nazaret y del Cenáculo. Mira la levadura del Calvario. ¿Y después? Después llega la Pentecostés, las conversiones en masa ¹⁹.

El espíritu del Opus Dei nos impulsa precisamente a realizar, entre las personas con quienes convivimos por razones de trabajo, de parentesco, de amistad, etc., esa labor del buen fermento. Y como a menudo se trata de gentes con poca o ninguna doctrina, hemos de hacer como Cristo, que acogía incluso a los pecadores y comía con ellos ²⁰. Así salimos a todos los caminos, removiendo a los que están cerca y a los más alejados, comenzando por los que tengan deseos de hacer cosas grandes, y capacidad para emprenderlas. Los que ya poseen ideales, corazón grande, ilusión y prestigio, reúnen cualidades para dar mucho fruto, y servir a su vez de semilla fecunda. En cambio, mucho más lenta se haría la labor si se comenzara con los chapuceros, o los que son conocidos como *vagos, informales, frívolos, desordenados, perezosos, inútiles...* ²¹.

Refiriéndose al proselitismo de los miembros de la Obra —y es un criterio que puede aplicarse a toda la labor apostólica—, nuestro Fundador indicaba —entre otras— algunas condiciones básicas de virtud y talento, de carácter, de formación y prestigio. *No caben: los egoístas, ni los cobardes, ni los indiscretos, ni los pesimistas, ni los tibios, ni los tontos, ni los vagos, ni los tímidos, ni los frívolos. —Caben: los enfermos, predilectos de Dios, y todos los que tengan el corazón grande, aunque hayan sido mayores sus flaquezas* ²².

Muchas veces, en nuestro ambiente de trabajo, encontraremos *hombres cumbres*, destacados en la inteligencia, en el estudio u otros saberes, capaces de adquirir doctrina profundamente y de formar a otros; indudablemente, el Señor quiere necesitar de ellos. Pero, con *lumberas sólo, no hacemos nada. Tanto o más necesarios son los talentos*

(19) De nuestro Padre, Meditación, 27-III-1962, en Cuadernos 5, pp. 99-100.

(20) Cfr. Luc. XV, 2.

(21) Amigos de Dios, n. 62.

(22) De nuestro Padre, Instrucción, 1-IV-1934, n. 65.

medios ²³; y añadía nuestro Padre: *hombres y mujeres, ¡no sabios!, cultos, santos, discretos, obedientes y enérgicos* ²⁴, que extenderán, con su humilde servicio y la ayuda de la gracia, el reino de Dios sólidamente.

Fue la enseñanza audaz y constante de nuestro Fundador, que supo mostrarnos el horizonte sin límites de nuestro apostolado, cuando se lleva a cabo con fidelidad al espíritu y a los modos que el Señor ha querido para el Opus Dei. *Entre grandes selecciones humanas —dejó escrito—, habremos metido un sentido de vocación en el trabajo ordinario; contribuiremos a que desaparezcan suspicacias y rivalidades, entre los católicos que trabajan juntos; empaparemos de espíritu cristiano el mundo de la industria y del comercio; ayudaremos a dar unidad al pensamiento moderno, para defensa y servicio de Jesucristo y de su Iglesia; procuraremos hacer comprender a los católicos que ninguna diferencia de costumbres, razas o lenguas puede separar a los que son uno en Cristo Jesús; trataremos con delicada caridad a todas las almas, sin distinción de estirpe ni de credos —dentro del orden debido—, acercándolas al Señor Dios Nuestro con esa luz y ese calor de nuestra vida cristiana; cooperaremos a crear un ambiente de serenidad, de limpieza y de comprensión en las relaciones internacionales, que facilitará la labor del Espíritu Santo en las mentes y en la vida de los estadistas, y traerá la paz y el bienestar a los pueblos* ²⁵.

(23) *Ibid.*, n. 67.

(24) *Ibid.*, n. 68.

(25) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 96.

DIFUNDIR LA FE

El panorama de tantas personas que desconocen a Dios ha de ser un revulsivo en el alma de todos los cristianos, que les urja a combatir positivamente esa ignorancia, difundiendo la sana doctrina a manos llenas, respetando a la vez siempre las opiniones legítimas de los demás. Nadie puede desentenderse sin hacerse cómplice de esa misma ignorancia. *Tal misión —recuerda Juan Pablo II— no es exclusiva de los ministros sagrados o del mundo religioso, sino que debe abarcar los ámbitos de los seglares, de la familia, de la escuela. Todo cristiano ha de participar en la tarea de formación cristiana. Ha de sentir la urgencia de evangelizar, "que no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone" (I Cor. IX, 16)*¹.

Es lo que enseñó nuestro Padre desde 1928, cuando el Señor puso en su corazón la semilla del Opus Dei; lo que ha repetido innumerables veces en sus catequesis a lo largo y ancho del mundo. *La fe no es fruto de la violencia (...). La fe la concede Dios a quienes la buscan con humildad. Pero tú y yo tenemos el deber de propagarla: no sólo los misioneros, y los curas, y los frailes, y las monjas... Ellos también, pero tú y yo, concretamente, tenemos esa obligación*².

(1) Juan Pablo II, Discurso en Granada, 15-XI-1982.

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 12-X-1972, en Dos meses de catequesis, I, p. 118.

Instrumentos de Dios

Obligación de difundir la fe, pues, pero con el convencimiento de que no somos más que instrumentos en las manos de Dios, que es el único que puede concederla.

*La fe es virtud sobrenatural que dispone nuestra inteligencia a asentir a las verdades reveladas, a responder que sí a Cristo, que nos ha dado a conocer plenamente el designio salvador de la Trinidad Beatísima*³. Como toda virtud sobrenatural, no puede alcanzarse con las solas fuerzas naturales, ni es fruto del deseo de creer, aunque presuponga este deseo, ya que la fe es una adhesión razonable a las verdades reveladas por Dios, que respeta siempre la libertad humana. Pero la voluntad, por sí sola, es incapaz de mover la inteligencia a aceptar las verdades divinas. La fe procede de Dios, y *se consigue llamando a Dios con la humildad y con las buenas obras: la fe debe pedirse humildemente, con oración y con una conducta honrada, con unas costumbres limpias*⁴.

Sólo la gracia divina puede mover la voluntad a asentir a lo que el Señor nos ha revelado. Por eso, al tratar de atraer a alguien a la fe —porque no la tenga o la haya perdido—, sólo en Dios hay que poner entera confianza. En El ha de fundamentarse siempre el apostolado; los hombres no son más que instrumentos en sus manos. *Si amamos a Dios, arrollaremos cualquier obstáculo. Me corrijo: Dios los supera. Nosotros no podemos nada, no sabemos nada, no somos nada... Pero el Señor lo sabe todo, lo puede todo, y quiere que nos dediquemos a esta labor. Por lo tanto, si no ponemos rémoras, si deseamos actuar como buenos instrumentos en las manos de Jesucristo, venciendo nuestra pereza, saliendo de nuestra torre de marfil, lanzándonos mar adentro, desarrollaremos una gran tarea apostólica: sacaremos del fango a muchos e iluminaremos los ojos ciegos*⁵.

Y, ¿qué haremos? —se preguntaba nuestro Padre en una ocasión—. *Primero, rezar por los que no tienen esa fe: tú, en concreto, por esa persona que te interesa. Después ofrecerás alguna pequeña mortificación, pero*

(3) *Amigos de Dios*, n. 191.

(4) De nuestro Padre.

(5) Del Padre, *Tertulia*, 5-IV-1977, en *Crónica*, 1977, p. 511.

con una sonrisa, no poniendo cara de hipócrita. ¡No! Acuérdate de lo que dice el Señor de los que ayunaban y ponían la cara triste. Tú haces tus pequeñas mortificaciones —sé que las haces—, y ¡adelante! Después, poco a poco, busca la ocasión de hablar oportunamente con esa persona, de inquietarla, de rodearla de amigos buenos... El Señor te escuchará, y quizá no sea poco a poco, porque puede ser muy de repente. Pero el sistema es éste, ¡no hay otro! ⁶.

Oración y penitencia son, por tanto, los primeros medios que se deben poner, para que el Señor se digne remover el alma de las personas por las que se pide, y les conceda la fe.

De igual modo hay que obrar con quienes dicen haberla perdido. Si han tenido la fe, de verdad, quizá no la hayan perdido. Puede ser que encima de la fe haya ahora una cáscara, y otra, y otra: una serie de capas de indiferencia, de lecturas mal digeridas, quizá de ambientes o de costumbres torcidas. Yo te aconsejaría, primero, que reces, porque esto es lo que debemos hacer los cristianos. Tenemos ahora los mismos medios que los primeros fieles, ni uno más, y ni uno menos: la oración, es decir, el trato con Dios; la recepción de los sacramentos, la mortificación, la devoción a María Santísima, y a los hermanos nuestros que están en el Cielo o en los altares, y la penitencia.

Yo os hablo de penitencia, que parece que suene a viejo, ¿verdad? ¡Pues también es de ahora la penitencia! Es más necesaria ahora que nunca ⁷.

Don de lenguas

Aunque la tarea es de Dios, el Señor cuenta también con la colaboración de los hombres. La Iglesia no deja de instar a sus hijos para que lleven a cabo esa labor con todo el empeño, afán y constancia que os sean posibles, cuidando esmeradamente que el conocimiento de la doctrina cris-

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 12-X-1972, en Dos meses de catequesis, I, pp. 118-119.

(7) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 535.

tiana penetre por completo en la mente y en el corazón de todos ⁸.

Si dar doctrina es verdaderamente un deber de cada cristiano —y lo reconocerá como tal en la medida en que esté unido a Dios, buscando el trato continuo en la vida de piedad—, el apóstol sabrá aprovechar cualquier ocasión para difundirla a manos llenas, siguiendo la amonestación del Apóstol a Timoteo: *predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina* ⁹. Sin esperar la ocasión ideal, que rara vez se presentará, hay que provocar las conversaciones apostólicas del modo más oportuno, dejando de lado falsos temores. Hay que insistir sin miedo, escribió nuestro Padre: *tengo la experiencia de que hay que repetir las cosas. Hay cosas muy claras, muy claras, que la gente no entiende porque algunas veces nosotros tenemos malas explicaderas; pero en otras ocasiones, son ellos los que tienen malas entendaderas, y se da el caso de que coincidan las dos cosas: malas explicaderas y malas entendaderas*.

Estamos diciendo siempre lo mismo, insistiendo en ideas que son clarísimas, pero cuando no las entienden, tenemos que repetir las de cincuenta maneras, para que al fin, poco a poco, se vayan enterando ¹⁰.

Así, pues, *hay que repetir lo mismo, pero de modos diversos. Es la forma lo que debe ser siempre nuevo, distinto; no la doctrina, que permanece idéntica, inalterable, si toca la fe o las costumbres* ¹¹. Es lo que San Pablo aconsejaba a los fieles de Colosas: *vuestra conversación sea siempre con agrado sazonada con sal, de suerte que acertéis a responder a cada uno como conviene* ¹². Efectivamente, si no se sabe presentar la doctrina condimentada con gracia y la sal del bien decir (...) nada se consigue ¹³.

A esta facilidad para hablar a la gente de manera que entienda, que es fruto de la acción de Dios y del esfuerzo personal de cada uno, nuestro Fundador solía referirse como el *don de lenguas*, que hemos de pedir al Espíritu Santo para que la labor apostólica dé más frutos. Hay

(8) San Pío X, Litt. enc. *Acerbo nimis*, 15-IV-1905.

(9) II Tim. IV, 2.

(10) De nuestro Padre, Carta, 30-IV-1946, n. 71.

(11) *Ibid.*

(12) Colos. IV, 6.

(13) San Juan Crisóstomo, *In Ioannem homiliae*, 53, 2.

que sembrar, hijos míos —nos escribía—, con claridad, sin ambigüedades; porque no podemos permitir que impere el escepticismo práctico: la verdad es una. Con don de lenguas —os suelo decir, recordando con gozo la venida del Espíritu (cfr. Act. II, 4-6)—, que sabe acomodarse siempre a la condición, a la capacidad y a la formación del que escucha, y que es fruto de la oportuna preparación del que habla, y del amor y de la fe con que realice esa tarea apostólica (cfr. Ioann. VII, 38) ¹⁴.

En la fragua del amor

Un fundamento esencial de ese don de lenguas es la caridad, el cariño a las personas que tratamos. Con la doctrina, el Amor de Dios. Hijos míos, hemos de estar bien metidos en las realidades terrenas, pero repletos de la Caridad de Jesucristo, del fuego de su Amor misericordioso, para mover a los hombres a ser amigos de Dios, para acompañarlos con la amistad, aliviarlos en sus sufrimientos, servirlos en sus necesidades espirituales y corporales, ya que todo esto es quererlos bien ¹⁵.

De nada serviría la elocuencia de las palabras, el bien decir, si no estuviera ungido de comprensión, de respeto, de cariño. Y mucho menos si se pretendiera imponer la fe por la fuerza o a base de interminables discusiones. Y así escribía nuestro Padre: por eso no me han gustado nunca expresiones como vencer al adversario, triunfar en una discusión, y otras semejantes; y, cuando se trata de un diálogo de apostolado para acercar un alma hacia Dios, las encuentro totalmente inapropiadas: porque quien recibe la fe o crece en la vida de la gracia, se siente siempre victorioso, no ha sido vencido, sino que ha vencido en él el amor de Dios ¹⁶.

El camino para llevar un alma a la fe imita el modo de actuar de Dios, que nunca anula la libertad humana ni se impone con violencia.

(14) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940, n. 48.

(15) Del Padre, Carta, 28-XI-1982, n. 21.

(16) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1965, n. 33.

El error se combate con la oración, con la gracia de Dios, con razonamientos desapasionados, ¡estudiando y haciendo estudiar!, y repito, con la caridad. Por eso, cuando alguno intentara maltratar a los equivocados, estad seguros de que sentiré el impulso interior de ponerme junto a ellos, para seguir por amor de Dios la suerte que ellos sigan ¹⁷.

Esa caridad con las almas que tienen la desdicha de no conocer a Dios ha de ser alegre, dulce y recia, humana y sobrenatural; caridad afectuosa, que sepa acoger a todos con una sonrisa habitual; que sepa comprender las ideas y los sentimientos de los demás, a quienes se debe atraer para que colaboren.

Y así, suavemente y fuertemente, sin ceder en la conducta personal ni en la doctrina, la caridad de Cristo bien vivida nos da el espíritu de conquista, cada día con más hambre de trabajo por las almas ¹⁸. Y comprender a los demás no es simplemente algo exterior —decirles que les comprendemos—, sino una realidad interior, fruto de un esfuerzo concreto para ponernos en su lugar, conocer los motivos de su actitud, etc.; a veces, incluso, el esfuerzo por entender qué quieren realmente decir, quizá con palabras inexactas.

Fuertes en la fe

En consecuencia, el cristiano debe ser transigente con las personas, acercándolas al fuego del amor de Jesucristo con el calor de su caridad. Pero esa transigencia no puede afectar a lo que ha recibido de Dios. Cuando no se pueda transigir, la intransigencia debe ser santa y, por tanto, lo será con la doctrina, no con las personas: de otro modo, no las podremos llevar a Dios, ni siquiera nos sería fácil tratarlas fraternalmente, como exige nuestra condición de cristianos. No se puede ceder en lo que es de fe: pero no olvidemos que, para decir la verdad, no hace falta maltratar a nadie ¹⁹.

Esa santa intransigencia ha de apoyarse en una firmeza que pase

(17) De nuestro Padre, Carta, 31-V-1954, n. 19.

(18) De nuestro Padre, Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 77.

(19) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940, n. 67.

por encima de cualquier otra consideración. No podéis ceder en las cosas que son de Dios. La verdad en alguna ocasión, ante la desfachatez del prójimo, quizá habrá que decirla con energía. Pero aun entonces hay que poner amor, echar sobre las heridas el aceite de la caridad, curar, sanar; explicar que era necesario en aquel momento proceder así ²⁰.

No faltarán quienes no entiendan esa fortaleza en defender la buena doctrina, a pesar de que se derroche caridad en las palabras y en la actuación, y tachen de intolerante a quien así se comporte. Sin asustarse, hay que hacer ver a esas personas la incongruencia de su razonamiento. Intolerantes —explica el Padre— son aquéllos que con la televisión, la prensa y la propaganda que ponen en las carreteras y en las calles, atacan frontalmente los principios cristianos. Si alguno te quiere colocar la etiqueta de intolerante, le dices: yo no soy agresivo, sois vosotros los que parecéis incapaces de comprender que yo pueda pensar como un cristiano... Es preciso dar la vuelta al argumento. La presión que padecemos es tremenda, pero también la gracia de Dios abunda, para que nosotros podamos vencer ²¹.

El cristiano ha de mantener esa fortaleza aun a costa de pasar un mal rato, sufrir vejaciones o incluso padecer persecución. Y si en alguna ocasión el trato con determinadas personas pusiera en peligro su firmeza en la fe, tendrá que ser tajante, sin miramientos ni falsas razones. Como las vírgenes prudentes, hemos de llevar las lámparas encendidas. No podemos dar nuestro aceite, porque se apagarían las lámparas nuestras. Cuando haya peligro para la fe, hay que parar el carro. Primero, que nuestra lámpara esté encendida. Sería una falsa caridad, diabólica caridad, mentirosa caridad, ceder en cosas de fe. Fortes in fide (I Petr. V, 9), fuertes en la fe, firmes en la fe, como dice San Pedro; no es fanatismo, es sencillamente vivir de fe; no es desamor para nadie, cedemos en todo lo que es accidental, pero en la fe no podemos ceder; no podemos dar el aceite de nuestras lámparas, porque luego viene el Esposo y las encuentra apagadas ²².

(20) De nuestro Padre, Noticias III-56, p. 69.

(21) Del Padre, Tertulia, 29-XII-1978, en Obras, 1979, p. 44.

(22) De nuestro Padre.

El gozo de la fe

No se puede decir que vivan bien los que por ceguera desconocen el fin del vivir o lo desprecian por soberbia. Nadie puede tener esperanza verdadera y cierta en el vivir si no conoce la Vida, que es Cristo, y entra por la puerta en el redil²³. Sólo Dios puede dar satisfacción plena al deseo de felicidad que todo hombre lleva en su corazón. Son muchos, sin embargo, los que no advierten esta realidad, y se afanan sin tregua en buscar la felicidad donde no se puede hallar. El resultado es el pesimismo y la angustia, la tristeza de un anhelo perenne que no se logra saciar, ya que —aunque lo ignoren— únicamente en Dios, Bien supremo y fuente de todo otro bien, habita la felicidad completa; ninguna realidad finita es capaz de colmar las ansias que habitan en el interior del hombre.

No son felices las personas que viven lejos de Dios. Aunque a veces aparenten una alegría ruidosa, o manifiesten una paz, que no es la paz de Cristo, basta raspar levemente su corazón para descubrir una insatisfacción profunda y una gran amargura.

El remedio lo conocemos: es Dios y sólo Dios. Por eso, el deseo de felicidad que anida en el corazón de cada persona es un gran aliado en la tarea apostólica, con el que se debe contar. Con una caridad llena de comprensión, hay que zarandear a cuantos se apartan del Señor, *fuentes de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua*²⁴ del amor de Dios, y decirles, con nuestro Padre: *¿por qué abocarte a beber en las charcas de los consuelos mundanos si puedes saciar tu sed en aguas que saltan hasta la vida eterna?*²⁵; descubrirles que sólo en la doctrina de Jesucristo encontrarán la felicidad que su corazón anhela: *veritas liberabit vos*²⁶, la verdad os hará libres.

El Padre ha escrito unas palabras que sirven de acicate a todos: *ayudad a vuestros amigos —mis hijas, a sus amigas— a discernir lo que es pe-*

(23) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus*, 45.

(24) *Ierem.* II, 13.

(25) *Camino*, n. 148.

(26) *Ioann.* VIII, 32.

cado. Suscítad en ellos el deseo de la gracia santificante, de limpiar el alma en las aguas nuevas del perdón de Cristo. De esta forma se llenarán de alegría y de paz. Desenmascarad esa táctica satánica, que con razonamientos falsos y heréticos intenta borrar de las conciencias el sentido del pecado, de la ofensa a Dios, y que, por desgracia, ha cundido en tantos ambientes²⁷.

Así, hijos, con doctrina y con Amor, ¡qué buena luz ofreceremos!, ¡qué apostolado silencioso pero imponente realizaremos por todos los rincones y en todos los puntos neurálgicos de la sociedad!, allí donde la esencia secular de nuestra vocación nos coloca para servir a Dios²⁸. Seremos sembradores de paz y de alegría en los caminos de los hombres²⁹.

Invocad a la Santísima Virgen; no dejéis de pedirle que se muestre siempre Madre nuestra —monstra te esse Matrem—, y que nos dé, con la gracia de su Hijo, claridad de buena doctrina en la inteligencia y amor y pureza en el corazón, con el fin de que sepamos ir a Dios y llevarle muchas almas³⁰.

(27) Del Padre, Carta, 2-II-1979, n. 18.

(28) Del Padre, Carta, 28-XI-1982, n. 21.

(29) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940, n. 34.

(30) De nuestro Padre.

ENSEÑAR A LUCHAR

Fe. —Da pena ver de qué abundante manera la tienen en su boca muchos cristianos, y con qué poca abundancia la ponen en sus obras.

—No parece sino que es virtud para predicarla, y no para practicarla ¹.

Con frecuencia, la labor de apostolado ha de comenzar por facilitar los principios fundamentales de la doctrina cristiana, pues es necesario que las personas que tratamos conozcan a Cristo, para que puedan enamorarse de El. Una buena formación doctrinal-religiosa está en la base de toda acción apostólica. Pero la doctrina sola no es suficiente. *No todo el que dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los Cielos, sino aquél que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos ².* No basta conocer los deberes cristianos: hay que cumplirlos. No basta con formar la inteligencia: hay que educar la voluntad. No basta con dar doctrina: hay que enseñar a vivirla.

Por eso, la tarea del apóstol no se reduce a ilustrar la inteligencia de los hombres con la doctrina de Cristo: también ha de ayudarles a traducir, de modo concreto y eficaz, las exigencias de la fe. El apostolado debe estar impregnado de sentido práctico. Hay que enseñar a luchar a nuestros amigos, animarles cuando sea necesario, recordarles lo que dice el Espíritu Santo: *discite bene facere ³*, aprended a hacer el bien.

(1) *Camino*, n. 579.

(2) *Matth.* VII, 21.

(3) *Isai.* I, 17.

Voluntad de luchar

Toda la tradición de la Iglesia ha hablado de los cristianos como de milites Christi, soldados de Cristo. Soldados que llevan la serenidad a los demás, mientras combaten continuamente contra las personales malas inclinaciones ⁴. Es más, la misma autenticidad de la fe resulta dudosa cuando no va acompañada del firme empeño por practicarla: *faltan ganas de luchar, porque falta fe* ⁵, escribió nuestro Padre.

Quien desee comportarse como verdadero cristiano, ha de estar decidido a luchar hasta el fin de su vida terrena. Sólo así obtendrá la victoria y el premio que Dios ha reservado para los que le aman *con obras y de verdad* ⁶. No le faltará nunca la ayuda de Dios, pero el Señor cuenta también con el esfuerzo personal de cada uno, con el ejercicio constante de la libertad, secundando la acción divina: *Voluntad. —Energía. —Ejemplo. —Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...* ⁷. En el orden de la gracia como en el de la naturaleza, el bien no se impone a la voluntad ni es realizado sin esfuerzo: *violenti rapiunt* ⁸, sólo los que se hacen violencia a sí mismos lo conquistan.

La fe invita a los cristianos a comportarse como hijos obedientes, no conformándose ya con las concupiscencias que teníais antes, en el tiempo de vuestra ignorancia, sino que conforme a la santidad del que os llamó, sed santos en todo, pues está escrito: santos habéis de ser, porque Yo soy santo ⁹. Y la realización de la santidad requiere el cultivo de las virtudes sobrenaturales: hábitos operativos que Dios infunde en el alma con su gracia, pero que —para actuar con eficacia e intensidad— requieren el soporte de las virtudes humanas correspondientes. Y éstas se adquieren y robustecen mediante el esfuerzo personal, por repetición de actos. Por eso asevera un Padre de la Iglesia que *el primer grado de piedad consiste en amar la virtud* ¹⁰.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 74.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 14-II-1974, n. 27.

(6) I Ioann. III, 18.

(7) *Camino*, n. 11.

(8) *Matth.* XI, 12.

(9) I Petr. I, 14-16.

(10) Atribuido a San Juan Crisóstomo, en *Catena Aurea*, vol. III, p. 134.

Hay que fomentar en las personas que tratamos los deseos de lucha, para que sean consecuentes con la fe. Hombres de una pieza necesita el Señor, firmemente decididos a pelear para ser santos, sin conformarse con burdos remedos: *santurrón es a santo, lo que beato a piadoso: su caricatura*¹¹. De lo contrario, el acostumbramiento a los propios defectos o el apego a ciertos modos *fáciles* de comportarse, no raramente acaba —si falta espíritu de lucha— en la justificación más o menos consciente de una conducta viciada.

El Cristianismo, en efecto, no ha sido nunca un camino fácil ni cómodo. Ahora, además, el ambiente del mundo se caracteriza por una fuerte tendencia al hedonismo —la búsqueda del placer y la huida de todo lo que supone sacrificio—, que es enemigo mortal del espíritu de Cristo. El cristiano sabe que ha de ir contra corriente, no tanto porque combata agresivamente al nuevo paganismo¹², sino porque debe sus- traerse a lo que reconoce como ofensa al Señor y, con su oración, su entereza, su ejemplo y su palabra, arrastrar a quienes le rodean.

*Es fuerte, y bien estimulada por el diablo, la presión que todo hombre padece para alejarle de la consideración de su destino eterno. No olvidéis que el pecado —aversión a Dios y conversión a las criaturas, decían los buenos maestros— comienza a insinuarse en el alma, justamente por un interés y por una tendencia desordenados a gozar de los bienes terrenos, a embeberse en las ambiciones de aquí abajo hasta olvidarse de Dios y del fin para el que hemos sido creados. Fijaos que se fomenta un clima mundial, para centrar todo en el hombre; un ambiente de materialismo, desconocedor de la vocación trascendente del hombre, que sofoca cruelmente la libertad de la persona humana o, al menos, confunde la libertad con el libertinaje, comercializando las pasiones. Causa pena contemplar masas enteras de gente que se dejan conducir por el dictado de unos pocos, que les imponen sus dogmas, sus mitos e incluso todo un ritual desacralizado*¹².

Haciendo eco a estas palabras de nuestro Fundador, que conservan toda su urgencia y actualidad, también el Padre ha escrito: *este entorno*

(11) Camino, n. 408.

(12) De nuestro Padre, Carta, 28-III-1973, n. 10.

tan enrarecido, que provoca una pérdida del discernimiento del bien y del mal en las conciencias, se interpreta —también en círculos y en países que se jactan de seculares tradiciones culturales, e incluso cristianas— como si fuera una conquista de los tiempos ¹³.

En un cristiano que no peleara sinceramente contra todo lo que puede apartarle de Dios, se cumplirían tristemente aquellas palabras de Jesucristo, explicando la parábola del sembrador: *lo sembrado sobre el pedregal es el que oye la palabra, y al punto la recibe con alegría; pero no tiene en sí raíz, sino que es inconstante y, al venir una tribulación o persecución por causa de la palabra, en seguida tropieza y cae. Lo sembrado entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este mundo y la seducción de las riquezas sofocan la palabra y queda estéril* ¹⁴.

En consecuencia, la lucha del cristiano ha de tener un frente dentro de nosotros mismos, el frente de nuestras pasiones. Vigila quien pelea interiormente, para apartarse decididamente de la ocasión de pecado, de lo que puede debilitar la fe, desvanecer la esperanza o desmejorar el Amor ¹⁵.

Decir que no

Para progresar efectivamente en la vida cristiana, nuestro Padre daba un consejo que podría resumirse en estas palabras: querer de verdad. *Me dices que sí, que quieres. —Bien, pero ¿quieres como un avaro quiere su oro, como una madre quiere a su hijo, como un ambicioso quiere los honores o como un pobrecito sensual su placer?*

—¿No? —Entonces no quieres ¹⁶.

Y a querer se aprende queriendo. Así respondió una vez nuestro Fundador, a quien le preguntaba cómo aumentar la capacidad de querer. *¿Cómo aumentas tu capacidad de correr? Corriendo (...). Si deseas co-*

(13) Del Padre, Carta, 9-I-1980, n. 14.

(14) *Matth.* XIII, 20-22.

(15) De nuestro Padre, Carta, 28-III-1973, n. 10.

(16) *Camino*, n. 316.

rrer más, al día siguiente haces un esfuerzo mayor..., y al siguiente un poco más..., y al otro, ¡pobrecito!, quizá menos, porque te has fatigado los músculos. Pero continuas entrenándote. Te das cuenta de que no hay más remedio que tomar determinados alimentos, y no tomar otros, dejar alguna copita... ¿No es así?

De manera que ¡queriendo! Quiere, y verás cómo amarás mejor cada día ¹⁷.

Uno de los primeros obstáculos, que hay que aprender a quitar, es el subjetivismo —imperante en muchos ambientes— que impone como criterio de valoración el propio gusto y apetencia: me agrada o me disgusta; me atrae o me repugna; me cuesta o me resulta llevadero. Es necesario fomentar el sentido del deber como medida de comportamiento.

Acostúmbrate a decir que no ¹⁸, aconsejaba concretamente nuestro Padre. Decir que no, en primer lugar, a la pereza y a la desgana, a la flojera y a la comodidad. Lo contrario lleva derecho a esa enfermedad del carácter que tiene por síntomas la falta de fijeza para todo, la ligereza en el obrar y en el decir, el atolondramiento...: la frivolidad, en una palabra ¹⁹.

El frívolo se guía exclusivamente por la ley del capricho, es inconstante y mudable, incapaz de mantener un criterio y de defender las motivaciones de su conducta. A fuerza de incertidumbre y de ligereza, se convierte en un pelele muerto e inútil ²⁰, con el que los demás pueden jugar a su gusto.

Otras veces la tentación consiste en reducir la religión a una dimensión meramente afectiva y sentimental, que establece las vivencias interiores —siento la necesidad; tengo ganas; lo paso bien...— como norma suprema de la relación con Dios. Esta actitud anula la visión sobrenatural, impide el desarrollo de la verdadera vida interior, e incapacita para cumplir los propósitos con determinación y para defender los derechos de Dios y de la Iglesia. Es fácil llegar por este camino a una inestabilidad de ánimo, que se crece con entusiasmos pasajeros y se

(17) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 715.

(18) Camino, n. 5.

(19) Camino, n. 17.

(20) Ibid.

amilana ante las dificultades del ambiente o de la propia vida. Es algo así como la llamurada momentánea de una bengala, incapaz de conservar la luz ni de mantener encendido el fuego.

También es imprescindible aprender a controlar la imaginación, que tanta influencia ejerce sobre la voluntad. Será difícil que aprenda a vencerse quien anda *pensando en ensueños, en tonterías, dejando que la imaginación vague, para aquí, para allá*²¹. Hay personas que se fabrican un mundo irreal, producto de su fantasía, y confunden lo que son con lo que creen ser o con lo que les gustaría ser. Personas que no saben conjugar el indicativo del esfuerzo concreto —*yo quiero*—, sino el subjuntivo —*quisiera*— de la falta de empeño personal. Cuando las cosas cuestan, o no salen como habían deseado, no es raro que tiendan a lo que nuestro Padre llamaba la *mística ojalatera*: ojalá fuera aquello en vez de esto, ojalá pudiera actuar de esa forma y no de esta otra...

La imaginación descontrolada agranda las dificultades, vuelve tímidos, indecisos, dubitativos. *Las contrariedades son muy subjetivas*, afirmaba nuestro Padre. *Contrariedades tomamos las que cada uno quiere: el que está metido en Dios, pocas, porque cuando hay algo objetivo se rinde ante la voluntad de Dios, le pide luces para acertar, y basta. Las demás contrariedades son imaginaciones*²².

No quiere Dios que sus hijos sean personas sin imaginación, sino que la usen rectamente. *Necesitamos la imaginación. Nos sirve, y mucho, en bastantes ocasiones, para hacer la oración y pensar en los intereses de Dios. Yo tengo la costumbre de decir a mi gente: soñad y os quedaréis cortos. Y se sueña con la imaginación, porque es un sueño de personas despiertas*²³.

Ayudar a concretar

Con el apostolado de amistad y de confianza despertamos en nuestros amigos los deseos de lucha y les ayudamos a concretar, sin un

(21) De nuestro Padre, Crónica IV-62, p. 67.

(22) De nuestro Padre, Crónica VII-66, p. 8.

(23) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 554.

falso respeto a su intimidad, *que puede ser señal de falta de celo, de falta de amor de Dios, señal de comodidad*²⁴. Siguiendo las enseñanzas de nuestro Fundador, nos recuerda con frecuencia el Padre: *si eres buen amigo de tus amigos, cuando experimenten momentos de pena o de apuro —que no faltan en la vida—, acudirán a ti para abrir su alma y contarte lo que les preocupa. Entonces —aunque no seas de la Obra— les aplicarás el bálsamo de tu caridad, de tu comprensión, de tu consejo bueno*²⁵.

Lo primero es conocerles bien. Rara amistad sería la de aquel que ignorara las virtudes y los defectos del amigo. Y para eso, hay que derrochar cariño y escuchar con paciencia sus desahogos, que quizá no responden a ninguna dificultad objetiva, pero que para ellos resultan un peso y un motivo de preocupación. Refiriéndose a labor con gente joven —pero puede aplicarse a cualquier tarea de apostolado según el espíritu de la Obra—, nuestro Fundador aconsejaba: *no queráis acortar las confidencias de los muchachos, ni interrumpir bruscamente el aluvión de sus preguntas, a veces impertinentes e indiscretas. Por el contrario: aprended a escuchar, e interesaos por todos sus pequeños asuntos. Yo os aseguro que es éste un magnífico medio de apostolado*²⁶.

Tenemos un motivo sobrenatural para interesarnos por las inquietudes y preocupaciones de esos amigos, a quienes deseamos acercar a Dios. Por eso, tantas veces habrá que provocar con las preguntas oportunas —siempre discretas e impregnadas de verdadera caridad— la apertura de su alma. *No olvidéis que, como el Buen Pastor, es preciso que podáis decir: et cognosco meas, et cognoscunt me meae; conozco a mis ovejas, y ellas me conocen (Ioann. X, 14)*²⁷. Por tanto, hay que suscitar conversaciones personales, concretas, en las que —sin irse por las ramas— se procura ayudar al amigo a mejorar poco a poco su vida interior. Con naturalidad, *con extremada delicadeza, comenzando, si es preciso, por un perdóname: no me contestes, si no quieres. Y, luego, la pregunta que da en el clavo*²⁸. Pero han de comprender el valor de la

(24) Del Padre, Tertulia, 13-IV-1976, en Crónica, 1976, p. 585.

(25) Del Padre, Crónica, 1978, p. 531.

(26) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, n. 30.

(27) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, n. 194.

(28) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, n. 244.

sinceridad, saber que, al descargar sus preocupaciones en quien puede ayudarles, *ha perdido el enemigo —la concupiscencia, cualquiera que sea— casi todo su poder* ²⁹.

Es éste un complemento insustituible de los medios de formación colectiva. No basta llevar a las personas a los cursos de formación, a meditaciones, a clases de doctrina cristiana... Es necesario ayudarles a aplicarse esas enseñanzas generales, enseñarles a concretar: *que no sean tus propósitos luces de bengala que brillan un instante para dejar como realidad amarga un palitroque negro e inútil que se tira con desprecio* ³⁰. Que den a su lucha interior un sentido de inmediatez, sabiendo que los propósitos hay que procurar cumplirlos en el plazo fijado, sin perderse en recuerdos ni fantasías. *Pórtate bien "ahora", sin acordarte de "ayer", que ya pasó, y sin preocuparte de "mañana", que no sabes si llegará para ti* ³¹.

Sería una tentación el miedo a *exigir* a nuestros amigos. Ciertamente no se trata de mandar con una autoridad de la que se carece, sino de ayudarles con la claridad y fortaleza que nacen del cariño que les tenemos. La amistad, si es verdadera, sabe encontrar siempre el modo de entrar en la intimidad del amigo sin que éste se sienta molesto, sino agradecido. Nos previene nuestro Padre: *no seáis blandos: con suavidad e imperio* —suaviter in modo, fortiter in re—, sed exigentes. *Torpeza insignificante sería conformarse con que un alma dé cuatro, cuando puede dar seis. Acordaos de la parábola de los talentos* ³². Una exigencia que se traduce en acompañar, alentar, abrir horizontes, dar la mano, ayudar a recomenzar.

Será una ayuda alegre, estimulante, pidiendo siempre un poco más de lo que pueden dar, pero sin dispersar la batalla en mil frentes, sino sugiriendo metas alcanzables, relacionadas entre sí, quizá focalizadas en un examen particular bien escogido. Y que comprendan que vale la pena y que, con la gracia de Dios, resulta asequible.

Se llega así a ejercer una verdadera dirección espiritual, sin lla-

(29) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, n. 57.

(30) *Camino*, n. 247.

(31) *Camino*, n. 253.

(32) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, nn. 51-52.

marla de ese modo, que complementa y hace más eficaz la que desarrolla el sacerdote. Pero sin olvidar jamás que no tenemos ningún derecho a salirnos de los términos normales de la amistad. Nuestro Fundador ha prohibido terminantemente que ninguno de sus hijos pida cuenta de conciencia, a los muchachos a quienes forma, ni puede de ningún modo obligarles a que le manifiesten lo que es de la exclusiva competencia del Director espiritual ³³. Y el Padre anota: siempre nos ha dado el Padre, en este punto, claridad en la doctrina y en la práctica. Una cosa es pedir cuenta de conciencia, y otra inducir con caridad a abrir plenamente el corazón, por lo menos al sacerdote ³⁴.

Este modo de proceder exige un esfuerzo mayor, pero un esfuerzo lleno de alegría, como la de Jesucristo cuando dedicaba lo mejor de su tiempo a la formación de sus Apóstoles. Nuestro Fundador, con una figura muy gráfica, solía comentar que el apostolado —y todos nosotros hemos sido llamados para ser apóstoles de Jesucristo— cuesta trabajo, como al hortelano le supone esfuerzo inclinarse sobre las plantas para que crezcan bien: las mima, las cuida, corta lo que estorba; y como todos los hombres tienden a estar erguidos, esa inclinación del labrador le exige mortificación.

Haced el esfuerzo de inclinaros, con cariño, para seguir a las almas más de cerca, con mucha paciencia ³⁵.

(33) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, n. 241.

(34) Del Padre, nota 159 a la *Instrucción* del 9-I-1935.

(35) Del Padre, *Tertulia*, 5-IV-1977, en *Crónica*, 1977, p. 510.

CON CARIDAD Y PACIENCIA

San Juan conserva en su Evangelio una frase maravillosa de la Virgen, en una escena que ya antes considerábamos: la de las bodas de Caná. Nos narra el evangelista que, dirigiéndose a los sirvientes, María les dijo: haced lo que El os dirá (Ioann. II, 5). De eso se trata: de llevar a las almas a que se sitúen frente a Jesús y le pregunten: Domine, quid me vis facere?, Señor, ¿qué quieres que yo haga? (Act. IX, 6) ¹.

En esto consiste fundamentalmente el apostolado: en acompañar a nuestros amigos hasta Jesucristo, para que le traten con intimidad y se enamoren de El. Para llegar a esta meta, es preciso recorrer un largo camino —más o menos largo según los casos— que hay que andar *al paso de Dios*.

El Evangelio nos muestra repetidamente el trato paciente de Jesucristo con los Apóstoles. Los llama a seguirle aunque conoce bien sus defectos y debilidades. En su omnipotencia podría haberles infundido la santidad y las virtudes en un momento, sin esfuerzo. Pero no: les forma poco a poco, les corrige, les instruye; cuenta con el tiempo para hacerlos idóneos en el desempeño de la misión que les confiará. Y cuando se marche al Cielo, enviará el Espíritu Santo, que rematará la obra comenzada por El.

De igual manera actúa Dios con los que quieren seguirle de cerca.

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 149.

Enseñaba nuestro Padre que *las almas, como el buen vino, maduran con el tiempo*². Pues, como afirma la Sagrada Escritura, *todo tiene su tiempo y todo cuanto se hace bajo el sol tiene su hora*³. En su Providencia infinita, Dios tiene previstos los momentos y los modos más aptos para santificar a cada alma, según la medida que El ha dispuesto y la correspondencia personal. Nuestra misión, al hacer apostolado, es la del instrumento: consiste en facilitar la acción del Señor, porque *ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que es el que hace crecer*⁴.

Por un plano inclinado

¿Qué se hace para doblegar el hierro?, se preguntaba nuestro Padre. *No se le trata en frío. Se le mete en el fuego, y allí se enciende como una brasa: luego se le dan martillazos —se forja—, y sale el rizo delicado, la forma deseada. Hijos míos, tratad así a las almas, con el fuego de la caridad y con reciedumbre*⁵.

El camino del Cielo es largo de recorrer. Dios no suele conceder —aunque puede hacerlo— gracias que consigan inmediatamente y de forma definitiva su efecto santificador. La donación de la gracia respeta y tiene en cuenta la naturaleza humana. Y así como las virtudes naturales no se afianzan con un solo acto o con unos pocos, sino que se requiere un conjunto de actos a lo largo del tiempo, de manera análoga, para unirse más íntimamente a Dios, hay que ir poco a poco, como por un plano inclinado. *Porque es necesario que aquellos que hay que introducir en la virtud, avancen el pie en los primeros escalones y, de ahí, suban siempre los peldaños, y, a partir de ahí, progresando paulatinamente lleguen finalmente a no pequeña altura*⁶.

No olvidemos —insistía nuestro Padre— que, a veces, hay que ayudar a las almas, para que caminen poco a poco; hemos de animarles con

(2) De nuestro Padre.

(3) Eccli. III, 1.

(4) I Cor. III, 6-7.

(5) De nuestro Padre, n. 96.

(6) San Basilio, *Homiliae in Psalmos* I, 4.

paciencia a avanzar lentamente, de modo que apenas se puedan dar cuenta del movimiento, aunque caminen ⁷.

Es lógico encontrar resistencias; son consecuencia de la dificultad del alma —después del pecado original, y también como efecto de los pecados personales— para secundar el querer de Dios. No hay que empeñarse en hacerlas desaparecer de un golpe. *Es Jesucristo quien fuerza los corazones con su gracia* ⁸. Nosotros sólo ponemos la oración, y ayudamos a esas personas que hemos acercado a la Obra a que quiten todo lo que estorba en su alma a la acción del Espíritu Santo ⁹. Los defectos y las dificultades se han de limar poco a poco, delicadamente; con decisión, pero templando la impaciencia. Las prisas hay que someterlas y ampararlas en la visión sobrenatural, en el convencimiento de que Jesucristo obrará de la manera más eficaz. Nos han de impulsar, eso sí, a aumentar la oración y la mortificación, a un empeño mayor en el trato de amistad y confianza, a comprender y a disculpar con corazón grande.

Paciencia y tenacidad

Vosotros, hermanos —nos dice el Apóstol Santiago—, tened paciencia, hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador, con la esperanza de coger el precioso fruto de la tierra, aguanta con paciencia, hasta que recibe las lluvias temprana y tardía. Esperad, pues, también vosotros con paciencia y esforzad vuestros corazones ¹⁰.

En el apostolado hay que tener esta actitud paciente, que no implica abandono, dejadez o desidia, sino todo lo contrario: la paciencia comporta perseverancia tenaz hasta conseguir los frutos deseados. *He aprendido a esperar —escribía nuestro Padre—: no es poca ciencia. Dios cuenta con el paso del tiempo para que las almas se formen, y no hay que*

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 352.

(8) De nuestro Padre, n. 236.

(9) Del Padre, Tertulia, 2-III-1980, en Crónica, 1980, p. 464.

(10) Jacob. V, 7-8.

hacerles violencia; como no se fuerza ordinariamente una planta para que crezcan las flores más deprisa ¹¹.

Haced el esfuerzo —nos recomienda el Padre— *de inclinaros, con cariño, para seguir a las almas más de cerca, con mucha paciencia. No os asustéis de nada. Podrá ocurrir que un muchacho que va muy bien; de repente sufra un bajón. No os inquietéis, porque eso no significa nada más que la realidad de que no es de pasta flora, que arrastra pasiones y defectos, como todas las personas de carne y hueso, como nosotros* ¹².

Nuestro Fundador, en vísperas de sus bodas de oro sacerdotales, nos hacía esta consideración para empujarnos a ser tenaces en el apostolado: *¡cincuenta años de sacerdote! ¡Han pasado por mis manos tantos miles de almas santas y tantos miles de almas débiles! Pero malas, no. No me he tropezado con ningún alma mala. No conozco a nadie malo. Si se llama a un corazón a solas, dando unos golpes fuertes, a veces suena a duro, pero es sonido de bronce. Y un corazón de bronce, cuando se pone al fuego, se derrite en lágrimas. Los hombres lloramos también, y es bueno. Habla con la gente de tu amistad, sinceramente, y los arrastrarás; pero ten paciencia* ¹³.

Si las almas son tardas en responder, es el momento de prodigarse en detalles de afecto; es la ocasión de *saber perder el tiempo*, de modo que, en la dificultad, cobre más solidez el soporte humano sobre el que se apoya el apostolado; es el instante de seguir este consejo de nuestro Fundador, adaptándolo a cada circunstancia concreta: *haz deporte con él, tranquilamente. Charla con él. Sé amable. Concédete un rato de tus horas. De cuando en cuando le llamas por teléfono diciéndole, con una excusa, cualquier cosa: el caso es que no rompáis. Y, sobre todo, tienes el teléfono colosal, directo, con Dios Nuestro Señor. Más directo que el que tiene el de América del Norte con los rusos. Puedes acudir al Espíritu Santo, que está en el centro de tu alma mientras no le echas, y cuéntale que te preocupa tu amigo* ¹⁴.

Esas ocasiones, normales en el trato apostólico, constituyen una

(11) De nuestro Padre, n. 34.

(12) Del Padre, Tertulia, 5-IV-1977, en Crónica, 1977, p. 510.

(13) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VII-1974, en Catequesis en América, II, p. 364.

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 29-VI-1974, en Catequesis en América, II, pp. 46-47.

buena prueba de la rectitud de intención con la que siempre hemos de actuar. Continuar tratando a una persona que aparentemente no responde, sin abandonarla, es la mejor señal de que nada queremos para nosotros mismos, de que sólo buscamos la gloria de Dios y el bien de los demás. Porque si *hemos estado trabajando por nuestra cuenta, como algunas personas hacen por ahí sin la unidad de la Iglesia, ¿qué eficacia va a tener ese apostolado?*¹⁵. Y añadía nuestro Padre, comentando la parábola de la pesca milagrosa: *nosotros, por nuestra cuenta, no hemos podido hacer nada. Pero hemos de seguir oyendo: in verbo autem tuo laxabo rete (Ioann. V, 5). En el nombre de Dios, lanzaré la red*¹⁶.

Nos moverá a continuar con la labor emprendida el pensamiento de la misericordia de Dios con nosotros, ante nuestras faltas de correspondencia. *¡Qué paciencia tiene Dios con cada uno! Perdona una vez y otra nuestros pecados, no se cansa de ayudarnos a pesar de nuestras infidelidades, insiste amorosamente en sus llamadas... ¿Vamos a impacientarnos nosotros, cuando parece que un alma no responde o que camina lentamente hacia el Señor? Sed tozudos, hijos míos —nos repite el Padre—, sin abandonar el trato apostólico con vuestros amigos y compañeros. Cuando Nuestro Señor lo disponga, recogeréis —llenos de alegría— el fruto de vuestra paciencia*¹⁷.

Con esos sentimientos hemos de tratar a nuestros amigos si llegan a presentarse momentos difíciles. Abandonarlos es una solución muy cómoda. Si el Señor se comportara así con nosotros, y no volviera a darnos su gracia porque no la aprovechamos suficientemente, iríamos de patitas al infierno.

*Ten más paciencia con los demás, porque el Señor la tiene mayor contigo. En el Padrenuestro pedimos a Dios: perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores... Pues, que sea verdad; y así también podremos decirle: Señor, ten paciencia conmigo, como yo la tengo con este amigo que no quiere hacerte caso*¹⁸.

(15) De nuestro Padre, Crónica V-61, p. 63.

(16) *Ibid.*

(17) Del Padre, Crónica, 1983, p. 329.

(18) Del Padre, Crónica, 1978, p. 529.

Nada se pierde

Esta es la gran seguridad de quien actúa con rectitud de intención en el apostolado: su empeño nunca será estéril. Ningún esfuerzo suyo amparado en la confianza en Dios será infructuoso. *Nada de lo que hacemos los pobrecitos hombres se pierde, cuando de verdad buscamos servir al Señor. Si ponemos un empeño constante por ser fieles y ayudar a las almas, escucharemos la voz segura de la Providencia: no temáis, Yo os daré el incremento. Si habéis trabajado con generosidad, si habéis rezado de verdad, esa promesa no puede fallar, aunque quizá no veamos el fruto inmediato en el apostolado* ¹⁹.

Y el Padre nos ha insistido frecuentemente: *si Dios quiere, cosecharemos nosotros los frutos; si no, los recogerán otros, pero frutos siempre hay. En cualquier caso, todo es bueno: si los recogemos personalmente, porque esos frutos son para Dios; si no, porque tendremos la convicción de que nuestra siembra y nuestro trabajo es sólo para Dios, al privarnos de la alegría de ver la cosecha* ²⁰.

Con esa seguridad vamos insistiendo a nuestros amigos, de un modo compatible con la prudencia sobrenatural, pero sin falsas prudencias humanas, de acuerdo con las diversas circunstancias que rodean a cada persona. Todo unido a una gran caridad y comprensión, de manera que los demás adviertan que sólo buscamos su bien. Esa actitud desinteresada, con la ayuda de Dios, acabará por remover a esas personas, y facilitará que después nos metamos de lleno en sus vidas, que vencemos sus resistencias, que les ayudemos a caminar.

Así respondía nuestro Fundador a un muchacho que manifestó su preocupación por acercar a sus amigos a la Obra: *piensa cómo insisten tantos y tantos —que tú conoces y yo también— para pervertir aun a la gente de tu edad —que es joven—, o de edad mayor, o a muchachos adolescentes. ¡Qué perseverancia demuestran...! ¡Una testarudez...! Y tú y yo*

(19) De nuestro Padre, n. 198.

(20) Del Padre, Tertulia, 10-X-1982, en Crónica, 1982, p. 1082.

andamos con vergüenzas: ¡bonita cosa! De modo que has de ser tozudo con Dios, pidiendo al Señor que te dé las palabras oportunas; y, después, coger a uno por uno, buscar el trato de amistad, de confianza...²¹.

En esa insistencia se ha de incluir —como nos señala nuestro Padre— el *don de lenguas*. Hemos de pensar qué decimos, cómo lo decimos y a quién lo decimos. Esta preocupación no resta naturalidad al trato con los demás; al contrario, la favorece, porque damos a nuestros amigos lo que necesitan en cada momento y en la dosis requerida.

El *don de lenguas* comprende la gracia humana que hace atractiva la virtud y que impulsa a nuestros amigos a vivirla. *El santo es incómodo, os decía. Pero eso no significa que haya de ser insoportable. Su celo nunca debe ser un celo amargo; su corrección nunca debe ser hiriente; su ejemplo nunca debe ser una bofetada moral, dada en la cara de sus amigos. La caridad de Cristo —esa santa transigencia con las personas, de la que os hablaba— debe suavizarlo todo, de modo que nunca se aplique a ningún hijo mío eso que se puede decir —a veces, desgraciadamente, con razón— de ciertas buenas personas: que para aguantar a un santo, se necesitan dos santos.*

Nuestra actitud ha de ser todo lo contrario: no queremos que nadie se aparte de nosotros, porque no hayamos sabido comprenderle o tratarle con cariño²².

(21) De nuestro Padre, Tertulia, 1-VII-1974, en Catequesis en América, II, p. 71.

(22) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 74.

Apud Collegii Romani Sanctae Crucis — 1986